

*¿Todavía sueñas
conmigo?*



Lina Galán

¿TODAVÍA SUEÑAS CONMIGO?

(Destino 1)

LINA GALÁN

¿Todavía sueñas conmigo?

Copyright © LINA GALÁN, 2014

Primera edición digital: julio de 2014

Edición revisada: abril de 2015

Diseño de portada: Sergi Villanueva

linagalan44@gmail.com

Twitter: @linagalan44

Facebook: Lina Galán García

www.facebook.com/lina.galangarcia

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Como ya te prometí, este es para ti.
Te quiero, Marta*

ÍNDICE

[CARTA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

[OTRAS OBRAS DE LA AUTORA](#)

CARTA DE LA AUTORA

Querido lector:

Quisiera, en primer lugar, pedir disculpas por los errores que cometí en el momento de la primera publicación de esta novela.

Esta historia estaba ya escrita cuando decidí autopublicarla en Amazon, algo que nunca había hecho ni había llegado a imaginar hacer algún día. Surgieron errores ortográficos, tipográficos o de formato.

Ahora, con la pequeña experiencia que he adquirido en este tiempo, he decidido corregir estos errores, así como revisar su contenido. He procurado que se corrijan los errores ortográficos — aunque siempre pueda pasar alguno por alto, perdón otra vez—, y mejorar la forma, como los párrafos o los diálogos.

Del mismo modo, he intentado mejorar el contenido con pequeños cambios, cambiando palabras o expresiones, añadiendo o sustrayendo, sin cambiar la esencia de la historia. Cambios muy leves, pero que creí necesarios.

Al hacerlo, he vuelto a disfrutar de la historia de amor entre Mario y Clara, de la atracción que surge entre los dos. Me he vuelto a enamorar del misterio que envuelve a Mario, o del carácter bondadoso de Clara.

Espero que disfrutes de nuevo con esta bonita historia, o quizá, conociéndola por primera vez.

Pido de nuevo disculpas y agradezco de corazón que la mayoría de los lectores admiraran esta historia pasando por alto los errores de principiante que contenía. Habéis sido mi apoyo y mi estímulo, permitiendo que sigamos juntos en el mágico mundo de las novelas románticas.

Con mis mejores deseos

Lina Galán

PRÓLOGO

Empecé con aquel sueño cuando tenía ocho años. En aquella época todo iba bien en casa. Mis padres estaban juntos y hacíamos cosas los tres cuando el trabajo de mi padre se lo permitía.

Recuerdo ir muchos domingos a la playa de la Barceloneta, que durante los días de verano parecía un enorme alfilerero multicolor. Apenas quedaba sitio para clavar una sombrilla, a no ser que te dieras un buen madrugón. Ese día no me costaba ningún esfuerzo levantarme de la cama, ponerme el bañador y prepararme mis cosas.

Buscábamos poner la sombrilla lo más cerca posible del agua para que mis padres me pudieran vigilar. Me quedaba mirando a mi padre mientras ahondaba en la arena lo más profundo posible, por si se levantaba aire y se nos llevaba el preciado parasol.

¡Qué fuerte me parecía!

Eran días de sombrillas de flores, de nevera portátil y de bocadillos. Desde algún chiringuito sonaba *“La Flaca”*, de *Jarabe de Palo*.

Todavía no habían nacido mis hermanos, así que mi propia imaginación era mi compañera de juegos. Sentada en la orilla de la playa, dejaba que las olas me balancearan de un lado a otro, mientras hacía surcos en la arena mojada con los pies y las manos.

Me fijaba también en la gente que había a nuestro alrededor. Casi siempre coincidía cerca de nosotros otra familia, con los padres, la

abuela que no se movía del círculo de sombra, y una niña un poco mayor que yo, que me parecía de lo más repelente. Resulta sorprendente cómo ya desde pequeños somos capaces de detectar que no conectamos con otra persona, aunque no la conozcamos.

También coincidía a veces a nuestro lado, una pareja con un bebé. La madre me parecía hermosa como una princesa, con el brillante cabello de color anaranjado, el mismo que el de la pequeña que jugaba con su padre en la arena. Era una mujer demasiado joven para ser una madre, lo mismo que el padre, aunque este jugaba más con su hija, la mimaba más, y la miraba con unos ojos que desprendían un amor infinito. Ella me parecía más pendiente de sí misma, de que todos la miraran y la adoraran mientras se tendía al sol.

Fue por aquel entonces cuando comencé a tener ese sueño recurrente. Yo estoy en esa misma playa, de pie, en la arena. No hay nadie, excepto la pareja con el bebé. Veo cómo la guapa mujer entra en el mar, mientras se aleja, sonriendo, hasta que su bonita cabellera pelirroja flota a su alrededor. Y desaparece, como una sirena. Me giro a un lado, y ahí están, el hombre, hermoso como un príncipe, y su hija. Me parece tan real que siento la brisa acariciar mi cara, escucho el rumor de las olas y huelo el salitre del mar.

Conforme han pasado los años, el sueño ha ido cambiando de final. El hombre se me acerca, me abraza y me besa apasionadamente. Un beso largo y profundo. Sus labios dejan mi boca un instante para seguir por mi cuello e ir ascendiendo, hasta que me susurra unas palabras al oído.

Entonces despierto. Mi corazón todavía late vertiginosamente y un

calor ardiente recorre mi cuerpo. Pero nunca he recordado esas palabras.

¿Crees en el amor a primera vista?

¿Crees en el destino?

Se dice que todos tenemos a nuestra otra mitad en alguna parte. Si el destino se encargara de poner la tuya en tu camino, no trates de apartarte.

La oportunidad podría no volverse a presentar.

*Nunca el curso del amor verdadero
se ha desarrollado sin problemas.*

William Shakespeare

*En los sueños y en el amor
no hay imposible*

Janos Arany

CAPÍTULO 1

Barcelona, mes de abril

Mario miraba la ciudad a través de la ventanilla del taxi. Aunque cada día hiciera el mismo trayecto del trabajo a casa y viceversa, no se cansaba nunca de admirar las calles y la gente, por eso nunca iba conduciendo, prefería coger un taxi para poder relajarse.

Le encantaba Barcelona, la ciudad donde había nacido y vivido siempre. Desde que salía de su domicilio, hasta que divisaba el gran edificio donde se ubicaban las oficinas de su empresa, disfrutaba cada día admirando el paisaje, sintiendo la cercanía del mar.

La calle Selva de Mar, la antigua torre del agua, el Paseo García Faria con sus interminables hileras de palmeras, el Paseo Colón con la estatua del almirante al fondo, o las únicas y maravillosas Ramblas.

Al llegar a su destino, y después de pagar al taxista, se encaminó como cada día al edificio donde se pasaba la mayor parte de su vida desde hacía ya varios años. A esas horas bullía de vida aquella zona. Una chica en bicicleta, dos madres con bebés, un anciano con su perro o el chico con los auriculares, formaban parte del paisaje matutino diario.

Ese día especialmente, Mario estaba de buen humor. Era el mes de

abril y lucía un sol limpio y radiante, que ya calentaba lo suficiente y que le invitaba a mirar hacia el cielo despejado, y cerrar los ojos, mientras notaba el calor en el rostro. Pero era un hombre con muchas obligaciones, y ese día, precisamente, tenía que concretar ciertos asuntos con unos clientes.

Entró en el espacioso vestíbulo y fue directo al ascensor, para subir a la decimoquinta planta, donde se ubicaban las oficinas de *Climent Sistemas*, la empresa de gestión informática que había fundado hacía ya diez años y que, con el tiempo, había conseguido multiplicar en tamaño e importancia.

Entró en el ascensor, y tras él varias personas más, hasta que se llenó por completo. Incluso cuando ya estaban a punto de cerrarse las puertas, llegó corriendo una chica que pudo entrar justo por el estrecho hueco.

—¡Lo siento! El autobús que se ha retrasado —oyó decir a la chica.

Desde donde estaba Mario, al fondo del ascensor, pudo vislumbrar una larga melena rubia y ondulada, y un olor diferente a cualquier perfume pareció impregnar de pronto el ambiente.

Las personas fueron abandonando el ascensor conforme este iba subiendo, incluida la chica, que se bajó en la cuarta planta.

Al llegar al piso quince, Mario todavía notaba ese olor en el ascensor, un olor que le era familiar, pero que no lograba determinar. Pero nada más entrar en la sede de su empresa, volvió a concentrarse en las tareas que tenía pendientes para ese día, y se encaminó optimista hacia su despacho.

El recinto que albergaba las oficinas era sobrio pero elegante, con suelos de mármol y paredes de madera. Solo unos pocos cuadros colgaban de éstas, ya que de vez en cuando le gustaba adquirir alguno a pintores ambulantes que exponían sus obras en las Ramblas.

Al pasar por el mostrador de recepción, la guapa recepcionista, al verle, le dirigió una bonita sonrisa.

—Buenos días, señor Climent —dijo la chica con su voz cantarina. Rápidamente miró disimuladamente de arreglar su lisa melena rubia y ponerse más erguida para que se le marcaran más sus pechos, cosa bastante improbable, ya que en cualquier momento le saltarían los botones de la blusa y serían un peligro para el que se pusiera por delante.

—Buenos días, Amanda —contestó Mario—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien, señor Climent. Ya tiene el correo sobre su mesa —contestó la chica sin dejar de seguir con la mirada a su jefe.

La verdad era que todas las empleadas de la empresa, incluso de otras oficinas del edificio, encontraban fascinante a su jefe. Desde la más alta ejecutiva hasta las empleadas de la limpieza, de dieciocho a setenta años, encontraban a Mario Climent atractivo y sexy, a la par que misterioso.

Solo le faltaban dos años para los cuarenta, pero su abundante cabello seguía siendo de un negro intenso y brillante, un poco más largo de lo convencional, y del cual, siempre le caía un mechón rebelde sobre el ojo izquierdo, que daba ganas de colocar en su sitio solo para comprobar si era tan suave como parecía. Era muy alto, ya que debía andar sobre el metro noventa, delgado y de anchos

hombros, y de movimientos elegantes. Su rostro era casi perfecto, con una boca sensual, nariz recta y unos ojos grises claros, prácticamente plateados. Era precisamente su mirada la que le daba el toque misterioso, pues era una mirada fría, acerada, como si pretendiera poner distancia entre él y el resto del mundo. Además se le sumaba que nadie le conocía relación alguna, al menos estable, ya que los rumores apuntaban a que se liaba con una mujer distinta cada fin de semana, para luego no volver a verla más. Y realmente, la mayoría de gente lo veía como lo más normal del mundo, en un hombre guapo, rico y sin obligaciones. Era el sueño de cualquier mujer y la envidia de cualquier hombre.

Mario siguió saludando al resto del personal, siempre serio pero amable, hasta que llegó a la mesa de su secretaria personal, Elisa, una cincuentona resultona, amable y eficiente, que llevaba en ese puesto desde la fundación de la empresa.

—Buenos días, Elisa. Pásame enseguida con los clientes de Madrid, que tengo que concretar una reunión con ellos para este mismo fin de semana.

—Buenos días, señor Climent, ahora mismo le paso —contestó diligentemente la secretaria mientras sostenía sus gafas de pasta rosa sobre la punta de su nariz, y balanceaba su media melena pelirroja.

Mario concretó la reunión de Madrid para el sábado y las horas fueron pasando rápidas, como siempre que se ponía a trabajar y se olvidaba de todo lo demás.

—¡Oh, por favor! Que me dé tiempo a coger el ascensor antes de que se me cierren las puertas...

Clara volvió a coger el ascensor por los pelos, como casi siempre. Sabía que si en ese momento no lo cogía, tendría que esperar demasiado hasta que volviera a subir. Un tiempo que no se podía permitir, ya que lo tenía todo calculado para bajar hasta el vestíbulo, atravesar corriendo un par de calles y poder coger el autobús.

La gente fue dejando el ascensor hasta que Clara notó que solo debía quedar una persona tras ella. Fue algo extraño, porque notó un cosquilleo en la nuca, y una sensación de escalofrío que le recorrió el cuerpo. Como una premonición. La mejor manera de comprobar el origen de ese desconcierto era darse la vuelta. Y así lo hizo. Clara se giró y sus ojos se encontraron con otros plateados. Sintió un destello de reconocimiento, como un *déjà vu*, y se quedó paralizada.

Ya no pudo moverse hasta que se abrió el ascensor y salió corriendo.

Mario volvió a notar el perfume de esa mañana en el ascensor, que se le hizo más reconocible conforme iba desapareciendo la gente. De pronto, se vio solo con una chica y fue en ese momento cuando pudo reconocer el olor.

A fresa —pensó Mario para sí—. *Huele como una golosina de fresa.*

Y no podía ser más apropiado, puesto que al fijarse en la chica pudo apreciar que tenía un cuerpo como para darle un jugoso

bocado. Reconoció el mismo cabello que había apreciado esa mañana, una larga y ondulada melena dorada que invitaba a acercarse el rostro a ella y comprobar si también olía a golosina.

Al menos, por detrás es preciosa. Tal vez luego no sea para tanto —quiso conformarse Mario para rechazar el impulso que había sentido de acercarse a ella.

Pero en ese instante, ella se dio la vuelta. Mario no supo si se había detenido el ascensor o el tiempo. Su corazón se detuvo y un calor le surgió del pecho para repartirse hacia todos los puntos de su cuerpo. Una sensación que le transportó muchos años atrás, cuando, de adolescente, se cruzaba por el pasillo del instituto con la chica que le gustaba y ésta le dedicaba una bonita sonrisa.

El ascensor abrió sus puertas al llegar al vestíbulo y Mario salió de allí como alma que lleva el diablo. No quería ni pensar en lo que acababa de sentir.

Creo que necesito un revolcón —refunfuñó—. *Y es algo que pienso solucionar mañana mismo.*

De todos modos, la chica también se fue corriendo y la vio alejarse mientras se dirigía al taxi que ya le estaba esperando.

CAPÍTULO 2

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

—¡Papá! ¡Ya has llegado!

Mario abrazó a su hija y a continuación hizo lo mismo con su madre. Cuando entraba por la puerta de su casa, dejaba caer la coraza que le hacía parecer un hombre distante e inaccesible para transformarse en un padre y un hijo cariñoso.

—Hola, hijo, ¿qué tal el día?

—Como siempre, mamá. Mucho trabajo.

Mario vivía en un espacioso ático con unas maravillosas vistas al mar, junto con su hija y su madre, que le había ayudado a criar a la niña desde que ésta tenía dos años. Muy pocas personas sabían de la existencia de su familia, solo unos pocos amigos de toda la vida y, por cuestiones prácticas, Elisa, su secretaria.

—Papá, he visto a la abuela haciéndote la maleta. ¿No habíamos quedado tú y yo en que mañana habría maratón de películas y palomitas?

—Lo siento, cariño. Ya sabes que siempre procuro adaptar mi agenda, pero esta vez es muy importante que vaya a Madrid. Sabes que te compensaré.

—Ya, bueno. Y tú sabes que lo entiendo, que ya soy mayorcita.

Mario sonrió con cariño a su hija, Marta, que ya tenía dieciséis años. Cada vez que la miraba, una serie de sentimientos contradictorios se agolpaban en su corazón, ya que era el vivo retrato de su madre: de piel blanca, una lisa melena pelirroja y cara de ángel.

¿Cómo era posible que una persona a la que amaba tanto le pudiese recordar a otra que odiaba con todas sus fuerzas?

No quería pensar en ello. Era algo que había relegado al olvido, aunque había cambiado radicalmente su vida y su carácter. Desde entonces había cerrado su corazón con un candado y había tirado la llave. Solo a su familia le permitía entrar por una pequeñísima puerta trasera que nadie más conocía.

Más tarde embarcó en el puente aéreo y a las nueve de la noche ya entraba por las puertas de un lujoso hotel de Madrid. En los últimos tiempos siempre quedaba en el mismo lugar con clientes de la capital, pues era un hotel clásico y elegante, acorde con su propia personalidad.

—Buenas noches, señor Climent —se dirigió a él el empleado de recepción—. Aquí tiene la tarjeta de su habitación. ¿Bajará usted al restaurante?

—Buenas noches, Alberto. No, esta noche repasaré la reunión de mañana, así que si es tan amable, me hace subir un par de cafés y ya será suficiente, gracias.

—Por supuesto, señor. Es un placer volver a verle por aquí.

—Igualmente, Alberto. Hasta mañana.

El sábado, Mario estuvo reunido casi todo el día. Se hizo un paréntesis para comer y descansar, para luego retomar la reunión por la tarde. Al final valió la pena, ya que todas las partes quedaron satisfechas con los acuerdos.

A las nueve de la noche, Mario comía algo en una apartada mesa del restaurante del hotel. Pidió té y una selección de dulces que resultaban deliciosos a alguien tan goloso como él. Mientras le daba los últimos sorbos a su taza, desvió la vista a la mesa de su derecha para comprobar cómo le miraba de forma insinuante una guapa mujer que ya había visto en otras ocasiones. Ella le sonrió, se levantó de su silla, y se le acercó.

—¿Puedo sentarme?

—Por supuesto —contestó Mario.

—Te he visto algunas veces por aquí —dijo la mujer con voz sensual.

—Yo también a ti, solo que siempre ibas acompañada.

—Pero, como puedes ver, hoy estoy sola.

—Pues si quieres, yo puedo poner remedio a eso.

Mientras decía esto último, Mario sacó una tarjeta de su bolsillo, apuntó el número de su habitación y la deslizó sobre el blanco mantel hasta la ansiosa mano de la mujer. Después se levantó y se marchó.

Salía de la ducha cuando oyó unos toques en la puerta y fue a abrir. Era la mujer del restaurante y, dejándola entrar, se permitió observarla un poco más detenidamente. Era bastante guapa, morena, de mediana estatura, aunque realmente nunca había exigido demasiado. Iba vestida con un elegante y sexy vestido negro

entonando perfectamente con el lujoso ambiente.

—¡Vaya! —Dijo la mujer con los ojos muy abiertos, mirando la imponente figura masculina que se erguía ante ella envuelta en un blanco albornoz—. Creo que hoy es mi noche de suerte.

—Hola, ¿quieres tomar algo?

—No. Creo que iré directamente al plato principal —contestó la mujer de forma sensual, acercándose al hombre y comenzando a tirar del cinturón.

Era el único tipo de relación que se permitía. Sin ataduras, sin emociones. Solo sexo. Era cierto que casi nunca repetía con ninguna mujer, para no crear ningún vínculo. Aprovechaba sus viajes fuera de Barcelona para sus encuentros, como esa noche, ya que los fines de semana que no viajaba se los solía dedicar a su madre y su hija.

La mujer le abrió el albornoz y se deleitó en pasar sus manos por el pecho del hombre. El suave vello que lo cubría todavía estaba húmedo y pequeñas gotas de agua le caían aún de su cabello, como recorriendo el camino de un laberinto hasta caer en sus pequeños pezones. Él tiró del fino vestido hacia abajo y este cayó al suelo formando un oscuro charco a su alrededor, dejando a la mujer sin más prendas que unas finas medias negras con ligas y unos altos tacones de aguja del mismo color.

—¿Parece que tenemos prisa, no? —dijo ella al verse desnuda frente a él.

Mario no contestó. Se dedicó a besar los pechos de la mujer mientras le pasaba la mano por entre las piernas. Ella enseguida empezó a jadear de placer y rápidamente tomó su miembro en sus

expertas manos. Cayeron sobre la cama y, mientras él simplemente desahogaba su cuerpo, ella se deshacía en sus brazos.

CAPÍTULO 3

Clara aprovechaba los domingos por la mañana para comprar el periódico mientras daba un paseo por su barrio de Poble Nou. También era parada obligatoria la churrería, ya que, como tradición familiar, desayunaban todos juntos en casa la mayoría de los domingos.

—¡Hola, buenos días! ¿A quién le apetecen unos churros con chocolate?

El primero en aparecer fue su mascota, Nen, un gato medio persa de suave pelo anaranjado, que ella adoraba y que siempre era el primero en recibirla frotándose alrededor de sus tobillos.

—Hola, guapo, tú ya tienes tu comida. Anda, ven conmigo.

Luego aparecieron el resto de los habitantes de la casa: su madre, Maite, y sus dos hermanos mellizos, Paula y Eric, que tenían dieciséis años y eran como un huracán que arrasa todo a su paso.

—¡Hola, Clara! Trae ese desayuno para acá antes de que venga tu amiga y se coma la mitad.

Justo en ese momento sonó el timbre de la puerta.

—Hablando del rey de Roma...

—¡Hola, Núria! Te estábamos esperando.

—Hola, cariño. Seguro que como siempre tenéis churros con chocolate para desayunar, que sabes que me encantan. ¡Me voy a poner como una bola!

—Pues come otra cosa —sugirió Eric mientras ponía la mesa para el desayuno—. También hay cereales integrales —ganándose con ese comentario que Núria le sacara la lengua.

—No les hagas caso —dijo Clara mirando a su hermano—, que no estás gorda para nada. Un día a la semana podemos darnos el gusto.

—¡Claro, como tú estás genial! —Dijo Núria mirando a Clara—. Tienes un cuerpo perfecto, delgada pero con curvas donde hay que tenerlas.

Clara en ese momento se vio reflejada en el espejo que había sobre el aparador. En realidad no podía quejarse de su figura, delgada pero voluptuosa. Su cara le parecía bastante común, pues era la única de los hermanos que había sacado los ojos castaños en vez de azules. Su pelo le parecía lo más destacado de su físico, con largas ondas de un rubio claro con reflejos dorados que le daban a su rostro un toque exótico.

Aun así no se quejaba, pues en el colegio siempre fue un patito feo, pero cuando se convirtió en cisne, ya iba a la universidad y no quiso perder el tiempo con novios. Los chicos se cansaban de toparse con un muro de indiferencia cada vez que intentaban acercarse a ella.

Con Núria le unía una sólida amistad desde que iban a tercero de primaria. Su amiga sí que había salido con algún que otro chico, ya que era más decidida y abierta que ella, aunque ninguna de esas relaciones había llegado a ser importante ni duradera. Pensaban que

todavía eran muy jóvenes, pero también estaban de acuerdo en que había cosas que no se podían planificar y que algún día podían conocer a su media naranja sin esperarlo. Una muestra de lo unidas que estaban era el pacto que habían establecido entre ellas: nunca irían más allá sin haber tenido al menos tres citas. Hasta ahora solo Núria lo había llevado a cabo, pero se lo había tomado al pie de la letra. Clara todavía no había pasado de la primera, aunque no le preocupaba.

La pena era que no tenían mucho tiempo libre durante la semana para verse, pero se comunicaban gracias al móvil y procuraban quedar los domingos por la mañana.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó Núria.

—Bastante bien, al menos hago algo que me gusta, aunque mal pagado como puedes suponer. De todas formas es lo único que me puedo combinar para poder seguir estudiando.

Clara había estudiado psicología gracias a una beca de estudios, puesto que en su familia no sobraba el dinero. Su padre, que era camionero, cogió el camión para irse a trabajar un día de hacía doce años y ya no volvió nunca más. Su madre trabajaba en una fábrica de envasado y Clara la admiraba muchísimo por cómo había llevado la educación de sus hijos. Por suerte, había conseguido trabajo en un gabinete de psicología que combinaba con su especialización en psicología infantil. Siempre le habían encantado los niños.

—Pues yo aún sigo trabajando en la cafetería para poder pagarme el máster de docencia, a ver si algún día puedo dar clases. ¡Qué lástima ser pobres!

—No te quejes —rio Clara de las ocurrencias de su amiga—, que

las cosas nos podrían ir peor. Anda, bebe tu taza de chocolate antes de que se te enfríe, ¡y levanta ese ánimo!

CAPÍTULO 4

Ante el gran ventanal de su despacho, Mario observaba la vista que se le ofrecía. Gracias a situarse en la planta quince del edificio, podía disfrutar de una vista excelente. Pasaba largos momentos, casi todos los días, allí parado, observando.

Ese día el cielo estaba azul, aunque algunas nubes parecían amenazar con una lluvia de primavera. Resultaba sobrecogedor tener aquella extensión de la ciudad tan cerca que parecía poder tocarla con las manos. Casas y edificios bordeados por el Mar Mediterráneo: al frente, Colón; hacia el cielo, el lento ir y venir del teleférico; hacia el mar, el enorme y próspero puerto, repleto de barcos grandes y pequeños, de mercancías o cruceros de placer, veleros deportivos o una solitaria *golondrina* que parecía insignificante en medio de la vasta extensión azul.

Para Mario, el mayor privilegio era vivir junto al mar. Había rechazado vivir en otras ciudades solo por no poder imaginarse lejos de la sensación de plenitud y paz que le producía un paseo junto a la playa. Muchas veces había aprovechado un paréntesis en el trabajo, o desde su propia casa, para acercarse a la playa y sentir la brisa marina en el rostro, y ese característico olor a sal que necesitaba inspirar varias veces, como si fuese la mejor de las terapias.

La voz de Elisa lo sacó de su ensoñación. Tendría la agenda del

día siguiente bastante llena, como siempre. De todas formas, hoy ya había habido suficientes reuniones y conversaciones telefónicas como para decidir irse ya a casa.

Salió del ascensor, y cuando atravesó las puertas del vestíbulo hacia la calle, se dio cuenta de que había comenzado a llover con bastante fuerza. Justo en ese momento salía también la chica rubia del ascensor que olía a fresa. Ella no se había dado cuenta de lo intensa que era la lluvia hasta que salió de la protección de la entrada y empezó a notar cómo se empapaba en un segundo. Retrocedió, indecisa, dudando si esperar o lanzarse a correr bajo la tormenta primaveral. Al final coincidieron los dos en salir corriendo hacia la calle.

Cuando Mario se dirigía al taxi, vio con horror cómo la chica se disponía a cruzar la calle sin mirar mientras venía un coche en esa dirección. En un impulso, se abalanzó sobre ella agarrándola del brazo, tiró hacia él y logró evitar el impacto, aunque acabaron cayendo los dos de rodillas sobre la acera mojada.

Clara sentía las gotas de lluvia clavarse en su piel. Cerró los ojos y siguió corriendo, inconsciente del peligro de cruzar la calle sin poder ver con claridad. De repente, un claxon, un frenazo y unas manos fuertes que la cogen del brazo para, a continuación, verse sobre la acera abrazada a un extraño, al que solo podía entrever a través de la cortina de agua.

—¿Está usted bien? —preguntó Mario.

—Sí... creo que sí.

—¿En qué iba pensando para cruzar la calle sin mirar?

—Yo... no lo sé —Clara estaba aturdida y no entendía bien qué le estaba preguntando.

—Vamos levántese y cojamos el taxi que me está esperando — Mario la ayudó a levantarse y rápidamente entraron en el vehículo.

—Por favor, eh...

—Clara, me llamo Clara —susurró.

—Pues Clara, puede darle su dirección al taxista, por favor.

—Muchas gracias, eh...

—Mario.

—Pues gracias, Mario.

Clara le dio la dirección al taxista y se pusieron el cinturón. Entonces Mario la miró detenidamente por primera vez. Sintió su sangre calentarse y repartir ese calor a través de sus venas por todo su cuerpo. La chica tenía un rostro de expresión angelical, provocada por unos ojos de un profundo color castaño aterciopelado, pero con una boca tremendamente sensual, de labios carnosos y apetecibles, obteniendo una irresistible mezcla de inocencia y sensualidad. Por su precioso pelo le caían gotas de lluvia, que tropezaban en sus pestañas para luego bajar por sus mejillas y acabar cayendo entre sus pechos. Sintió la necesidad elemental de lamérselas y secarle el rostro con la lengua, desde sus párpados hasta el valle de su escote.

En su lugar le ofreció un pañuelo para que se secara.

—Gracias —dijo Clara de nuevo en un susurro—. Es muy amable. También usted está empapado.

—De nada, y no se preocupe —contestó Mario mientras se pasaba las manos por la cara y el pelo intentando eliminar un poco del agua

que le cubría. Sin poder evitarlo, su mirada comenzó a bajar más allá del cuello de la chica, observando cómo su respiración agitada elevaba una y otra vez sus pechos cubiertos por una blusa estampada de florecillas que, húmeda, delataba el encaje del sujetador.

Cuando Clara se hubo secado un poco, se quedó mirando a su compañero de trayecto. Sus ojos de plata parecían atravesarla como el acero de una espada, y sintió que se estremecía, no sabía bien si de frío o por aquella mirada. Decidió romper un poco el hielo y entablar algo de conversación antes de ponerse más nerviosa.

—Trabajamos en el mismo edificio —dijo—. Hemos coincidido alguna vez en el ascensor.

—Sí, alguna vez, creo —contestó él demasiado serio. Al escuchar la voz de Clara de forma más evidente, le pareció de timbre grave pero suave. Escucharla hablar era como tomar una taza de chocolate, dulce y caliente.

—Yo trabajo en el gabinete de psicología de la cuarta planta. ¿Y usted?

—En la quince, en *Climent Sistemas*.

—¿No será usted Mario Climent?

—Sí —contestó Mario frunciendo el ceño.

—Bueno,... leí un artículo sobre su empresa...

—¿Le interesan los artículos de economía?

—Leo todo lo que cae en mis manos. ¿Tan extraño es?

—No, claro que no —Mario hizo un amago de sonrisa que hizo estragos en el estómago de Clara. Parecía no estar acostumbrado a reír demasiado.

—Ha sido usted muy amable. No sé cómo agradecerérselo.

—No se preocupe. La verdad, temí por un momento que aquel coche fuera a hacerla volar por los aires.

—No suelo ser tan despistada. Supongo que no me esperaba que lloviera tanto y el agua me cegó por un momento.

—Tranquila, no tiene que justificarse. Enseguida llegaremos a su casa y podrá cambiarse de ropa.

Clara se sentía acariciada por la mirada de plata de aquel hombre. El claro gris de sus ojos parecía pasar del hielo al fuego en cuestión de un segundo. Eran los ojos más hermosos que había visto en su vida.

—¿Puedo invitarle a un café mañana? —soltó sin pensárselo—. Es lo menos que puedo hacer por usted después de haberme salvado —intentaba hablar con tranquilidad, ignorando el remolino de sensaciones que iba enredándose en su interior.

—No sé, tengo mucho trabajo...

—¡Pero usted es el jefe!, ¿no es cierto? ¿Le parecería bien a las nueve? Mañana trabajo por la mañana y no empiezo hasta las diez.

—Está bien —contestó Mario, sorprendido ante la convicción con que le había soltado aquella perorata—. Mañana a las nueve —pensó que tal vez no era buena idea quedar con esa mujer, pero por otro lado le apetecía volver a verla. O más bien había sido un impulso irracional que no entendería nunca.

Lo peor era que él nunca tenía impulsos irracionales.

—Ya hemos llegado. Gracias de nuevo y hasta mañana.

Sin esperar contestación, Clara salió del coche, corrió hasta su

portal y vio un borrón amarillo y negro alejarse a través de la lluvia. Subió rápidamente a su casa, cerró la puerta y se dejó caer en ella.

¿Qué acababa de ocurrir?

¿Podría ser posible? Solo en sus sueños había sentido ese deseo ardiente.

¿Quién era ese hombre?

¿Sería cierto que nuestro destino está marcado de alguna forma?

No era la primera vez. Hacía unos doce años había tenido un sueño en el que veía a su padre desaparecer entre una densa niebla. Poco después se marchó y no volvió. Su madre le había dicho entonces, quitándole importancia, que era un poco bruja, como su suegra. Clara no había conocido a su abuela paterna, aunque su padre le había contado diversas y misteriosas historias sobre las premoniciones de su madre.

Pero, ¿lo creía ella realmente?

Era una mujer de veinticuatro años, moderna, del siglo XXI, con estudios, pero su experiencia con los hombres era casi nula.

Deslizándose por la puerta, se dejó caer al suelo. No se dio cuenta de que su gato estaba sobre su regazo hasta que lo oyó ronronear. Lo acarició y se lo acercó a su pecho húmedo mientras notaba su suave calor.

Pensó en ese hombre, Mario. Susurró su nombre y le gustó cómo sonaba. Parecía poder saborearlo. Y quería conocerlo, acercarse a él, aunque supiera el gran riesgo que eso suponía. Se le veía un hombre de mundo, experimentado y muy seguro de sí mismo. Iba a ser una empresa difícil, pero creía que debía intentarlo. Estaba convencida. Ya había quedado con él al día siguiente para tomar café. Era un

primer paso, aunque seguía sopesando los riesgos.

De momento, el indicador de su corazón todavía tenía la aguja en el color amarillo. Cuando notara que pasaba a la zona naranja, pararía, antes de llegar al color rojo que indicaba corazón roto.

Y con esa determinación, se levantó del suelo y se dirigió al cuarto de baño a tomarse una larga ducha caliente.

Después ya pensaría en varias posibilidades.

Mario entró en su casa, todavía con olor a fresa y lluvia en la nariz, y se dirigió al salón. De pronto, como movidas por un resorte, dos figuras se levantaron del sofá cuando lo vieron aparecer.

—Papá, has llegado pronto hoy.

—Hola, Marta —le contestó a su hija mientras no le quitaba el ojo de encima a su acompañante masculino.

—Este es Víctor, papá. Es primo de mi mejor amiga, Lidia. Estábamos dando una vuelta por aquí cerca cuando nos sorprendió la lluvia.

—Ya. Pues parece que está dejando de llover.

—Papá...

—Tranquila, Marta —intervino su amigo—. He de irme ya. Hasta el viernes.

—Hasta el viernes, Víctor. Te acompaño a la puerta.

Cuando Marta volvió, se dirigió a su padre con los brazos en jarras.

—¡Oh, papá! ¿Desde cuándo eres tan antipático con mis amigos?

—Desde que son tan mayores y llevan tatuajes.

—¡Solo tiene cinco años más que yo! ¿Y qué tienen de malo los tatuajes?

—Nada, solo que me ha parecido mayor para ti, y además no lo conozco.

Mario se mostraba serio e impassible, sin alterarse, siempre tranquilo y aparentando control. Pero su hija lo conocía bien y sabía que la sobreprotegía un poco. Solo tenía que convencerlo de que todo iba bien.

—Papá, demuestra que eres un padre joven y moderno. Víctor es un gran chico. Lo conocí en casa de Lidia. Estudia ingeniería en la universidad, es inteligente, guapo y tenemos aficiones parecidas. Y aunque yo todavía voy al instituto, resulta que encuentra interesante mi compañía.

—Vale, vale, está bien. La próxima vez estaré más amable. Pero aun así ten cuidado, no te dejes impresionar demasiado.

—Sabes que puedes confiar en mí. Soy incluso demasiado sensata para mi edad, y lo sabes. Pero no te preocupes. Estoy encantada con el padre que tengo.

Marta abrazó a su padre y él le devolvió el cariñoso gesto, pensando que, a pesar de lo que supuso en su vida ser padre a los veintidós años, su hija había sido lo mejor que le había pasado en la vida.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente el cielo había amanecido gris y encapotado amenazando lluvia, haciendo honor al refrán “*En abril, lluvias mil*”. Pero poco más tarde las nubes habían desaparecido como por arte de magia, dejando a su paso tímidos y esperanzadores rayos de sol.

Mario, en su despacho, ante su gran escritorio de caoba, miró la hora en su reloj de *Bulgary*.

Casi las nueve. Creo que fue una mala idea.

Estaba sentado, con los codos apoyados sobre la mesa, pasándose las manos por el pelo. Esa mañana había madrugado, después de pasarse la noche inquieto, dando vueltas en la cama, pensando en una ninfa de rubios cabellos. Se había levantado a las seis y se había ido a correr por la playa de la Nova Mar Bella, al lado de casa. Lo hacía bastante a menudo, para estar en forma, para respirar el aire del mar y para alejarse de las preocupaciones.

Ese día también le había valido como desahogo a la frustración que sentía desde el día anterior. Después se había dado una ducha, vestido y encaminado al trabajo para poder así adelantar la lectura de algunos contratos.

Y ahora que veía acercarse la hora de ver de nuevo a esa mujer, pensaba que tendría que decirle algunas cosas claras. Lo último que

necesitaba en ese momento era a una cazafortunas revoloteando a su alrededor, como tantas veces le había pasado en su vida, o a una universitaria con ganas de aventura para poder luego presumir con las amigas, como también habían intentado algunas. Su instinto le decía que era una chica con poca experiencia, por el sonrojo que había apreciado en sus mejillas cada vez que él la había mirado intensamente. Pero también sabía que muchas mujeres utilizaban ese tipo de subterfugios para reflejar una inocencia que en realidad no poseían.

Con la determinación propia de alguien seguro de sí mismo, bajó al vestíbulo, empujó la puerta y salió a la calle. Entrecerró los ojos al sentir de golpe el sol de la mañana, pero aun así, lo primero que pudo divisar fue a Clara viniendo hacia él.

Ya empezaba a pensar en ella como Clara, y eso no era bueno. Con una blusa fruncida color celeste, una chaqueta de punto blanca y pantalones tejanos adornados con cuentas que relucían al sol, se la veía fresca y vital.

Y muy joven. Mario frunció el ceño. Las mujeres con las que solía salir eran mujeres de más edad y más experiencia, pero le parecía sentir una fuerza invisible que le empujaba hacia ella.

—¡Hola, buenos días! —le dijo sonriente Clara al llegar. Sus mejillas arreboladas por la prisa y el aire aún fresco de la mañana, le daban un aspecto suave y encantador.

—Buenos días. Ha sido muy puntual. ¿Conoce algún lugar por aquí cerca para tomar café? Yo suelo tomarlo en mi despacho.

—Sí, claro, a la vuelta de la esquina hay una cafetería que sirve un capuchino delicioso y que acompaña cualquier bebida caliente con

bombones, que me encantan.

—Pues ya somos dos. La sigo —hizo el gesto con la mano y se dirigieron a la bonita cafetería.

Una vez dentro del establecimiento, escogieron una mesa apartada pero junto a una ventana desde la que se podían divisar las Ramblas. A esas horas la gente ya iba y venía, a sus trabajos o a sus asuntos cotidianos. Se empezaban a colocar los primeros puestos de recuerdos de la ciudad, de bisutería y de ropa, pintores que colocaban sus caballetes y lienzos donde inmortalizarían personas o paisajes en sus cuadros...

El lugar que escogió Clara era muy acogedor, con suelo y techos de madera oscura, de los que colgaban unas sencillas lámparas esféricas. Las paredes, también de madera, estaban cubiertas por cuadros de mapas, bodegones o retratos en blanco y negro, y flanqueados por percheros antiguos. Hasta parecía oler a húmedo y viejo, aunque en realidad nada lo fuera.

Una vez sentados, se les acercó una chica y les tomó nota.

—Yo pediré un café con leche, ¿y usted?

—Lo mismo, gracias.

La chica volvió enseguida con las bebidas y un pequeño platillo con diversos bombones y galletitas de té.

—Gracias por la invitación, Clara. No conocía el lugar y está muy bien —la verdad era que casi nunca salía, y menos cerca del trabajo—. Por cierto, ¿podemos tutearnos?

—Por supuesto —lo había estado deseando. Aún le parecería más íntimo cuando él pronunciara su nombre, con esa voz, tan profunda

que le parecía sentirla sobre su piel.

Le dio un sorbo a su taza y cogió uno de los bombones. Al introducirlo en su boca cerró los ojos de placer al notar que era negro y un poco amargo.

—Vaya —carraspeó Mario—, veo que tienes la misma debilidad que yo. Te encantan los dulces.

—Sí, sobre todo el chocolate —sonrió Clara con la mirada pícara.

Mejor cambiar de tema.

—¿Qué tal tu empresa? ¿Sigue con el mismo éxito que explicaba el artículo que leí?

—Sí, cada vez mejor. No me puedo quejar. ¿Qué tal tu trabajo en el gabinete?

—Bien. Es lo primero que hago antes de acabar los estudios, para adquirir experiencia. También me ha servido para darme cuenta de que escogí lo que realmente me gustaba.

—¿Eres buena psicóloga?

—No soy yo quien ha de decirlo, ya veremos. De todos modos, me especializaré en psicología infantil. Me gustan mucho los niños. Son el futuro, y a veces necesitan ayuda para sus problemas. Es muy importante detectar cualquier conflicto desde la edad más temprana posible. Me gusta pensar que contribuyo a que más tarde puedan escoger su vida, a ser ellos mismos.

—Seguro que le gustas a los niños en cuanto te ven —y a los *adultos*, pensó.

—Eso espero. La verdad es que se me dan bastante bien.

Volvió otro momento de silencio, aunque no resultara incómodo.

Clara sentía muy intensamente la presencia de Mario. Como si siguiera pendiente de su taza, le miraba a través de las pestañas. Llevaba un elegante traje oscuro y una camisa rosa que enfatizaba el color de su piel y el gris de sus ojos.

Mario, por su parte, sentía que el ambiente acogedor del local y la presencia de Clara le inundaban de una tranquilidad poco habitual en él.

Pero había llegado el momento de la verdad.

—¿Cuántos años tienes, Clara?

—Veinticuatro, ¿por qué? —la pregunta la cogió desprevenida.

—¿Y qué haces aquí, conmigo?

—No sé qué quieres decir... —titubeó Clara.

—Voy a serte franco. Yo suelo querer solamente una cosa de las mujeres. No quedo con ellas, no las invito a comer, no les hago regalos y suelen ser mayores que tú.

Clara se lo quedó mirando boquiabierta por la franqueza.

—Tranquilo, no es más que una simple cita...

—Yo no tengo citas. Así que, en tu lugar, yo me buscaría un hombre de, digamos, no más de treinta años, con ganas de novia, y tendría un montón de citas con él.

—No me conoces —contestó Clara levantando la barbilla indignada—, así que no tienes ni idea de lo que yo quiero.

—¿Y qué quieres, Clara? Salir conmigo no es una opción.

—¿Por qué no? Además, tal vez yo tampoco quiero citas —mentira, solo que no había querido tenerlas con nadie. Hasta ahora—. Y tampoco quiero un novio. Quizá solo quiero lo mismo que tú —intentó

sonar tranquila y convincente.

—¿Y ya sabes lo que quiero yo?

—¿Lo que quieres o lo que puedes ofrecer?

—Buena pregunta —al final resultaría que la chica era más experta de lo que a él le había parecido. Tal vez si sacara de ella lo que quería desde el principio, luego *si te he visto no me acuerdo*. Tal vez ella tenía la costumbre de acostarse con hombres experimentados. Frunció un poco el ceño al disgustarle la idea.

¿Y a ti qué más te da? Si es una calentabraguetas a ti te importa un comino.

Y puso la mirada que utilizaba para cerrar cualquier contrato.

—Digamos que, como mucho, te puedo ofrecer... una noche.

—De acuerdo —contestó Clara resuelta.

—Vaya, estoy cerrando un trato más rápido que nunca.

—Con una condición.

—Lo imaginaba —suspiró—. Los tratos rápidos no suelen ser tan fáciles. ¿Qué condición?

—Tres citas. Antes de esa noche.

Mario se la quedó mirando con la barbilla apoyada en las manos, y parecía evaluar la situación. Todavía no tenía previsto ningún viaje, donde solía conocer a mujeres fáciles. Apenas tenía vida social, aparte de reuniones de trabajo o algún que otro plan familiar. Planes que, por cierto, últimamente tanto su madre como su hija parecían tener sin contar con él.

Y además, esta mujer le gustaba. La deseaba.

—Está bien. Tres citas contando con ésta —dijo él al fin—. Y yo

elegiré el lugar.

—Me parece bien, pero...

Antes de que pudiera decir nada más, Mario se levantó de la mesa, se echó un bombón a la boca, y con una media sonrisa de chico malo le dijo:

—¿Te gusta madrugar?

Al final del día, Clara se sentía cansada física y emocionalmente. Después de cenar con su familia, se dejó caer en su cama, boca arriba y con los brazos abiertos. Miraba hacia el techo, pensando en el lío en el que se había metido. Tocó algo frío con la mano derecha. Era su móvil y cayó en la cuenta de que no lo había mirado hacía horas. Tenía doce mensajes de Núria. Decidió llamarla.

—Clara, guapa, ya te vale. Siempre me contestas a los *WhatsApp*, pero hoy no me has hecho ni caso.

—Lo siento, Núria, ha sido un día... digamos que un poco raro. He tenido una cita y he vuelto a quedar para el viernes.

—¿Cómo que una cita? ¡Y me lo sueltas así, como si nada! ¿Con quién?

—Se llama Mario, Mario Climent.

—¿El dueño de Empresas Climent? Estás de broma.

—Pues no. Tiene su despacho en el mismo edificio donde trabajo. Hemos coincidido en el ascensor, me salvó de que me atropellaran, le invité a un café...

—Vale, vale, para. Te conozco y sé que hablas en serio, pero Clara, cariño, recuerdo una ocasión en la que hablamos de él y ese

hombre no te conviene en absoluto, aunque suene a tópico. Se sabe poca cosa de su vida pero creo que es una especie de crápula con las mujeres, que por otra parte no me importa, pero que la cosa cambia cuando ella es mi amiga. Además no tienes experiencia y menos con...

—¡Tiempo! Lo sé, Núria, ya lo sé, pero tú sabes de mi buena intuición. ¿Recuerdas ese sueño que te he contado siempre?

—¡Ah, no! No me digas que es el hombre de tu sueño. Sé de tus premoniciones, pero esto es diferente.

—No sé si es el hombre de mi sueño, solo es una corazonada, un impulso que me empuja hacia él, como si tuviera que salvarlo de algo.

—¿Salvarlo? ¿De quién? ¿De sus millones de admiradoras o de euros? —Núria suspiró—. Está bien, perdona. Te apoyaré siempre en lo que sea y luego seré tu paño de lágrimas.

—Gracias, guapa, pero quiero que sepas que me gusta. Que me gusta mucho. Y creo que sabes de qué te hablo. ¿Qué pasa con tu chico de la bonita sonrisa?

—Ya sabes que no pasa nada. Yo no corro ningún peligro, tranquila. Pero, ¿y tú? ¿Te vas a enrollar con él sabiendo que luego no habrá nada más?

—Es un riesgo, lo sé, pero es que solo verle me hace estremecer, así que no voy a pensar en el futuro, únicamente en el aquí y ahora. *Carpe diem.*

Y con esa resolución, Clara se durmió encima de la cama, junto a su gato, sin desvestirse. Tuvo el mismo sueño de siempre, solo que el hombre que ahora la besa tiene un rostro, que la mira y le sonrío, algo que apenas le ha visto hacer en la realidad.

CAPÍTULO 6

Núria pensaba en el lío de su amiga mientras recogía vasos y tazas en la cafetería donde trabajaba. No le parecía el mejor de los trabajos, pero necesitaba el dinero y no lo llevaba tan mal como se podía creer.

Miró de reojo hacia la puerta. En ese momento entraba la persona que esperaba ver cada día, a la misma hora, y se sentaba en la misma mesa. Un chico alto, de pelo castaño y unos ojos azules que suavizaban unos rasgos demasiado marcados. Aunque lo más bonito de su físico era su sonrisa, una sonrisa que tenía el poder de paralizar el corazón de Núria.

Aún recordaba la primera vez que lo había visto allí, en la cafetería, pero acompañado por su novia, prototipo de chica rubia, delgada y perfecta. Tenían la costumbre de ir todas las mañanas a desayunar, y Núria se conformaba con mirarlo y suspirar de anhelo por alguien que no podía ser.

Hasta que un día, la rubia perfecta empezó a susurrar bastante fuerte y a hacer aspavientos con las manos, síntomas inequívocos de que estaban discutiendo. La chica acabó levantándose y yéndose del local, dejándolo a él solo en la mesa. En aquel momento, Núria llevaba los dos desayunos en una bandeja y no supo qué hacer.

—Perdona, ¿vas a querer el desayuno?

—¿Cómo? —el chico parecía estar lejos de allí—. Ah, sí, puedes dejar los dos cafés. El resto lo envuelves, o lo guardas, o mejor lo tiras.

—Ya te los envuelvo. ¿Quieres algo más? ¿Te puedo ayudar en algo?

—Sí —contestó el chico en tono poco amistoso—. Puedes irte y dejarme solo.

Núria se pegó media vuelta y se fue tras la barra sin saber qué decir. El chico estuvo varios días sin aparecer, sumiendo a Núria en una pena que esperaba se le pasase pronto. Pero un buen día volvió, se sentó donde siempre, y le hizo una seña para que se acercara.

—Hola, buenos días... Núria —dijo mirando la chapa que llevaba la chica sobre el uniforme de rayas verdes—. Te pido lo de siempre más una disculpa, por favor, por el otro día. Tú no tenías culpa de nada y lo pagué contigo. Lo siento.

Núria se quedó con la boca abierta mientras asimilaba las palabras de aquel chico que ocupaba últimamente su pensamiento.

—Por cierto, me llamo Sergio —y le ofreció la mano mientras sonreía con aquella sonrisa que convertía las piernas de Núria en gelatina.

—Encantada —dijo ella. Su mano era cálida y retuvo la suya durante un instante—. Y por cierto, te perdono.

—Bien —volvió a sonreír él—. Ya nos iremos viendo.

—Claro. Ahora tengo que seguir trabajando. Hasta luego.

Y así, cada día, Sergio se sentaba en la mesa, Núria le llevaba el desayuno, hacían algún comentario y se iba tras despedirse de ella.

Pensaba en todo el proceso, mientras se acercaba nuevamente a él y depositaba sobre la mesa un café con leche y azúcar, y un cruasán. Comentaron algo acerca del trabajo y al acabar se despidió de ella como siempre.

Lo miró de reojo y suspiró. Pensó en su amiga Clara, tan guapa, delgada pero con bastante pecho. Ella se veía un poco al contrario, le sobraban dos o tres kilos en lugares estratégicos de su cuerpo y su pecho le parecía escaso, aunque la misma Clara no parara de decirle que estaba proporcionada y que era muy guapa. Tenía los ojos verdes, ligeramente rasgados, la boca pequeña, y unas pocas pecas salpicaban su nariz respingona. Además, su melena castaño cobriza, que llevaba larga con las puntas desfiladas, le favorecía mucho. Rasgo que Sergio aún no había podido apreciar, ya que debía llevar el pelo recogido con una redecilla blanca que ella odiaba.

Cuando llegó la hora de plegar, se quitó el uniforme, se cepilló el pelo y cogió su bolso dirigiéndose a la puerta mientras se despedía de su jefa. En cuanto pisó la calle se detuvo en seco. Sergio estaba apoyado en la pared del edificio, con los brazos cruzados y su eterna y preciosa sonrisa.

—¿Esperas a alguien? —preguntó ella.

—Sí, a ti.

CAPÍTULO 7

A Clara no le entusiasmaba madrugar, pero cuando había un buen motivo lo hacía sin esfuerzo. Y esa mañana lo tenía: su cita con Mario. O algo parecido a una cita, pensó, mientras se miraba en el espejo de su habitación. Llevaba unos pantalones cortos blancos, una camiseta rosa y unas deportivas también blancas. Se recogió el pelo en una coleta alta y bajó corriendo las escaleras hasta la calle.

La luz del día todavía estaba envuelta en la neblina de la mañana. Comenzó a correr por el paseo marítimo, después cruzó los jardines de la zona a través de los estrechos senderos que los atravesaban y, por fin, se dirigió a la playa.

Le gustaba hacer ejercicio, aunque no tenía mucho tiempo y lo iba dejando de lado. Aun así, conforme iba ganando metros e inspiraba el fresco aire salado de la mañana, se iba sintiendo más cómoda. No se veía a nadie a esas horas, y así siguió durante un buen rato hasta que divisó una figura masculina con quien se encontraría de frente en cuestión de un minuto. Cuando coincidieron, se pusieron uno al lado del otro y continuaron con el ejercicio matutino paralelos a la playa.

—Buenos días, Clara. ¿Qué tal el madrugón? —preguntó Mario sin dejar de correr.

—Buenos días. Genial, la verdad. Aunque como cita, un poco extraña, ¿no te parece?

—No sé qué le ves de raro. Yo solo lo veo como algo que se hace más agradable en compañía.

—Vale —sonrió Clara—. Veremos a ver qué inventas para la siguiente.

—Sorpresa —contestó él más alegre de lo habitual.

Clara iba mirando de reojo a su compañero de footing. Llevaba un atuendo que no tenía nada que ver con ninguno que ella le hubiera visto hasta entonces. Con unos pantalones cortos azules, una camiseta blanca que le marcaba el torso y las deportivas, seguía estando sencillamente espectacular. Una cinta elástica en la frente le apartaba el pelo de la cara, aunque seguía cayéndole un oscuro mechón sobre su ojo izquierdo. Le cosquillearon los dedos de la mano solo por las ganas de apartárselo para poder tocarlo.

Siguieron así, corriendo en silencio, excepto por el sonido de sus respiraciones. Al cabo de una media hora, Mario le señaló a Clara las rocas de un espigón frente a la playa y se dirigieron a ellas.

Tras recobrar la respiración normal, se sentaron uno junto al otro sobre el saliente rocoso. Mario abrió una botella de agua y se la ofreció a Clara, que bebió ávidamente, y a continuación él la imitó, mientras ella observaba fascinada el movimiento de su garganta.

—¿Cansada?

—No mucho. Estoy un poco oxidada, pero que sepas que podría haber continuado un buen rato más.

—Pues yo he parado porque te he visto bastante agotada.

—Ni hablar. Aunque debo admitir que estás muy en forma para tu edad —en ese momento, a Clara le parecía lo más natural del mundo estar allí, bromeando con él.

—Espero que mis visitas al gimnasio sirvan para algo. ¿Y qué sabes tú de mi edad? ¿Cuántos años crees que tengo?

—Sé la edad que tienes. Me he informado. Y debo añadir que aparentas menos.

—Gracias, pero ¿me has investigado? —dijo Mario levantando la ceja izquierda.

—No, claro que no, pero tu empresa está en internet, o el artículo que ya te mencioné. Recuerdo algo así como: “...pese a su juventud, ya que solo tiene treinta y ocho años, Mario Climent ha conseguido que sus empresas crezcan a un ritmo vertiginoso y bla, bla, bla...”. Por cierto, la fotografía no te hace justicia.

—Vaya, seguro que he dado con la única chica del mundo que ha leído ese artículo —y sonrieron los dos.

De fondo, se escuchaba el sonido de las olas al romper, y una pequeña brisa deslizó sobre el rostro de Clara un rubio mechón de cabello que se le había soltado de la coleta. Instintivamente, Mario se lo colocó detrás de la oreja. Fue un momento de intimidad, que hizo que Clara se quedara sin respiración.

—¿Por qué hueles a golosina de fresa? —preguntó él con la voz un poco ronca.

—Es por los productos de cosmética que vende mi madre —no entendía cómo podía continuar tranquilamente con la conversación, cuando su corazón galopaba a mil por hora—. Obtiene un poco de dinero y además reúne a amigas y conocidas en casa, les saca muestras, toman café y se lo pasan genial. Y como comprenderás, mi casa está llena de jabones, lociones y cremas que huelen a limón, vainilla, canela,... Yo me decidí por la gama de fresa: gel, champú,

loción... —Mario imaginó a Clara, tras una ducha, extendiendo loción de fresa por todo su cuerpo. Sacudió la cabeza para volver a la realidad, ya que su excitación se haría evidente en cualquier momento.

—La primera vez que te vi en el ascensor, pensé que tu olor me provocaba unas enormes ganas de darte un bocado.

La voz profunda de Mario se derramó por la piel de Clara como miel tibia. Tuvo que apartar la vista y ocupar sus manos cogiendo una pequeña concha que sobresalía entre la fina arena. Al agacharse, el escote de su camiseta se deslizó hacia abajo, dejando a la vista su hombro satinado. Mario, sin poder evitarlo, posó sobre él el dorso de sus dedos, siguió hasta su cuello y paró en la nuca. Luego sustituyó la mano por su boca y depositó sus labios sobre el hombro de Clara.

—Qué suave eres. Tu piel es como el terciopelo, suave y caliente.

Clara cerró los ojos y emitió un pequeño jadeo, dejando caer la rayada concha que tenía entre sus manos. Mario siguió con su boca el sendero de fuego que habían ido dejando sus dedos. Paró un momento en el hueco de detrás de su oreja, continuó por su mandíbula y despegó un instante los labios sin dejar de enredar sus dedos en los cabellos sueltos de su nuca.

Clara había dejado de oír el rumor de las olas y solo podía escuchar los latidos desbocados de su propio corazón. Se giró hacia él y sus rostros estuvieron más cerca que nunca. Ella, perdida en la claridad de sus ojos, ahora del color del cielo nublado. Él, hundido en la oscura profundidad de los de ella. Los labios de Clara se entreabrieron por instinto y Mario ya no tuvo otra salida que posar su boca sobre la de ella.

Nunca le había dado importancia a los besos. Cuando estaba con alguna mujer, solo la besaba si ella lo buscaba, sino, ni siquiera lo echaba de menos. Sin embargo, en ese momento pensó que moriría si no besaba a Clara.

Sus labios se amoldaron perfectamente a los de ella, en un beso suave, sin exigencias. Apresó el labio inferior de Clara con los suyos propios, después el superior, y a continuación los resiguió con la lengua. Se escuchó un gemido que ninguno de los dos supo quién lo había emitido. Tal vez fueran los dos a la vez. Lo que sí supo Clara fue que el beso acabó antes de lo que ella esperaba.

Mario retiró su boca en cuanto notó que ella le apoyaba las manos sobre el pecho. No quería perder el control más de lo que ya lo había hecho. Rápidamente se levantó del asiento improvisado e intentó aparentar que el beso no le había afectado en absoluto.

—Se me hace tarde, Clara. Hoy tengo una reunión muy importante con todos los directivos de la empresa. Mañana pasaré a recogerte por tu casa a las siete y media. Arréglate. Será una cita más formal.

Y de esta manera, se alejó tras las pequeñas dunas de arena y vegetación, dejando a Clara aturdida y asustada, pues la aguja del indicador de su corazón acababa de subir peligrosamente al siguiente nivel.

CAPÍTULO 8

—Ya tenía yo ganas de poder sentarme a tomar algo contigo sin que fueras tú la que sirviera las bebidas.

—Y yo todavía más, créeme.

Núria y Sergio tomaban unos refrescos en la agradable terraza de un bar. Desde el día que la había esperado a la salida del trabajo, se habían visto varias veces más, dentro y fuera de la cafetería, hasta que Sergio le pidió una cita y ella aceptó sin dudar.

—Ya me gustaste con el uniforme a rayas y esa cofia en el pelo. Pero cuando te vi con tu ropa y el pelo suelto, me deslumbraste.

—Muchas gracias por el cumplido. ¿Estás intentando ligar conmigo?

—¿Cómo se te ocurre tal cosa? —fingió Sergio teatralmente.

—Pues porque tú me deslumbraste a mí desde la primera vez que te vi y, si tú no intentas ligar conmigo, ya lo hago yo contigo.

—Eres genial —rio Sergio—. Me encanta tu sinceridad.

—Ya, a veces debería morderme un poco la lengua. Hablo más de la cuenta.

—No, de verdad. Me encanta como eres.

—Es cierto lo que te he dicho. Me fijé en ti aun acompañado por tu novia maniquí. ¿Puedo preguntarte qué os pasó?

—Directa, ¿eh?

—Te lo dije. No contestes si no quieres.

—No me importa. Empezó a presionarme con el tema de vivir juntos. Le dije que no estaba preparado, pero fue cuando me di cuenta de que realmente lo que no quería era vivir con ella. La relación había llegado a un punto muerto.

—¿Llevabais mucho tiempo juntos?

—Unos seis meses.

—Vaya, eso es bastante, ¿Os habéis vuelto a ver?

—No, pero me ha llamado varias veces. Quiere que volvamos, que sigamos como hasta ahora, y sé que no parará hasta salirse con la suya, que es a lo que está acostumbrada. Su padre tiene un importante bufete de abogados y parece ser que la serie de novios que le ha ido presentando su hija hasta ahora no han sido de su agrado.

—¿Y tú sí?

—Eso parece. Soy abogado, y cuando me lo presentó pensó que podría trabajar para él.

—Suena bien. Si no tienes trabajo es una oportunidad.

—Sí tengo trabajo, aunque ganando menos dinero. Somos un grupo de abogados, sobre todo laboristas. Sin embargo, su padre tiene clientes importantes, pero no me gusta que decidan por mí.

—Todo eso no suena muy romántico, precisamente.

—Exacto. Entre nosotros se había instalado una especie de rutina. Perdona el comentario, pero ni siquiera lo hacíamos desde hacía semanas.

—Me da la impresión de que esa mujer se creía muy superior a ti, y no ha soportado tu rechazo, cuando normalmente ella o su padre son los que han rechazado a los demás.

—¡Eh!, podrías convertirte en mi psicoanalista.

—Yo te psicoanalizo cuando quieras.

—¡Qué bien suena eso! —rio Sergio con ganas. Luego le preguntó más serio: —¿Quieres venir esta noche a mi casa?

—No, no puedo.

—¿Por qué?

—Porque todavía no hemos tenido tres citas.

CAPÍTULO 9

Clara y Nória se enfrentaban a un importante dilema. Estaban muy serias y concentradas. Ante ellas, el armario de Clara, abierto de par en par, les recordaba a un enorme y oscuro signo de interrogación.

—Sigo pensando que con un vestido negro siempre se acierta.

—Ni hablar, Clara. Ya tendrás tiempo de recurrir al negro. Ahora te puedes permitir cualquier color que resalte lo guapa que eres. ¿Tienes idea de dónde vais a ir?

—Ninguna. Solo dijo que me arreglara. Pero esto es un disparate, Nória, pensar qué ponerme para gustarle.

—Tranquila, cariño. Creo que le gustarías con cualquier cosa. De todos esos vestidos que apenas te has puesto, vamos a escoger uno y ya está. Yo me inclino por este, el que compraste para aquella fiesta de tus amigos pijos de la que nos tuvimos que ir pitando porque la cosa se descontroló.

—La verdad es que es muy bonito —Clara cogió una de las perchas de donde colgaba un vestido de color bronce con algo de pedrería del mismo color, corto y ceñido y con un escote cuadrado que le hacía un bonito pecho. Unos anchos tirantes se unían por detrás en el cuello y luego se abrían hasta la cintura, dejando una redonda abertura en la espalda—. Aunque, ¿no te parece un poco provocativo?

—Para nada. Es sencillo pero sexy. *Súper Mario* te agarrará de la cintura y ya no te dejará ir nunca.

—Anda, calla. Por cierto, ya sabes que esta noche se supone que estoy durmiendo en tu casa.

—No te preocupes, aunque sigo pensando que ya eres mayorcita.

—Lo sé, lo sé. Cuando tenga una relación lo diré en casa y punto, pero ya sabes que esto acabará hoy y no merece la pena darle explicaciones a mi madre.

—Lo entiendo, pero creo que tu madre está muy al día y no se asustaría de nada. Mi madre y yo hablamos mucho menos. Creo que tengo más conversaciones con la tuya, que me escucha y no me critica. Es una mujer genial. Y ahora vamos allá, que te voy a dejar espectacular.

Hacia un par de años, Núria se había apuntado a un curso de maquillaje y peluquería para poder ligar con el profesor. Como luego resultó que era gay, no le quedó más remedio que aprovechar al máximo las clases. Así, ella era la encargada de maquillar a todo el mundo en toda clase de eventos.

En esta ocasión, eligió para Clara un maquillaje suave, pero resaltando sus bonitos ojos con sombras en tonos ocre, máscara de pestañas negra y brillo coral en los labios. Luego le separó un poco el pelo de la cara con unas horquillas, dejando un mechón ondulado a cada lado y la cascada de bucles cayendo por la espalda, de manera que pudiera lucir sutilmente el escote. Finalmente, se puso el vestido, unas medias y unas sandalias de tacón alto.

—*Voilà!* ¿Qué te parece? —Preguntó Núria entusiasmada poniéndose las dos frente al espejo—. Creo que decir espectacular es

quedarse corta.

—Gracias, guapa. Has hecho un buen trabajo, como siempre.

—Nada de eso. Lo que pasa es que no hay manera de que reconozcas lo preciosa que eres. Los hombres babea a tu paso y tú ni te inmutas. Creo que *Súper Mario* se quedará tan pasmado que se olvidará de toda la colección de mujeres que haya pasado por su vida. Y admito que está como un tren.

—Gracias otra vez, por los ánimos. ¿Qué hora es?

—Casi las siete y media.

—¡Pues vamos pitando!

Clara cogió un chal y bajaron las dos hasta la calle. El taxi esperaba ya en la esquina.

—Diviértete, y hasta mañana —y se dieron un beso.

Clara entró en el coche, un poco nerviosa pero decidida.

—Hola. Espero que esta vez no me hagas ir corriendo a ninguna parte. Con estos tacones no podría ni dar dos pasos.

—Hola —sonrió Mario—. No, tranquila, esta es una cita más convencional. Te voy a invitar a cenar.

—Creo que dijiste que tú no invitabas a las mujeres a comer.

—También dije que no tenía citas y contigo ya voy por la tercera, como acordamos —sus ojos brillaron pícaros—. Un trato es un trato.

—Por supuesto. ¿Adónde vamos?

—Muy cerca de aquí.

Al cabo de un momento, Clara vio cómo se acercaban al puerto y llegaban a la torre del teleférico. Había escuchado que había un elegante restaurante en lo alto de la torre, pero ella no se podía

permitir probarlo.

Esperó a que Mario saliera del coche, la ayudara a salir, y la condujera hacia el ascensor exterior. Conforme subían, las vistas se iban haciendo más espectaculares, y al llegar arriba del todo, Clara sonreía por el placer de estar allí.

Les acompañaron a la mesa reservada y Mario sintió una gran satisfacción al ver el entusiasmo de Clara.

—Quedé contigo un poco temprano para que disfrutaras de las vistas con la luz del día y más tarde las disfrutes cuando vaya oscureciendo, hasta que solo distingas cientos de luces a tu alrededor.

—Es un sitio precioso, Mario. Gracias por traerme aquí.

Las vistas de Barcelona los rodeaban. Trescientos sesenta grados alrededor de ellos, con el puerto, el mar y el horizonte como colofón.

Mientras Mario le echaba un vistazo a la carta, Clara aprovechó para deleitarse en su visión. Llevaba un moderno traje azul oscuro con un ligero toque de brillo, contrastando con una clásica camisa blanca y una corbata en distintos tonos azules. Los gemelos de oro y negros, a juego con el reloj, conseguían que todo el conjunto quedara elegante y sofisticado. Al pedir la cena y el vino, comprobó que era un hombre acostumbrado a dirigir y muy seguro de sí mismo.

—¿Te gusta el pescado? —le preguntó Mario.

—Me encanta. Más que la carne.

—Bien, si no te importa, pediré unos entrantes variados de salmón, caviar... Y como plato principal arroz con gambas.

—Perfecto, gracias.

La velada transcurrió tranquila, con momentos de silencio mientras comían, y con momentos de amenos diálogos. Alrededor, tras los ventanales, el paisaje se iba oscureciendo, y al mismo tiempo, llenándose de incontables puntos de luz, como miles de árboles de Navidad.

—¿Vives con tu familia? —preguntó Mario.

—Sí, con mi madre y mis hermanos, mellizos y adolescentes, casi nada. También está mi amiga Núria, que es como mi hermana y una más de la familia.

—¿Y tu padre?

—Nos abandonó hace doce años.

—Lo siento. Debió de ser duro, sobre todo para tu madre.

—Sí, pero lo supo llevar bastante bien. ¿Y tú? ¿Tienes familia?

—Sí —respondió Mario tras un segundo de vacilación—. Tengo a mi madre y una hermana dos años mayor que yo. ¿Pedimos postre?
—terminó diciendo para dar por zanjado el tema.

—Sí, estaría bien. Ya sabes que soy muy golosa, como tú, si no recuerdo mal.

Mario hizo un gesto para que les trajeran la carta de postres y los dos la estudiaron concentrados, aunque Clara no se decidía por cuál elegir entre tanta variedad de dulces.

—No sé —dudó Clara—. ¿A ti qué te apetece?

—Pues, en este momento —comenzó a decir Mario con voz tranquila y profunda, sin levantar la vista de la carta—, lo que me apetecería es que desapareciera toda la gente de este local, para poder tumbarte sobre la mesa, quitarte ese provocativo vestido y besarte todo el cuerpo, desde los dedos de los pies hasta el último

rizo de tu cabello.

Clara no se atrevió ni a levantar la vista. Su respiración se aceleró y su cuerpo se inundó de calor. Las palabras de Mario, lejos de parecerle crudas o escandalosas, le resultaron sensuales y excitantes, viéndose obligada a cerrar las piernas por la excitación que sintió al imaginar aquella imagen descrita por él.

—¿Quieres que pida la cuenta?

—Sí, por favor —respondió Clara.

Bajaron de nuevo a la calle en el ascensor, envueltos en la oscuridad de la noche, mientras Mario le ponía a Clara el chal sobre los hombros.

—Hemos bajado unos minutos antes de que llegue el taxi — comentó Mario—. Ven, demos un paseo.

A esas horas apenas había nadie por la calle. Giraron por la esquina de un solitario edificio y cuando se ocultaron entre las sombras, Mario apoyó rápidamente a Clara sobre la pared y se apoderó de su boca sin que ella tuviera tiempo de reaccionar. Volvió a sorprenderse a sí mismo por el tiempo que llevaba deseando besarla de esa forma, como si quisiera devorarla.

Clara sintió de repente la boca de Mario sobre la suya y una explosión de placer la inundó. Nunca la habían besado de esa forma, recorriendo el interior de su boca con los dientes y la lengua. Enseguida reaccionó y le siguió, sabiendo que debía aprovechar cada momento de intimidad que se le presentara con ese hombre. Sentía

sus manos por todas partes, desde las caderas hasta los pechos, y por los costados, hasta cogerla por los glúteos y apretarla contra su erección. Ella, a su vez, le apartó la chaqueta para cogerlo por la cintura, y subirle las manos por la espalda. Se sentía rodeada por él, por su cuerpo, su calor y su olor. Mario separó ligeramente su boca para mordisquearle la barbilla, el cuello y el escote, mientras con las manos apretaba suavemente sus pechos.

Pero igual de rápido se volvió a desprender de ella y la cogió de la mano para dirigirse al taxi que llegaba en ese momento. Clara pensó que esta vez no había sido como en la playa, donde había estado más comedido. Esta vez él había perdido un poco más el control, dejando aflorar el deseo que sabían que existía entre ellos, aunque sin llegar a perder totalmente el dominio de la situación.

El coche paró y se bajaron ante el portal de un edificio del Paseo de Gracia. Subieron y entraron en un bonito y moderno apartamento. La decoración era un poco estridente pero equilibrada, gracias al contraste de paredes en color violeta y otras de color crema. Había un sofá y una alfombra en tonos tierra y unas butacas en color morado. Desde el salón se podía divisar una moderna y funcional cocina, al igual que el baño.

—Esta no es tu casa —comentó Clara tras una primera evaluación.

—Pues la he pagado, créeme —contestó Mario.

—Me refiero a que no es aquí donde vives.

—¿Por qué lo dices?

—Porque parece el escaparate de una tienda de decoración. No tiene vida.

—Buena observadora. Tengo este apartamento porque a veces me

apetece estar solo —Clara no quiso preguntar con quién vivía normalmente.

—No estarás casado...

—Por supuesto que no.

—Pues entonces es aquí donde traes mujeres para... ¡No!, no me lo digas. Prefiero no saberlo.

Mario prefirió no sacarla de su error. Jamás había llevado a ninguna mujer allí, pero dejó que ella pensara lo que quisiera.

—¿Te apetece tomar algo más? —preguntó él.

—No, solo me apetece que vuelvas a besarme.

Mario inspiró aire y lo expiró lentamente. La cogió de la mano y la llevó hacia el dormitorio, donde Clara vio de reojo un cabezal en color rojo, demasiado llamativo, aunque al encender él las lámparas de las mesillas de noche, les envolvió un ambiente cálido y sensual.

Mario se quitó los gemelos y el reloj y los dejó sobre la mesilla. Después se quitó la chaqueta y la corbata y las depositó en una butaca, junto al chal y el bolso de Clara. Se acercó a ella y comenzó a quitarle las horquillas del pelo para poder coger un mechón entre sus dedos.

—Me encanta tu pelo. Y este olor tan dulce... —susurró antes de besarla profundamente sin soltarse de su cabello.

Clara apoyó las manos en su pecho y sintió la necesidad de tocarle mientras le desabrochaba los botones de la camisa y se la deslizaba por los hombros. Pasó sus manos por el suave vello oscuro, las costillas y el liso estómago.

Él desabrochó el cierre del vestido con irritante facilidad y tiró de él

hacia abajo, comprobando satisfecho que no llevaba sujetador. Amasó suavemente sus generosos pechos sin dejar de besarla y pellizcó sus rosados pezones. Clara respiraba y gemía entrecortadamente, por sentir un placer que nunca hubiese llegado ni a imaginar.

Mario la acercó a la pared y, dejándola caer en ella, comenzó a pasarle la lengua por los pechos, introduciendo sus pezones en la boca y succionándoselos. Luego bajó por su estómago y su cintura, para parar entre las piernas y, tras bajar sus blancas braguitas, besar su húmedo sexo. Clara pensó que sus piernas no aguantarían, pero se aferró fuerte a su cabello y él la sujetó por las caderas, mientras su lengua hacía estragos en su cuerpo, y este acabó estremeciéndose de un placer insoportable. Cuando todavía se convulsionaba de ese rápido clímax, Mario la cogió en brazos para depositarla sobre la cama y acabar de quitarle las medias y los zapatos. Ella, extasiada, dirigió sus manos a la hebilla del cinturón para terminar de desnudarle del todo.

—Chsst, tranquila. Ya lo hago yo.

Se quitó los pantalones, la ropa interior y los zapatos, se puso un preservativo que guardaba en la mesilla de noche y se colocó sobre ella en la cama. Clara se retorció, moviendo la cabeza a un lado y otro de la almohada, y subiendo las caderas hacia arriba buscando las de él. Mario pretendía alargar el momento, pero le fue imposible cuando Clara comenzó a frotar su sexo contra el suyo.

—Mario, por favor...

Entonces ya no pudo pensar. Era la primera vez que una mujer le

hacía perderse de esa manera. Se introdujo en ella lentamente pero algo le impidió continuar.

—Clara, pero qué... no puede ser...

—No pares ahora, Mario, por favor —le agarró por los glúteos y ella misma se lo introdujo en su interior. Sintió como un pellizco que la hizo parar un momento, pero enseguida alentó a Mario para que siguiera.

Y Mario comenzó a moverse, primero lentamente y luego más aprisa. Sintió cómo ella volvía a estremecerse y cómo él estallaba, preso de un placer como nunca antes había experimentado.

Más tarde cayó sobre ella y se puso a su lado mientras intentaban recuperar el aliento.

Mario salió de la cama y tiró el preservativo con la evidencia de lo que no podía creer. Cogió también una toalla, la mojó en agua caliente y se acercó a limpiar a Clara, que se dejó hacer.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—¿Habrías querido pasar la noche conmigo?

—Claro que no.

—¿Por qué? ¿Qué importancia tiene?

—Porque era tu primera vez y yo no voy por ahí desvirgando mujeres.

—¿Y a ti qué más te da con quién tuviera yo mi primera vez?

—¿Te parecí un buen candidato? —dijo él con sarcasmo.

—Le estás dando demasiada importancia. No estamos en la Edad

Media. Yo quería hacerlo y tú también. Punto.

—Oh, sí, claro, fingiendo que eras una mujer de mundo.

—¡Bueno, perdone usted, por no ir por ahí acostándome con un montón de tíos! Debería haberlo hecho con cualquiera antes, para que no te molestaras.

—Perdona —contestó él más suavemente—. Podría haberte hecho daño. No me lo esperaba —la tapó con la ropa de cama y le pasó la mano por la mejilla.

—No te preocupes, de verdad. No me trates como a una niña o una enferma. Ha sido maravilloso para mí y, por supuesto, no me has hecho daño. Por cierto, tomo pastillas.

—¿Tomas pastillas anticonceptivas? —preguntó levantando las cejas.

—Sí, desde hace unos siete u ocho meses, por unos desarreglos. Pero creo que ahora nos pueden ser útiles.

—Es tu decisión, Clara. No me importa usar protección.

Estuvieron acurrucados y dormitando un tiempo, hasta que Mario, ya más repuesto de la impresión, comentó:

—Al final no hemos tomado postre en el restaurante. ¿Quieres algo dulce que tengo en la nevera? —dijo mientras se sentaba en el borde de la cama y se ponía la ropa interior.

—Vale —respondió Clara desperezándose—. ¿Tienes algo que me pueda poner encima?

—Toma, ponte mi camisa.

Clara se puso la camisa blanca que había llevado él puesta esa noche, dándole varias vueltas a las mangas. Se la acercó al rostro e inhaló su maravilloso aroma. Era otra sensación más, otro recuerdo

de esa noche que guardar en su memoria.

Abrió la nevera y chilló de felicidad cuando vio los profiteroles de nata y de trufa.

—¡Madre mía!, ¿qué hace aquí este manjar?

—Encargué que lo trajeran esta tarde. Suponía que te gustarían. También hay una botella de cava en la repisa de más arriba.

—¿Gustarme? —Dijo mientras cogía la bandeja de pasteles y la ponía sobre la mesa de la cocina—. ¡Son mis favoritos! Aunque, si no te importa, prefiero cogerte una botella de batido de cacao que he visto más abajo.

—Por supuesto. Yo beberé lo mismo —él colocó un par de copas en la mesa y las llenó con el batido.

Los dos sentados en las sillas de la cocina, ante la mesa con las bandejas de pastelillos, representaban una estampa doméstica que se le antojaba a Clara maravillosa pero imposible. Se sentía cómoda con él, aunque la visión de Mario en calzoncillos, con su musculoso torso desnudo y sus largas piernas, hacía que sintiera un anhelo y un deseo como nunca había sentido por ningún hombre.

Aun así, comieron y charlaron durante un buen rato, creando un ambiente de complicidad.

—¿Te gusta leer algo más que revistas de economía? —preguntó Mario.

—Por supuesto, y de lo más variado. Lo mismo leo a García Márquez, a Bárbara Wood que a Vázquez Figueroa. ¿Y tú?

—La verdad es que no tengo tiempo para ese tipo de lectura. He de llevar muchos temas del trabajo, como tratos con clientes o contratos con empresas. Pero ya me gustaría. Aunque a veces leo sobre

historia, que me encanta, sobre todo antigua y medieval.

—Deberías relajarte con un buen libro o una novela entretenida. La última que he leído, de Peter May, me ha hecho pasar buenos momentos. Yo tampoco tengo mucho tiempo, pero aprovecho el recorrido del autobús o antes de ir a dormir.

—Lo tendré en cuenta —le dijo con uno de sus amagos de sonrisa.

—¿Puedo hacerte una pregunta más personal?

—Puedes, pero no sé si contestaré.

—¿Por qué no tienes pareja o, al menos, relaciones más largas? Dicen que nunca repites con la misma mujer.

—Primero, no hagas caso de rumores, la mayoría de veces exageran. Segundo, no tengo pareja porque no quiero tenerla. Y tercero, si te refieres a algo así como una amante, no me interesa. Demasiado exigentes y demasiado caras.

—A lo mejor un día te enamoras...

—No —dijo Mario demasiado rápido—, te aseguro que no.

Clara prefirió no pensar en ello y dejar de lado un tema que le resultaba doloroso, para seguir dando buena cuenta de los pasteles. Se chupó los dedos con los restos de nata y después bebió batido de cacao directamente de la botella, dejándole un rastro sobre el labio superior que se lamió con la lengua. Su cara de satisfacción provocó en Mario una sensación desconocida para él, que no logró identificar. Era como un calor tibio que comenzaba en el estómago y subía hasta el centro de su pecho. Pensó que, nunca jamás, nada le había parecido tan erótico como Clara, llevando únicamente su camisa sobre su cuerpo, el pelo alborotado y bebiendo batido de cacao directamente de la botella.

—Anoche estabas preciosa, Clara, pero ahora estás irresistible.

—Vaya, es el primer cumplido que oigo de tus labios. Pero quiero que sepas que aquí la afortunada soy yo. Tú siempre estás irresistible.

Clara sintió la mirada ardiente de Mario sobre su cuerpo. Sin pensárselo dos veces, se abrió la camisa, cogió un poco de nata con el dedo corazón, y se puso un poco en cada pezón. Mario, sin levantarse de la silla, cogió a Clara de la cintura y la sentó sobre su regazo. Le lamió la nata mientras ella enredaba los dedos en su pelo y echaba la cabeza hacia atrás, dejando que la cortina de cabello cayera sobre las piernas de él.

—Hazme el amor otra vez, Mario —gimió posando su frente sobre la de él.

—¿Seguro que te encuentras bien? —le preguntó mirándola a los ojos.

—Sí. Nunca he estado mejor.

Mario la levantó por las caderas, se bajó los bóxer y la penetró lentamente. Clara comenzó a subir y bajar con su ayuda, mientras lo besaba y él le acariciaba los pechos. Notó un poco de dolor, pero nada comparado con el placer que estalló en ella instantáneamente. Sintió que Mario se estremecía en su interior y lanzaba un ronco gemido mientras la abrazaba y hundía el rostro en su cuello.

—Ven —dijo él cogiéndola en brazos—. Vayamos a la cama, creo que estaremos más cómodos.

En esta ocasión sí durmieron durante algunas horas. Antes del amanecer, Mario no pudo resistir la tentación de volver a hacerle el

amor mientras aún estaba adormilada, cuando sintió su tibio cuerpo encajado perfectamente en el suyo. Erróneamente había pensado que cuando hubiese obtenido lo que quería, estaría deseando librarse de ella. Pero nada más lejos de la realidad. La deseaba cada vez más, como una adicción.

Se volvió a dormir pensando en que al día siguiente le haría una proposición.

Clara abrió los ojos y no identificó el lugar donde estaba durmiendo hasta que notó el cuerpo que yacía a su lado. Los primeros rayos de sol de la mañana se filtraban por las estrechas rendijas de las persianas, creando pequeños puntos de luz, como focos en un escenario.

Se apoyó en el codo y observó al hombre que aún dormía. El brillante cabello negro le caía por la frente, y la mandíbula estaba cubierta por un asomo de barba. Su expresión era bastante más dulce que cuando estaba despierto, haciéndole parecer más joven. En ese momento no aparentaba más de treinta años. Nunca había visto un rostro masculino más hermoso. Intentó retener esa imagen en su retina, como había hecho durante todos los momentos vividos con él, como fotografías en una tarjeta de memoria.

Con mucho cuidado, se levantó de la cama, se puso rápidamente el vestido y cogió los zapatos y el resto de sus cosas. Nada más cerrar la puerta del apartamento, llamó a su amiga Núria, como habían quedado, y concentró todas sus fuerzas en no llorar.

Mario estiró los brazos satisfecho. Hacía muchísimo tiempo que no dormía tanto ni tan bien, y conocía el motivo. Pero al darse la vuelta en la cama, no encontró a nadie. Pensó que podría estar en el baño y la llamó, pero enseguida se dio cuenta de que no quedaba rastro de su ropa ni de sus cosas.

Al estar con otras mujeres, siempre les había dejado claro que debían desaparecer, pero cuando comprobó que Clara se había ido, un dolor sordo se instaló en su interior. Esperaría para verla al día siguiente cuando fuera a la oficina y aclarar las cosas con ella.

No entendía por qué había huido. Únicamente sabía que nunca se había sentido tan vacío.

Ya en casa de Núria, esta intentaba consolar a su amiga.

—¿Estás bien, cariño? ¿Ese tío se ha comportado bien contigo? ¿Ha tenido en cuenta tu inexperiencia?

—Estoy bien, y se ha comportado perfectamente. Incluso se enfadó conmigo cuando descubrió que no había estado con nadie antes. No te preocupes, es algo que ya esperaba, pero no puedo dejar de estar triste.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Te echó así, sin más? ¿Adiós, que pase la siguiente?

—No, claro que no. Me he marchado yo.

—¿Cómo que te has marchado tú? ¿Y qué ha dicho él?

—Nada. Estaba dormido.

—Pero Clara, ¿por qué no esperaste a hablar con él? Lo mismo quiere volver a verte.

—Pero yo no quiero volver a verle, al menos quedar con él. Tendré que evitarlo cuando entre y salga del trabajo. Creo que me voy a ir buscando otro. No voy a soportar verle cada día y ver cómo me ignora.

—Pues yo creo que no has actuado correctamente, huyendo de su cama como si fueras tú la que va por ahí rompiendo corazones.

—Y yo creo que sí. No he querido tener que escuchar ninguna excusa para librarse de mí. Me he ido yo y ha sido lo mejor. Ya se me pasará.

Pero Clara no sabía cuándo se le pasaría. De momento, intentaría recordar los buenos y maravillosos momentos que había pasado con él. Tendría que conformarse con eso.

Se cambió con la ropa que le había dado a Núria el día antes. Le parecía que había pasado una semana. Se despidió de su amiga y se fue a su casa, donde su madre ya preparaba la comida del mediodía. Le dio un abrazo y un beso y se sintió mejor. Saludó a sus hermanos, que estaban en sus habitaciones, como siempre, y luego se sentó en el sofá del salón, donde estaba viendo las noticias Jordi, el hombre que cada día veía más por casa. Jordi era contable en la empresa donde trabajaba su madre y tenían algo más que una amistad. Era un hombre afable y tranquilo, de algo más de cincuenta años, con el pelo ligeramente canoso y con unas gafas de pasta que le daban, precisamente, aire de contable. Al fin y al cabo, su madre solo tenía cuarenta y ocho años y era muy guapa, con el pelo castaño y los ojos azules. Se merecía un hombre a su lado como este, aunque lo llevaban con discreción y él no se había quedado nunca a dormir en casa.

—¿Qué tal, Clara? —le preguntó afablemente. No le importaba que Nen se enroscara a su lado en el sofá.

—Bien, Jordi, gracias. ¿Te quedas a comer?

—Por supuesto. Maite ha cocinado su especialidad: paella.

—En ese caso iremos poniendo la mesa entre todos. Llamaré a Paula y a Eric, que seguro están enganchados, ella al móvil y él a la *Play*.

Y durante la tarde del domingo, Clara se relajó en la reunión familiar. Sabía que, pasara lo que pasara, siempre tendría a su familia a su lado.

CAPÍTULO 10

Marta siempre había sido bastante buena en matemáticas, pero el examen que tenía el jueves era la excusa perfecta para quedar con Víctor el domingo por la tarde. Sentado junto a ella delante del escritorio, Víctor le explicaba los entresijos de las ecuaciones de segundo grado. Chocaba un poco un chico tan grande y masculino en una habitación tan femenina, con los muebles blancos con detalles en violeta y varios peluches repartidos por doquier. Se había quedado como hipnotizada con su voz, su olor a limpio y la visión de su masculino perfil. Pensaba en que había sido una suerte que su padre no hubiese aparecido desde el sábado por la tarde, y su abuela, que estaba abajo en el salón con una amiga, nunca entraría en su habitación sin llamar.

—Marta, no me estás escuchando.

—Eh, sí, sí, claro.

—Entonces, ¿cuál es la respuesta?

—Tienes razón, me he despistado un poco —le dijo encogiéndose de hombros como pillada en falta.

—Creo que será mejor que lo dejemos. Me da la impresión de que se te da mejor de lo que aparentas.

—Un futuro ingeniero siempre sabrá más que yo, pero tienes razón, lo dejaremos ya.

Se levantaron los dos de la silla y, estando uno frente al otro, se quedaron mirando a los ojos. Él la cogió de la mano y la condujo al borde de la cama, donde se sentaron los dos.

—Es difícil encontrar una chica tan guapa como tú —le dijo con voz tan baja que parecía una suave caricia. Le apartó su melena llameante de la cara y se la colocó detrás de la oreja. Se acercó y le dio un beso en la mejilla. Quería ir poco a poco, pero como ella no lo evitó, dio un paso más y, cogiéndola de la barbilla con un dedo, le giró la cara hacia él y la besó en los labios.

Marta sintió las famosas mariposas en el estómago volando a mil por hora, aunque le pareció que el beso acababa demasiado pronto.

—Ya puedes abrir los ojos —le dijo él sonriente.

—¡Oh! —contestó ella azorada, ya que durante el breve beso había dejado de respirar.

—Y ahora, será mejor que me vaya, antes de que venga tu padre y me denuncie por corrupción de menores.

—No creo que mi padre se limitara a denunciarte —le dijo medio en broma medio en serio mientras lo acompañaba a la puerta. Pasando por el salón, él, muy amablemente, se despidió de las dos mujeres que conversaban en el sofá. Luego, en la puerta, le dio a Marta un suave beso en la mejilla y se marchó.

Rápidamente, Marta subió a su cuarto como una exhalación, agarró el móvil y se lanzó en plancha contra la cama.

—¿Lidia? No podía esperar a mañana para contarte. Víctor me ha besado.

—¿Víctor? —Le gritó su amiga—. ¿Mi primo?

—¿A cuántos conoces? ¡Pues claro!

—¿Dices que te ha besado? ¿Dónde estabais?

—En mi casa, estudiando mates. Oye, no pareces muy eufórica. Al menos alégrate por mí.

—No sé qué decirte, Marta. Creo que mi primo es mayor para ti — de momento, Lidia no se atrevía a hablarle de los antecedentes de Víctor en cuestión de chicas.

—No pretenderás que los chicos que conocemos de nuestra edad me resulten ni la mitad de interesantes que él.

—Yo solo te pido que vayas con cuidado y no te precipites, que sé de algún corazón roto por él.

Pero Marta no la escuchó o no quiso hacerlo. Se quedó tumbada en la cama, sonriendo soñadora, hasta que escuchó unos toques en la puerta. Se levantó a abrir a su abuela, que venía a decirle que había llegado su padre.

—¡Hola, papá! —corrió a saludarle abrazándose a su cuello.

—Hola, cariño —le devolvió su padre el abrazo.

—¿Qué pasa, papá? Te veo un poco chafado.

—Nada, cariño. Estoy cansado y estaba deseando llegar a casa.

Marta volvió a su habitación y Mario se dirigió a su madre para saludarla con un beso.

—Yo también te veo apagado, Mario. ¿Es por el trabajo o hay algo más?

—No es nada, mamá, no te preocupes. Ha sido un fin de semana difícil que remediaré con un trozo de bizcocho casero y varias horas de sueño.

Pero esa noche, Mario no durmió demasiado. Como otras veces, se levantó temprano para ir a correr por la playa antes de ir a trabajar y tener la oportunidad de ver a Clara, aunque no sabía hasta cuándo podría servirle esa terapia.

Al día siguiente no hubo forma de ver a Clara. Las reuniones con clientes y directivos, que se acumulaban esa semana, no le habían dejado mucho tiempo. Por otra parte, no coincidió una sola vez con ella a la entrada o a la salida. Lo mismo sucedió al día siguiente, y al otro, y casi toda una interminable e infernal semana, hasta que, por fin, el viernes, la vio entre una pequeña multitud de gente que caminaba por la acera en dirección al edificio donde trabajaban.

La llamó, pero ella ni siquiera se giró. La volvió a llamar y ella pareció caminar aún más aprisa, aunque Mario, con sus grandes zancadas, pudo llegar hasta ella y cogerla del brazo.

—Clara, he de hablar contigo. Vamos a tomar un café.

—No —dijo ella intentando zafarse de su brazo sin conseguirlo—. Tengo que ir a trabajar.

—Pues entonces aquí mismo —y la llevó al refugio de una entrada de aparcamientos.

—Me estás haciendo daño —a Clara en esos momentos le pareció más alto e imponente que nunca. A pesar de que ella medía casi un metro setenta, siempre tenía que levantar la cabeza para mirarlo de cerca.

—¿Me estás evitando? —le preguntó aflojando la presión de su mano.

—Claro que no. No habremos coincidido. ¿Qué quieres?

—Quiero volver a verte.

—Creo recordar que tú no tienes citas ni repites con la misma mujer.

—Deja de decir esas cosas. Lo hablaremos más despacio, pero me gustaría que nos viésemos de vez en cuando.

—¿En calidad de qué? ¿De amante? Podría resultarte demasiado exigente y demasiado cara —le dijo recordándole sus propias palabras.

—¿Qué problema tienes, Clara? ¿No te sentiste bien el tiempo que pasaste conmigo? ¿Algo te pareció mal?

—¡No! ¡Claro que no! Todo estuvo genial, Mario —le dijo con voz chillona—. ¡Cómo supongo que te dirán todas! Ahora ya puedes hacer una muesca en tu cama y tacharme de la lista.

—No te pongas sarcástica, Clara, no te pega.

—¿Y qué me pega, Mario? ¿Derretirme en cuanto abras la boca? ¿Echarme en tus brazos? ¿Sentirme agradecida porque hayas decidido que soy la afortunada que te esperará en tu sugerente piso tres veces por semana? Déjalo, Mario. No sientas que me debes nada. En realidad fui yo la que te buscó y obtuve lo mismo que tú. Ahora ya puedes seguir con tu vida.

Y después de semejante explosión, se marchó a trabajar, dejando a Mario más confundido que nunca.

Está bien. Un clavo saca otro clavo. En la reunión de mañana en Madrid, cualquier otra mujer me servirá.

El sábado por la tarde, después de la reunión en el elegante hotel de siempre, Mario se dirigió al bar a tomar algo y despejarse. No solía beber, pero esa vez se pidió un *bourbon* con hielo y le dio un gran trago que le calentó la garganta y el estómago de golpe. En ese momento entraba en el bar una guapa morena que al verlo se dirigió a él.

—Hola, pero si es mi guapo amigo. ¿Te acuerdas de mí?

—Por supuesto —no estaba muy seguro de si era la misma mujer de la última vez.

—¿Me invitas a lo mismo?

—A lo que quieras —y le hizo una seña al camarero. Los dos estuvieron bebiendo mientras se miraban por encima del borde de sus copas.

—Esta vez me gustaría verte en mi habitación. Es la seiscientos ocho. Dame media hora —y salió del bar contoneando las caderas bajo su corto y ajustado vestido rojo.

Mario se bebió una última copa para hacer tiempo, y más tarde subió a la habitación que ella le había mencionado. Le abrió la puerta llevando el mismo vestido y le instó a que entrara. Mario se sentía un poco mareado por el alcohol que había ingerido debido a la falta de costumbre, y achacó a ese motivo la falta de reacción que estaba mostrando su cuerpo frente al estímulo de la guapa e insinuante mujer.

Pero en realidad, si fuese sincero consigo mismo, admitiría que, además de su cuerpo, su mente tampoco reaccionaba. Únicamente lo hacía si pensaba en cabellos dorados, y en unos ojos oscuros y tan profundos que parecía ahogarse en ellos.

La recordó en aquel refugio del aparcamiento, enfadada, echando chispas por los ojos, plantándole cara como casi nadie se habría atrevido, y no pudo evitar sonreír. Su inocencia y su bondad no quitaban que tuviera carácter y osadía.

Viendo el camino que tomaba su pensamiento, no tuvo más remedio que disculparse con la guapa mujer, de la que no recordaba ni el nombre, y volverse a su habitación. Se desvistió, se tumbó en la cama e hizo algo que no había hecho nunca en ninguno de sus viajes: ver la televisión.

CAPÍTULO 11

Apoyada en la almohada, Núria miraba al hombre que dormía a su lado. Ya habían cumplido con sus tres citas de rigor hacía varios días, y desde entonces habían pasado la noche juntos en varias ocasiones, casi siempre en casa de él.

Sergio compartía piso con otros dos abogados que tampoco se lucraban demasiado. De momento eran bastante idealistas y les gustaba ayudar a personas sin recursos que necesitaban sus servicios, aunque a veces les pareciera que retrocedían muchos años en la historia, cuando la gente pagaba con lo que tenía y cuando podía.

Pero para Núria, esa manera de ver las cosas era parte del encanto de Sergio y había acabado enamorándose irremediablemente de él.

Aunque a veces, todavía sentía la sombra de su perfecta ex y no daba crédito a que la hubiese preferido a ella.

—Hola —saludó él con la voz ronca de recién despertado.

—Hola —contestó Núria.

—¿Qué miras? Tengo la sensación de que ya llevas un rato así.

—Te miraba a ti. Y pensaba.

—¿En qué? —Sergio sabía que ella sería tan sincera como siempre y se lo contaría.

—Pensaba en que las comparaciones son odiosas, y en que seguro

que a veces no puedes evitar compararme con Doña Modelo.

—Pues claro que te comparo, y créeme, sales ganando por goleada.

—Claro, tú qué me vas a decir, pero no puedo saber si es lo que piensas en realidad. Además, hay que estar ciego para no ver que ella tiene una cara perfecta, un pelo perfecto y un cuerpo perfecto, detalles de los que yo carezco. Seguro que cuando nos vean tus amigos pensarán: —“¿qué le habrá pasado a Sergio que ha bajado tanto el listón?”.

Sergio se incorporó en la cama y se dirigió a Núria, ahora más seriamente.

—Primero, lo que piensen mis amigos no me importa, pero resulta que piensan que he salido ganando, que he cambiado a una esnob por una chica guapa, simpática y divertida. Segundo, Doña Modelo no me parece perfecta ni de lejos. Y tercero...

Sergio apartó la sábana que tapaba a Núria y la dejó completamente desnuda boca abajo sobre la cama. Cuando ella fue a protestar y a taparse, él se puso rápidamente sobre sus piernas y le colocó los brazos sobre la almohada.

—Y tercero, voy a demostrarte que me encanta tu rostro, tu pelo y tu cuerpo.

Comenzó a besarle las piernas, subiendo por sus muslos, por sus caderas, y mordisqueándole los glúteos. Luego empezó a ascender por su espalda, siguiendo la columna vertebral con sus labios hasta llegar a los hombros y el cuello.

Núria ya había dejado de protestar. Sintió cómo él le daba la vuelta

y hacía el mismo recorrido por delante, desde las rodillas, la cara interna de los muslos, las caderas, pasando por el vientre suavemente redondeado y acabando en sus pechos. Cuando ella comenzó a jadear, él levantó la cabeza para mirarla a los ojos mientras la penetraba suavemente.

—¿Te he convencido de que me gustas? —le preguntaba Sergio mientras se movía dentro de ella.

—Sí, sí... estoy un poco más convencida que antes —gimió ella poniéndole las piernas alrededor de la cintura—. Pero tendrás que seguir convenciéndome cada vez que tengas dudas.

Y Sergio siguió convenciéndola el resto del domingo.

CAPÍTULO 12

Los comienzos de semana siempre son duros, pero para Clara este estaba siendo especialmente difícil. Apoyada en el respaldo del asiento del autobús, miraba por la ventanilla pero sin ver nada. Un libro descansaba en su regazo sin abrir y su mano aferraba el móvil con los cascos que colgaban desparramados en el interior de su bolso.

Había intentado una jugada que no le había salido demasiado bien. Había estado convencida de que debía intentar conocer a un hombre y para ello actuó de manera impulsiva, pensando que tenía algo que ver con sus sueños.

Siempre supo que era muy peligroso implicarse con ese hombre, rico, guapo y misterioso, pero por otro lado tuvo la corazonada de que si no lo hacía perdería la oportunidad de algo importante. Cuando se vio más implicada ya no tuvo más remedio que aceptar que nunca tendría ninguna oportunidad con él, que vivían en mundos diferentes y él no era hombre de una sola mujer, aunque aprovecharía cada momento que pasara con él.

No estaba segura si podía ser posible enamorarse de alguien sin apenas conocerlo, pero ella estaba segura de que estaba enamorada de él. Con solo verlo se le alegraba el alma. Con solo escuchar su voz se le calentaba el corazón. Si cerraba los ojos podía recordar sus

contadas, y por eso más preciadas sonrisas. Podía recordar el olor de su colonia, y podía recordar sus preciosos ojos plateados, que cuando la miraban con deseo se le dilataban las pupilas, hasta dejar el contorno brillante del iris y que le hacían pensar en un eclipse de luna.

Pero también recordaba su último encuentro, en el que le había gritado y tratado bastante mal. Ahora ya no estaba tan segura de que salir de su vida con la misma impulsividad con la que había entrado hubiese sido lo correcto. Ella no era así, siempre se había pensado las cosas bien antes de hacerlas. Aunque sabía que el interés de él hacia ella era puramente sexual, tal vez debería haber seguido el consejo de su amiga y seguir con él hasta... ¿hasta cuándo? Ella no sería suficiente para él durante mucho tiempo, por eso se había marchado, porque no soportaba imaginárselo mientras le decía: —“Ya me he aburrido de ti. Coge tu cepillo de dientes y lárgate”.

Ahora, durante las últimas noches, había seguido soñando con él, pero su rostro se hacía más difuso y seguía sin escuchar lo que le decía al oído.

—¿Clara? ¿Eres tú?

Clara no había notado que el autobús hubiese parado, y menos que alguien conocido se hubiese acercado y llamado por su nombre. Volvió a la realidad y se fijó en el chico rubio de ojos dorados que la miraba sonriente y se sentaba en el asiento de al lado.

—¿Álex?

—¿Ya no me recuerdas? No hace tanto tiempo desde que nos viéramos por última vez.

—¡Claro que te recuerdo, tonto! —Se dieron dos besos en la mejilla

—. Solo han pasado unos meses. ¿Qué es de tu vida?

—Bueno, desde que me diste calabazas en la fiesta de mi fin de carrera...

—¡Álex! Recuerda que tú ya terminabas pero que a mí todavía me quedaba por delante la especialidad y no quería líos con chicos. Además, siempre te he tenido mucho cariño como amigo.

—Ya. Eso es lo último que espera escuchar un hombre de labios de la mujer que le gusta.

—Anda, dime, ¿ejerces como periodista?

—Lo que hago como periodista no me da ni para pipas. De momento ayudo en el negocio familiar que va bastante bien. Tal como están las cosas no me puedo quejar, aunque tengo el coche en el taller y hoy me toca ir en bus a visitar unos clientes.

—Me alegro mucho de que te vaya bien, Álex, ya sea escribiendo o despachando en la ferretería.

Clara le contó de su reciente trabajo, de los estudios y su familia. Los dos se pusieron al día en lo referente a los amigos comunes y a cotilleos. Al final el tiempo se pasó volando y casi se pasa de parada. Mientras se dirigía corriendo hacia la salida, Álex le preguntó:

—¡Clara! ¿Tienes plan para el viernes por la tarde? Tengo que hacer unas compras en el centro comercial y podríamos dar una vuelta y tomar algo. ¿Qué te parece? Podríamos seguir poniéndonos al día.

Clara pensó que no tenía nada importante que hacer esa tarde. Su amiga cada vez pasaba más tiempo con Sergio, como era normal, y a ella le iría bien salir con alguien en plan de amigos.

—Me parece genial. Hasta el viernes.

Y como cada día de camino al trabajo, comenzó a correr.

CAPÍTULO 13

Clara se estaba divirtiendo mucho con Álex en el centro comercial. Habían merendado, se habían probado unos cuantos sombreros y gafas de sol, y no paraban de bromear sobre antiguas anécdotas pasadas. Más tarde, Álex comentó que debía pasar un buen rato en la sección de electrónica para mirar algunos componentes, así que le recomendó que mientras tanto fuera a mirar algo que le resultara más interesante. Sin pensárselo dos veces, bajó a la planta de libros para admirar las últimas novedades. Le gustaba observarlos, solo por el placer de elegir alguno. Comenzó a pasar las manos sobre las cubiertas y cuando uno le llamó la atención se dispuso a hojearlo. Pese a vivir en la era digital, disfrutaba del tacto y el olor de un libro. Una tarde en una biblioteca entre viejos libros era para ella un verdadero placer.

Sin poder evitarlo, pensó en Mario y en la conversación que habían mantenido sobre lectura. Y entonces lo sintió, ese cosquilleo que notó la primera vez que estuvo a solas con él en el ascensor. Levantó la cabeza y lo vio allí mismo, rodeado de libros y tan guapo como siempre, pese a llevar un atuendo más informal que de costumbre. Vestía un moderno pantalón claro y un polo azul que le sentaba de maravilla y contrastaba con su negro cabello y su tono de piel.

Solo verlo le dolía. Sintió la tentación de correr hacia él y abrazarle, besarle y decirle que quería seguir con él, sin importarle las

condiciones.

Pero en ese momento apareció Álex, que ya se había imaginado dónde estaría, pues la conocía y sabía de su afición por la lectura. Ella le sonrió y dejó que se la llevara de allí. Pensó en lo fácil que era conocer a Álex y que él la conociera a ella, mientras que aspirar a conocer a Mario era lo más complicado que había intentado nunca.

Mario dejó a su madre y a su hija en la sección de moda y complementos mientras él se escabullía de allí. Las dos habían querido ir al centro comercial y se habían empeñado en que las acompañara. Últimamente lo veían un poco más serio de la cuenta y pensaron que le iría bien un poco de distracción.

A él, realmente, le agobiaban esos lugares una barbaridad, pero estaba de acuerdo en que le sentaría bien pasar la tarde con ellas. En su compañía se sentía relajado y libre, y más él mismo.

Mientras las dejaba mirando modelitos entusiasmadas, él se dirigió a la sección de lectura, pues hacía mucho tiempo que no se compraba una buena novela. Recordaba perfectamente el autor que le había recomendado Clara. Y, como si su mente la reclamara al pensar en ella, levantó la vista y la vio, como una aparición, hojeando algunos libros. Solo hacía unos días que no la veía y le habían parecido meses.

Estaba preciosa, con su rubia melena suelta, un vestido estampado en tonos marrones y unas sandalias de tiras cruzadas del mismo color. Mario frunció el ceño. En realidad, el vestido era bastante corto y escotado, y marcaba perfectamente sus suaves curvas.

Ella también levantó la vista y le vio. Los dos se miraron y el tiempo

pareció congelarse. Sintió una emoción inesperada al verla allí, tan bonita y natural como siempre. Pero cuando se decidió a dar el primer paso, observó a un hombre joven, de veintitantos años, acercarse a ella y hablarle con mucha familiaridad. Clara obsequió con una sonrisa al desconocido y se dejó coger por la cintura, mientras se alejaban de allí.

Mario se quedó quieto, petrificado, viendo cómo se marchaba con otro hombre la mujer que ocupaba sus pensamientos día y noche.

Fue esa la primera vez en su vida que sintió la presencia de un ser feo y maligno, de largos y afilados dientes que se le clavaban en el pecho y le provocaban un dolor profundo y punzante.

E inmediatamente supo el nombre de ese ser temible y desconocido para él:

Los celos.

Durante esa noche, Mario no pudo esperar a que amaneciera para levantarse e ir a correr o trabajar. Antes de las dos de la madrugada decidió salir de su cama, ponerse una camiseta y salir a la terraza. Al menos allí, sentado en un sillón de mimbre, sentiría la paz que le ofrecía la vista desde aquella altura, rodeado por la quietud de la noche. Abajo, en la calle que durante el día era recorrida por cientos de vehículos, ahora solamente se podían divisar unos pocos reflejos de luces de algunos coches solitarios. Los edificios más altos y emblemáticos, todavía iluminados, dominaban el paisaje nocturno. En el cielo, miles de brillantes estrellas rodeaban la luna, tan clara y tan llena, que dejaba su estela plateada sobre la superficie del mar.

Mario escuchó unos pasos y notó una mano posarse en su hombro.

Y supo de quién se trataba.

—Hola, mamá. ¿Qué haces levantada?

—Supongo que yo podría preguntarte lo mismo. En realidad me he levantado a beber un vaso de agua. Me encantan las pizzas del centro comercial, pero acabo necesitando una botella de agua sobre la mesita. He visto moverse las cortinas de la terraza y he imaginado que eras tú. ¿Vas a contarle a tu madre qué te pasa, o voy a tener que someterte a un interrogatorio como cuando eras adolescente?

—Sigues sabiendo exactamente cuándo me pasa algo, ¿verdad, mamá?

—A una madre no se le escapa nada. No me creo nada tu acumulación de trabajo. ¿Es por una mujer? ¿Por fin alguna ha sido capaz de hurgar, aunque sea un poquito, en la cerradura de ese candado oxidado de tu corazón?

—No está oxidado, mamá. Sabes lo importantes que sois para mí Marta y tú.

—Pero yo me refiero a la parte de tu relación con las mujeres. Nunca te he dicho nada, pero sé perfectamente la fama que tienes, y no creo justo que, por que una se portara como lo hizo, pienses que todas vayan a ser iguales.

—Ella no tiene nada que ver con mi oposición a las relaciones largas. Es decisión mía. Mi trabajo ocupa todo mi tiempo.

—Rebeca tiene todo que ver, no me trates como si no supiera de qué estoy hablando. Hazme caso, cariño, tienes todo el derecho del mundo a ser feliz. Si has conocido a una mujer que vale la pena y ella siente lo mismo por ti, inténtalo. Un día podrías arrepentirte de no haberlo hecho.

Y con el eco de las últimas palabras de su madre, a Mario le pareció sentir que la humedad de la noche le penetraba hasta los huesos, un sudor frío le comenzaba a bajar por la espalda y el corazón le daba palpitaciones.

Hacía mucho tiempo que no sentía todos esos síntomas a la vez, y no tenía duda alguna acerca del motivo que los provocaba:

Los recuerdos del pasado.

Barcelona, catorce años antes

—Otra vez llegas tarde, Mario. Llevo toda la tarde en casa esperándote. Tenemos que hablar.

—Lo siento, Rebeca, pero el trabajo se ha alargado más de la cuenta.

—Y cuando no es el trabajo, son los estudios. Nunca tienes tiempo para nada. Yo no puedo sola con la casa y la niña.

Mario miró a su alrededor. Su pequeña hija, todavía en pijama, jugaba en el suelo colocando aros de colores a través de un cilindro y sacándolos de nuevo cada vez. Sobre el único sofá del pequeño salón, se amontonaba la ropa, no sabía bien si limpia o sucia. Y sobre la mesa, restos de la cena de la noche anterior.

—Perdona, pero creo que no es tan difícil manejarse en un piso tan pequeño.

—¡No me recuerdes en el cuchitril en el que vivimos! Esto no es lo que yo había imaginado para mi vida, Mario.

—Te he dicho mil veces que tengas paciencia. Estoy acabando los

estudios y estoy obteniendo unas notas inmejorables. Cuando salgo de la facultad me voy a trabajar para traer dinero a casa. Te he hablado de mis ideas. Sé que un día nos irá mejor. Hay personas dispuestas a ayudarme que conocen mi potencial. Un día viviremos en un lugar mucho mejor, ¡te lo prometo!

—¡No!, por favor. No me prometas nada. No entiendo cómo decidimos casarnos. Solo tengo veintidós años y a veces me siento como si tuviera cincuenta.

—Tú lo has dicho, lo decidimos los dos, que tendríamos al bebé, que tu madre nos ayudaría a cuidarle mientras fuéramos a clase por las mañanas. Por las tardes tú te encargarías de la casa y yo de trabajar para pagar el alquiler. ¿Ya no lo recuerdas?

—Solo recuerdo que era una cría embarazada que se dejó convencer. No tendría que haber tenido a la niña.

—No digas eso, ahora que está aquí —Marta los miraba con sus ojos azules ajena a su propio protagonismo—. Además, salíamos juntos hacía un tiempo y...

—No, Mario. Tú y yo no éramos nada. Nos gustábamos y retozábamos en tu coche. Una noche no tuvimos suficientes preservativos. Eso es todo.

—¿No sientes nada por tu hija, Rebeca? Ya no me importa que a mí me ignores, o incluso me desprecies, pero yo adoro a esa niña —decía señalando a la niña y apretando los dientes para no gritar.

—Claro, tú no te pasas el día preparando comiditas, cambiando pañales o fregando.

—Sabes que no tengo tiempo. Después de la facultad y el trabajo se me hacen las diez de la noche.

—Déjalo ya, Mario. Estoy cansada y aburrida de esperar a que las

cosas cambien. Yo no quería esto —dijo señalando a la niña y los objetos que saturaban el suelo—. Quiero otra cosa.

Mario se quedó mirando a la mujer con la que decidió casarse con poco más de veinte años. A pesar del pelo recogido y la ropa sencilla, seguía siendo hermosa, con su cutis blanco inmaculado enmarcado por el fuego de su melena. Siempre le habían gustado de ella su alegría y sus ganas de vivir, aunque, pensó, solo habían sido ganas de salir y divertirse. Él simplemente había sido un revolcón más.

—No hagas o digas nada todavía de lo que puedas arrepentirte. Por favor, vuelvo a pedirte un poco de tiempo. Las cosas mejorarán, lo sé. También podemos pedirle ayuda a mi madre que, aunque vive en Tarragona con mi hermana, vendría si yo se lo pido. Por favor Rebeca, hazlo por Marta.

—Se acabó, Mario. Ya he metido mis cosas en una maleta. Me voy a Estados Unidos con mi madre a casa de su hermana. Me defiendo en inglés y continuaré allí mis estudios. Espero que te vaya bien y sé que cuidarás bien de la niña.

—Cómo puedes hacerme esto. Cómo puedes irte y dejar aquí a tu hija —decía Mario desesperado.

—Te las apañarás —cogió su pequeña maleta, le dio un beso a la niña y abrió la puerta—. Adiós, Mario —y se marchó.

Mario, como en trance, descolgó el auricular del teléfono y marcó un número.

—¿Mamá? Necesito que vengas. Rebeca se ha marchado.

Ahora, catorce años después, en su ático seis veces mayor que aquel pequeño piso de alquiler, Mario no dejó que aquel recuerdo lo atormentara como otras veces. Al fin y al cabo, las cosas le habían ido bien, francamente bien. Gracias a su talento y su tesón, pudo formar su empresa, y no paraba de ampliar mercado. Gracias también a la impagable ayuda de su madre, había podido criar a su hija, de la cual se sentía orgulloso.

Hacía años que no tenía contacto alguno con Rebeca, desde que ella le enviara una demanda de divorcio, aunque sabía que se comunicaba alguna vez con su hija por *Skype*. A Mario no le agradaba mucho la idea, ya que en su momento la había abandonado, pero entendía que madre e hija se mantuvieran en contacto.

Se levantó del sillón de la terraza con energía renovada y pensó en las palabras de su madre. Era cierto que el recuerdo de aquel error del pasado había hecho mella en su carácter, pero ya iba siendo hora de enmendarlo.

Se metió en la cama y pensó en la estrategia que seguiría al día siguiente.

Y pensó en Clara.

Aunque él no pudo comprobarlo, se durmió con una sonrisa en la cara.

CAPÍTULO 14

Mario entró por la puerta de las oficinas de *Climent Sistemas* a grandes zancadas. Rápidamente saludó a Amanda y se dirigió a su propio despacho. Antes de entrar saludó también a su secretaria.

—Buenos días, Elisa. En dos minutos te quiero en mi despacho para tomar unas notas.

—Buenos días, señor Climent. Enseguida voy.

Ya dentro de su despacho, Mario observó su entorno. Su gran mesa de caoba a juego con las paredes, su sillón y un sofá negro de piel, los cuadros, el mueble-bar o el gran ventanal, eran cosas que veía cada día y que le hacían sentirse a gusto, pero que, posiblemente, no se paraba a apreciar.

Al sentir los toques en la puerta, respondió haciendo pasar a su siempre impecable secretaria, que apareció con su bloc de notas.

—Tome nota, Elisa. Se llama Clara, y trabaja en la cuarta planta, en el gabinete de psicología. Voy a darte unas cuantas pautas para que me ayudes en este proyecto. Confío, como siempre, en tu discreción, y en que siempre consigues lo que te pido.

—Gracias, señor Climent, por confiar en mí.

—Gracias a ti, Elisa. Recuérdame que te suba el sueldo. Luego hablamos.

—Gracias de nuevo —*¿Quién será esa Clara? ¿Por fin se ha enamorado mi voluble jefe? Ojalá. Aparte de su bonita fachada, es un buen hombre y se merece una mujer que lo sepa apreciar*—. ¿Qué debo hacer?

—Esto es lo primero que quiero que hagas...

Había sido complicado buscar un hueco, pero al final habían conseguido quedar los cuatro: Clara, Álex, Núria y Sergio.

Quedaron después de comer para tomar café en la terraza de una cafetería. El sol del mediodía proporcionaba una agradable temperatura que invitaba a alargar la sobremesa. Los cuatro, con oscuras gafas de sol, conversaban animadamente, mientras la gente discurría por la acera donde estaban instaladas las mesas con bonitos parasoles.

Ya era época de turistas que, vestidos precozmente con ropa demasiado veraniega, ocupaban gran parte de las mesas y del gentío que recorría las calles.

Antes de llegar, Núria se empeñaba en repetirle a Clara que aquello era una cita de parejas, cosa que Clara no paró de negarle todo el camino. Insistía una y otra vez que Álex era solo un buen amigo con el que se sentía muy a gusto.

—¿Qué pasó realmente con *Súper Mario*, Clara? Me da la sensación de que te ha dejado huella. Por cierto, no me has contado ni un solo detalle de vuestra noche apasionada.

—Y sabes que no te contaré nada, Núria. Soy demasiado reservada para esas cosas.

—Ya te lo sonsacaré algún día. Ahora relájate y disfruta entre “amigos” —le dijo recalcándole lo de amigos por su relación con Álex.

Y la verdad, pasaron un buen rato. A Clara, Sergio le cayó genial. Se le veía un chico sencillo, apasionado en su trabajo y muy pendiente de Núria. Su amiga había tenido suerte con él y sentía una sana envidia.

Miró a Álex y pensó en lo fácil que sería estar con él, pero los asuntos del corazón no se pueden forzar.

Esa tarde Clara debía trabajar, así que se despidió del resto del grupo y se dirigió Ramblas abajo hacia el gran edificio. Cuando entraba por la puerta del gabinete, vio que se había formado un revuelo en el pequeño mostrador de recepción. Júlia, la recepcionista, y varias compañeras, al verla, se fueron apartando, como en la coreografía de un musical.

Clara se acercó y emitió un chillido cuando vio lo que había llamado la atención de todas. Una multitud de ramos de flores poblaban el brillante mostrador de madera de punta a punta, incluso sobre la mesa de Júlia. Todas eran rosas blancas, de largos tallos, rodeadas por brillantes envoltorios y atadas con lazos igualmente blancos.

—Dios mío —dijo Clara llevándose las manos a las mejillas—. Son preciosas, pero, ¿quién...?

—¿Has visto, Clara, qué maravilla? No tenemos ni idea de quién las envía pero suponíamos que tú podrías sacarnos de dudas.

—¿Yo? —se sorprendió Clara, mientras veía acercarse a un chico que llevaba un sobre en la mano.

—¿Señorita Clara?

—Sí, soy yo.

—Esta nota viene con las flores. Tenía que entregársela personalmente. Que tenga un buen día.

—Gracias, igualmente —respondió Clara cogiendo el sobre y viendo cómo el chico se marchaba por la puerta.

—Anda, ábrelo —le dijo entusiasmada Carla, la logopeda—. ¿De quién son? ¿Tenías novio y no nos habías dicho nada? ¡Se debe haber gastado un dineral!

Clara se hizo a un lado, evitando las miradas curiosas de sus compañeras, abrió el sobre con dedos temblorosos y desdobló la nota que había dentro.

No sé cuáles son tus flores preferidas. He elegido rosas blancas porque creo que son las que mejor van contigo.

Al menos, sé lo bien que te sienta el color blanco...

Y no firmaba la nota, ni falta que le hacía. Clara sabía perfectamente de quién se trataba. Se recordó a sí misma vistiendo únicamente la camisa blanca de Mario.

Pero, ¿qué significaba aquello? Él no era hombre de flores y bonitas palabras y además se lo había dejado bien claro.

—Bueno, Clara, ¿quién es tu galante caballero, si puede saberse? —la sacó Julia de sus pensamientos.

—Nadie, chicas —intentó sonar desinteresada—, solo es un amigo.

—Ya —dijeron todas—, menudo amigo. Por cierto, ¿podemos ponerlas en agua y repartirlas por los despachos y recepción?

—Por supuesto —contestó, y se dirigió a su departamento para ponerse a revisar las notas de su primera visita de la tarde.

Al entrar por la puerta de su casa, Clara seguía un poco en trance y con la cabeza hecha un lío, cuando sus hermanos se abalanzaron sobre ella.

—¡Clara, Clara! ¿Has visto? ¡Mira qué montón de bombones!

—Oh, no —gimió Clara—. Pero, ¿qué pretende? —dijo entre dientes.

Paula y Eric le mostraban cada uno una bonita bandeja con puntillas doradas, repletas de bombones de todas las formas y sabores.

—Clara, hija —se le dirigió su madre—, ¿tienes algo que contar? ¿O es otro pobre admirador al que no le haces caso, como siempre?

—No sé, mamá —disimuló Clara—. Será eso.

Mientras todos daban buena cuenta de los deliciosos bombones después de la cena, Clara aprovechó para irse temprano a la cama. Era época de exámenes y necesitaba cualquier hueco para estudiar. No importaba lo que bullera en su cabeza, sus estudios eran demasiado importantes como para no esforzarse al máximo y obtener su preciado título.

Más tarde hizo un paréntesis para ducharse y ponerse su pijama de color verde, de pantalón corto y tirantes, y hablar un rato con su amiga. Pero en ese mismo momento sintió la vibración del móvil en su mano. Frunció el ceño al advertir en la pantalla *número desconocido*.

—¿Diga?

—Hola, Clara.

No dudó ni un momento de quién se trataba. Reconocería esa voz profunda con una sola sílaba que pronunciara.

—¿Qué te propones, Mario?

—¿Te han gustado las flores y los bombones?

—Sí, gracias, muy bonitas, pero sabes muy bien que ese no es tu estilo.

—No, no lo es. Incluso acabo de enterarme de que son un tópico, pero ni siquiera lo sabía. Nunca le había regalado nada a ninguna mujer. Lo hice porque las dos cosas me recuerdan a ti.

—¿Qué quieres? ¿Y cómo has conseguido mi número?

—Tengo mis contactos. Y únicamente quiero llamar tu atención. Acepta tomar una café conmigo mañana por la mañana.

—No. Tengo mucho trabajo y se me acercan los exámenes.

—¿De qué tienes miedo, Clara? No voy a obligarte a nada. Y no me gusta hablar de esto por teléfono —suspiró. No estaba acostumbrado a pedir nada—. Concédeme unos minutos. Te recuerdo que la otra vez fuiste tú quien insistió en tomar un café.

—Muy galante de tu parte recordármelo. Está bien. Mañana a las nueve en punto en el mismo lugar de la otra vez.

—Hasta mañana, Clara —y colgó.

A Clara le pareció todo un poco surrealista. Pero, después de todo, pensar en volver a estar con Mario, aunque fuera en un bar, le producía un placer y una felicidad que no sentía del todo desde que se alejó de él.

CAPÍTULO 15

Había llegado demasiado pronto y estaba nerviosa. No hablaba con Mario en persona desde la discusión en la calle, y no lo veía desde el día del centro comercial. Algunos días lo había vislumbrado a la salida o entrada del trabajo, pero procuraba no coincidir con él, aunque tuviera que perder diez minutos esperando el ascensor.

Sintió su presencia en cuanto entró por la puerta, y su cuerpo se vio sacudido por la misma sensación de escalofrío como siempre que estaba cerca.

Iba impecablemente vestido, aunque su mechón rebelde de cabello cayéndole sobre la frente, le daba un aire más juvenil.

—Hola —dijo sentándose frente a ella—. Me he tomado la libertad de pedir ya en la barra, si te parece bien.

—Hola. Sí, está bien, gracias —contestó Clara mientras la chica les servía dos cafés con leche y unas pequeñas chocolatinas—. Por cierto, ¿cuáles son esos contactos que averiguaron mi dirección, mi teléfono, incluso mis flores favoritas?

—El mérito es de Elisa, mi secretaria. No hay investigación que se le resista. Lo de las flores ha sido cosa mía. Como te dije, me recuerdan a ti, a tu inocencia, y no me refiero a la cuestión física, sino a tu carácter y personalidad.

—Bien —dijo Clara sonrojándose—, ¿qué querías decirme?

—Seré directo —levantó una mano cuando vio la intención de Clara de hablar—, déjame acabar, por favor. Sé lo que te dije cuando te conocí. Sé la fama que se me atribuye, que reconozco que es casi cierta, pero solo casi. Y sé que has estado huyendo de mí, no sé muy bien por qué. Aun así, creo que existe una fuerte atracción entre nosotros y que los dos juntos estamos bien, al menos tú me haces sentir bien. No te puedo ofrecer otro tipo de relación que una aventura limitada, puesto que el tipo de vida que llevo y mi forma de ser no admiten otra cosa. Pero creo que hay que vivir el presente, y si el presente somos tú y yo, aprovecharlo hasta que dure.

Clara se lo quedó mirando unos instantes. Sus ojos claros brillaban, fríos, como la proposición que acababa de hacerle. Aunque ella estaba segura de que podía ver más allá de esa frialdad, y veía una pasión contenida y algo más. Le seguía pareciendo que necesitaba su ayuda, como al principio, y le daban ganas de abrazarlo, acunarlo, pasarle la mano por el pelo y decirle que no se preocupara de nada, que ella estaba con él.

Pero la realidad era más dura.

—Ahora déjame acabar tú a mí. No soy el tipo de mujer a la que estás acostumbrado, guapas, sexys y con glamour. Nuestros mundos son muy diferentes. Yo soy una chica sencilla, que vive en un lugar sencillo y con una vida sencilla. Te aburrirías conmigo a la primera de cambio. También soy una persona que se encariña muy pronto de las personas, incluso de las cosas, y llevo muy mal los cambios. ¿De qué tengo miedo? De encariñarme contigo y que luego te vayas sin más. Sabes que no soy mujer de aventuras. Lo hice una vez, contigo, y no volverá a suceder. En cuanto al deseo y la atracción, creo que son

efímeros.

Esta vez fue Mario quien la miró. Por mucho que ella dijera, sus grandes ojos oscuros bordeados de largas pestañas, y su boca de labios gruesos y sensuales, por no hablar de su cuerpo, la hacían la mujer más sexy que hubiera conocido jamás.

Sin dejar de mirarla, le cogió la mano y se la acercó a la nariz para inhalar su maravilloso aroma dulce. Cerró los ojos para aspirarlo y luego los abrió para besarle los nudillos, uno por uno. Luego le dio la vuelta a la mano para besar su palma y posar sus labios en el interior de su muñeca y sentir el fluir de su pulso. Y mientras Clara pensó que se derretiría y solo quedaría una mancha sobre la silla, él siguió atormentándola subiendo sus labios hasta el interior del codo, como si estuvieran solos, como si toda la gente hubiera abandonado de repente aquel lugar.

—¿Qué decías que era efímero, Clara?

—¿Por qué me haces esto, Mario? —Imploró Clara—. Puedes tener a cualquier mujer, ¿no ves que conmigo no tendrías suficiente?

Mario deseó que no se preocupara, y volver a ver a la chica feliz que, vestida con una cara camisa de hombre, se chupaba los dedos manchados de nata.

—Tendrás que confiar en mí.

—Lo siento —se levantó de la silla y cogió su bolso para dirigirse a la puerta—. Adiós, Mario.

CAPÍTULO 16

Tanto Clara como Núria terminaron los exámenes y, por fin, sus estudios, con muy buenas notas, y lo celebraron con todos sus compañeros en una conocida sala de fiestas de la Diagonal.

Los días habían pasado rápidos, como un borrón del que apenas te das cuenta. Mientras tanto, se acercaba el verano, que ya llevaba varias semanas anunciando su llegada con días de sol y calor.

Un caluroso domingo por la tarde, Clara lo sobrellevaba llevando un ligero vestido amarillo de tirantes, sentada en su puf con los pies sobre la cama, escuchando girar las aspas del ventilador del techo. Repasaba su correo en el portátil, cuando escuchó el timbre de la puerta, seguido de la voz nerviosa de Núria. Esta entró en la habitación en un estado que alarmó a Clara.

—¿Qué ocurre, Núria?

—¡Oh, Clara, no sabes de lo que me acabo de enterar! Varios compañeros de facultad iban en coche, cuando se han salido de la carretera y han tenido un accidente muy grave. ¡Ha muerto uno de ellos!

—¡Por Dios, Núria! ¿Qué me dices? ¿Sabes quién era? —dijo Clara levantándose rápidamente y cogiendo a su amiga de las manos.

—¡Sí, era Raúl! —y las lágrimas comenzaron a brotarle incontroladamente.

Clara y Nória se abrazaron y estuvieron llorando durante un buen rato. El día del entierro, la iglesia se llenó a rebosar, entre compañeros, amigos, familia, vecinos,... Las coronas de flores inundaban de color el ambiente más doloroso y triste, y el tañer de las campanas resultaba sobrecogedor.

Durante ese día y el siguiente, Clara no dejó de pensar en el breve recorrido de la vida, en lo fugaz que podía resultar si no se vivía cada momento. Pensó en el montón de cosas que su compañero ya no podría vivir. Cosas buenas o malas, mejores o peores, pero que formaban parte de ese recorrido.

Y entonces pensó en ella misma.

Clara se dirigió a una rubia y llamativa recepcionista nada más entrar en la sede de Empresas Climent.

—Buenas tardes, ¿podría ver al señor Climent, por favor?

—¿De qué se trata? ¿Tiene usted cita?

—No, es un asunto personal.

—Pues diríjase a su secretaria. Al fondo del pasillo, a la derecha.

—Gracias.

Clara recorrió el largo pasillo, comprobando la actividad que se desarrollaba. A ambos lados podían verse las puertas de los despachos, algunas abiertas, con personal entrando y saliendo con los teléfonos pegados a sus orejas. Muchos de ellos salían ya por la puerta, debido a que la última hora de la tarde estaba por llegar. Se fijó también en cómo armonizaba el brillante suelo de mármol con la madera de las paredes y los sencillos cuadros colgados en ellas.

Al girar a la derecha, vio enseguida, al fondo, una puerta doble del que supuso sería el despacho de Mario, custodiado por una mujer pelirroja de mediana edad que, sin desviar la vista de su ordenador se dirigió a ella.

—¿Puedo ayudarla?

—Sí, buenas tardes. Me llamo Clara Cabanell y quisiera ver un momento al señor Climent, por favor. Es un asunto personal.

—El señor Climent está ocupado en este momento —contestó sin levantar la vista del monitor.

—Solo será un minuto. Dígale que estoy aquí, por favor.

—No podrá ser. En este momento está hablando por teléfono. Y será una conversación larga, créame.

—¿Y podría dejarle un recado? —dijo Clara con voz irritada. La dichosa Elisa parecía más un guardaespaldas que una secretaria.

—Puede dejármelo, aunque no le puedo asegurar cuándo podré dárselo.

—Está bien —Clara apretó los puños—. Cuando pueda, le dice usted que acepto su propuesta. Sin condiciones. Buenas tardes —y se dirigió a la salida.

Pero no había hecho más que girar hacia el pasillo, cuando sintió una fuerte mano agarrándola del brazo.

—Acompáñame a mi despacho —le dijo Mario en voz baja para no llamar la atención.

Clara le siguió, miró de reojo a Elisa, y entró en su despacho mientras él cerraba la puerta tras ella.

A Mario le parecía increíble tener allí a Clara, tan cerca que ya

podía oler su perfume a fresa. Llevaba un pantalón blanco con sandalias del mismo color y una vaporosa blusa marinera sin mangas. Se había recogido un poco el cabello a los lados y en sus bucles dorados se reflejaba el sol de la tarde que entraba por el gran ventanal.

—¿Es cierto lo que me ha dicho Elisa?

—¿Elisa? Yo más bien la llamaría “doberman”. Solo le ha faltado enseñarme los dientes para que no te molestara. ¿No estabas ocupado?

—No se lo tengas en cuenta. Es más bien como un águila cuidando de su cría. Lleva conmigo muchos años. Por cierto, en cuanto te has dado media vuelta, le ha faltado tiempo para pulsar el botón y decirme que estabas aquí. Ella fue la que te localizó para enviarte los regalos y consiguió tu número.

—Ya —Clara se giró hacia la panorámica ventana y contempló las vistas—. Qué maravilla ver esto cada día. Es precioso.

—No has respondido a mi pregunta, Clara. ¿Es cierto?

—Sí —dijo ella girándose de nuevo hacia él.

Clara dejó que la cogiera de la mano y la apoyara en el borde de la mesa. Él se apoyó a la vez en ella, acomodándose entre sus piernas y le pasó las yemas de los dedos por la piel aterciopelada de sus mejillas.

—¿Sabes lo que me has hecho sufrir por la incertidumbre de no saber qué pensabas? ¿Y sabes lo eternos que se me han hecho los días esperando? —Su boca estaba tan cerca de la de ella que sus alientos se mezclaban—. Esperando esto...

Los labios de Mario se posaron sobre los de Clara y comenzaron a saborearla, pero pronto, como siempre le pasaba con ella, no le pareció suficiente. Enredando las manos en su pelo, la cogió de la nuca y le inclinó la cabeza para profundizar el beso, enlazando sus lenguas, saboreando hasta el último hueco de su boca. Sus manos bajaron y se colaron por el borde de la fina blusa, para poder tocar la piel de su cintura, y subir hacia el encaje del sujetador. Los gemidos de Clara y su impaciencia por tocarlo, le animaron a seguir y, sin dejar de besarla, le desplazó las copas hacia abajo para poder abarcar sus senos redondos y firmes. Sintió la pelvis de Clara apretarse contra la suya cuando le rozó los pezones con los pulgares, y entonces pensó que estallaría allí mismo si no paraba.

Besarse con Clara le excitaba más que acostarse con cualquier mujer.

—Será mejor que paremos, preciosa. Aunque te prometo que un día te haré el amor aquí mismo, sobre esta mesa —se miraron intensamente—. Por cierto —dijo separándose de ella cuando se tranquilizó un poco—, ¿estabas saliendo con ese chico del centro comercial?

Clara, con el cuerpo ardiente todavía, se arregló la ropa y se lo quedó mirando fijamente. De pronto, y ante la atónita mirada de Mario, estalló a reír, tapándose la boca para aguantar el ataque de risa que le había brotado de repente.

—¿De qué te ríes, si puede saberse? —preguntó él tenso.

—No sé, es una tontería, pero me ha parecido que te ponías celoso y me ha hecho mucha gracia.

—Pues yo no se la veo. Y no me has contestado.

—No —le contestó al fin con una sonrisa—. Solo somos amigos.

—Bien —a Mario jamás le había preocupado en absoluto que las mujeres con las que salía tuvieran otras relaciones, incluso muchas de ellas estaban casadas. Solo había buscado placer físico. Pero ahora, y prefería no analizar la cuestión, no soportaba imaginarse a Clara en brazos de otro hombre—, pero sigo sin verle la gracia.

—Pues está claro. Mírame a mí y mírate a ti. Recuerda tu experiencia y ya sabes la mía o la falta de ella. Debería ser al revés —Clara prefería no pensar en la lista de mujeres que habrían pasado por la vida de Mario. Sentía dolor solo de pensarlo.

—Ahora la que no entiende eres tú. ¿No hay espejos en tu casa? ¿No ves cómo te miran los hombres?

—Supongo que dices eso porque me deseas. No eres neutral.

—Déjalo. ¡Ah! Y tu inexperiencia no representa ningún problema para mí. De hecho, la primera condición que pongo en este proyecto de relación es que te quiero toda para mí.

—Si me pides fidelidad puedes estar tranquilo. No hubo hombres ni antes ni después de estar contigo, y no deseo a otro que no seas tú. Aunque parezca insólito en estos tiempos, tú has sido el único.

—No te creas rara por eso, Clara. Al fin y al cabo tengo unos cuantos años más que tú. Y, aunque no lo digas mucho por ahí —le decía mientras se acercaba a ella y la cogía por la cintura—, ha habido épocas en mi vida en las que he pasado meses sin estar con una mujer. El trabajo acaparaba todo mi tiempo y mi pensamiento —le dio un rápido beso en los labios—. Y ahora, basta de confidencias. Quiero proponerte algo. Este fin de semana puedo escaparme de mis obligaciones y querría que lo pasaras conmigo.

—¿En tu nidito de amor de color rojo?

—No —sonrió Mario—. Me refería a irnos fuera de la ciudad, a un pequeño pueblo de la costa.

—Me parece genial, pero, ¿no te parece algo demasiado romántico? —ironizó.

—¿Después de las rosas y los bombones? —Dijo arqueando las cejas—. Me dijiste que tú no eras esa clase de mujer —se puso más serio—, así que he pensado que tú has cedido bastante aceptando esto, y a mí no me cuesta nada proporcionar un toque romántico.

—Sí, sobre todo llamándolo “proyecto de relación” —le dijo poniendo los ojos en blanco.

—¿Prefieres llamarlo “relación”?

—“Tengo una relación con Mario Climent”. Suena bien.

—En realidad no importa cómo lo llamemos. Y ahora será mejor que nos marchemos —dijo mirando la hora en su reloj y posando la mano en la cintura de Clara—. Se ha hecho tarde. Te acompañaré a casa —salieron por la puerta del despacho—. Elisa, llama al taxi y eso es todo por hoy. Puedes irte a casa.

—Gracias, señor Climent. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Elisa.

Cuando bajaron las quince plantas del edificio, el taxi ya les esperaba junto a la acera. Aunque lo hicieron en silencio, a Clara el trayecto se le hizo demasiado corto. Mario le cogió la mano y no paró de rozarle los nudillos con el pulgar, haciéndola caer en tal estado de relajación que la hizo apoyarse en el respaldo y cerrar los ojos.

—Ya hemos llegado. ¿Te parece bien que te recoja el viernes a las seis?

—Sí, perfecto. Gracias por traerme.

—De nada. Hasta el viernes.

Clara se encontró a su madre haciendo la cena mientras tarareaba “*Happy*”. Era fantástico ver a su madre siempre contenta y de buen humor y decidió que ese sería tan buen momento como otro cualquiera.

—Hola, mamá, ¿tienes un momento?

—Claro, cariño. Dime.

—Quería comentarte que estoy saliendo con alguien y que este fin de semana lo paso con él —le dijo con tranquilidad mientras cogía una patata frita aún caliente de uno de los platos.

—¡Vaya!, me lo has soltado de sopetón —la miró a los ojos—. ¿Qué puedo decirte? Supongo que ya eres adulta y confío en tu buen juicio.

—Bueno, ni siquiera yo estoy segura de mi buen juicio en esta ocasión —hizo una pausa—. No sabía que querer a alguien fuera tan maravilloso y a la vez tan doloroso.

—¿Le conozco?

—No lo creo. Es un empresario que trabaja en mi mismo edificio, pero unas cuantas plantas más arriba. Es el dueño y se llama Mario Climent.

—Me suena el nombre —se quedó pensativa—. En fin, ya sabes que yo no soy la más adecuada para dar consejos de este tipo, pero sabes que tu intuición con la gente siempre ha sido acertada, así que creo que debes seguir tu instinto. Todavía eres joven y debes aprender, unas veces acertando y otras equivocándote. Solo espero

que no sufras mucho si sale mal.

—Yo también lo espero, mamá. Y gracias por tus consejos, sigues siendo muy adecuada para dármelos. Tú no tienes la culpa de que papá se largara.

—Gracias, cariño. Y ahora llama a esos dos hermanos tuyos que vamos a cenar.

Mario habló también esa noche con su madre. Quiso darle las gracias por haberle abierto los ojos en un momento en el que había necesitado un cambio en su vida.

—Así que acerté, ¿no? Se trata de una mujer.

—Sí, de una mujer que me evitaba pero que por fin ha aceptado pasar conmigo este fin de semana, y espero que algunos más.

—¿Ya no te parecen todas las mujeres “unas harpías que solo buscan un polvo o una buena cuenta corriente”? —carraspeó—. Palabras textuales tuyas.

—No sé, mamá —rio Mario—. Ya veremos, es pronto para saberlo, aunque creo que esta es diferente.

—Debe de serlo. Te veo más feliz, hijo, más relajado. Te lo mereces.

—Tal vez. Por cierto, ¿dónde está mi preciosa hija, que últimamente no le veo el pelo?

—Son vacaciones, así que ha salido con sus amigas. Y con ese guapo amigo suyo tan educado.

—Ya. Espero que salgan en grupo.

—No te preocupes tanto, Mario. Creo que no lo estamos haciendo

tan mal.

—Eso espero.

CAPÍTULO 17

El viernes por la tarde, Clara, en su habitación, se dispuso a preparar una pequeña bolsa de viaje para el fin de semana, con la ayuda de su amiga. Hasta ellas llegaba el sonido de las voces procedentes del salón, donde su madre estaba ofreciendo una de sus reuniones de productos de belleza a sus amigas y conocidas. Como todavía eran las cinco, Núria y ella se acercaron a las mujeres como habían hecho otras veces, para ayudar a Maite con las pruebas de productos o para servir cafés y galletas horneadas esa misma mañana.

El ambiente se llenó de risas y de distintos olores a frutas y a flores, de cremas y lociones que todas se extendían por la piel.

Sobre las cinco y media sonó el timbre y una de las amigas de Maite abrió la puerta.

—Clara, preguntan por ti —y apareció en el salón acompañada de Mario.

El silencio sustituyó al bullicio anterior y varios pares de ojos femeninos se concentraron en mirar al apuesto desconocido. Clara se quedó con la boca tan abierta que temió que se le descolgara la mandíbula, y Núria abrió unos ojos como platos.

—Hola, buenas tardes. Perdón por la interrupción. Soy Mario y

vengo a buscar a Clara.

—Hola, Mario —Maite fue la primera en reaccionar. Se levantó del sillón y le ofreció la mano—. Yo soy Maite, la madre de Clara.

—Encantado de conocerla.

—Igualmente —*Me suena de algo este hombre, aunque no recuerdo de qué. ¡Pero qué guapo es! Podré ser más mayor pero no estoy ciega*—. Ellas son mis amigas y una amiga de Clara.

—Hola, Núria. Ya es como si te conociera —bromeó Mario.

—*Vaya con Súper Mario* —susurró Núria. Se acercó a él y le dio dos besos en las mejillas.

—Hola, Clara —la saludó con un tono de voz más profundo, si ello era posible.

—Hola, Mario —contestó ella todavía asombrada de tenerlo en el salón de su casa. Se percató de las miradas de interés que suscitaba y no era para menos. Incluso vestido con unos sencillos vaqueros ajustados y una camisa negra por fuera y las mangas remangadas, parecía el Dios Apolo—. Perdona un momento, voy a por mis cosas. Núria, ¿me acompañas? —le dijo tirando de ella.

—*Vaya con Súper Mario* —repitió Núria en la habitación—. Tenía una ligera idea de su atractivo, ¡pero visto de cerca está para comérselo! ¿Podrías decirme, al menos, si es tan bueno en la cama como parece?

—¡Núria, por favor!

—Somos amigas, Clara, y nos lo contamos todo. ¿Ni un pequeño detalle?

—Eres imposible. Está bien —rio Clara. Y después susurró: —es generoso, sensual, y creo que me podría convertir en una adicta al sexo, o más bien en adicta a él. Aunque creo que a veces se

autocontrola un poco, como si no quisiera nunca perder el control de la situación.

—¡Vaya! Tus comienzos en el sexo no podían haber sido mejor. Me alegro por ti, guapa. Espero que ese tío bueno te trate bien, sino, ya puedes decirle que sé hacer vudú.

—Pase lo que pase, sé que acabaré sufriendo por él, pero ya no me importa. El tiempo que pase con él nadie me lo podrá arrebatarse.

—Anda, vete con él. Iré fabricando un muñeco con su imagen y preparando unos alfileres.

Salieron las dos al salón entre risas. Mario le cogió la bolsa a Clara, se despidieron de todo el mundo y se dirigieron a la calle.

—Cuando dijiste que vendrías a buscarme, supuse que me esperarías abajo, como la otra vez. ¿Cómo se te ha ocurrido subir? Pensé que querrías ser más discreto.

—¿Por qué? —Contestó Mario mientras caminaban por la acera—. ¿Tú quieres que lo sea? ¿No quieres que nadie se entere de que estás conmigo?

—En absoluto. Supuse que eras tú el que querría discreción, por las habladurías y eso.

—Las habladurías me importan un pimiento. Así que si a ti no te importa que te vean conmigo, se acabó la discusión.

—Vale, vale —dijo Clara sonriendo por dentro. Hasta que vio a Mario pararse frente a un coche azul oscuro—. ¿Qué es esto?

—Esto, es mi coche —le decía metiendo la bolsa en el maletero.

—Bueno, como siempre vas en taxi...

—Es lo mejor para moverme por la ciudad, no preocuparme por el aparcamiento y contribuir con el medio ambiente. Pero me sigue

gustando conducir, y si te fías de mi destreza al volante, en poco más de un par de horas habremos llegado.

—Es bonito el coche. También por dentro —le decía mientras se ponían el cinturón—. He visto que es un *Jaguar*.

—Sí, un *XFR*.

Mario arrancó y comenzó a moverse con soltura por entre el tráfico de la ciudad. Como la mayoría de viernes por la tarde, había bastante tráfico en Barcelona, así que tardaron una media hora en la Ronda Litoral para poder coger la AP7 dirección Girona.

Durante el trayecto por la autopista, ya más monótono, sentada en el cómodo asiento, Clara se dedicó a mirar a Mario a placer.

—¿Vas a seguir mirándome mucho tiempo?

—No me canso de hacerlo —dijo ella con voz lánguida—. Como diría mi amiga, “estás para comerte”.

—¿A qué viene eso? —dijo Mario frunciendo el ceño. A pesar de su experiencia no estaba tan acostumbrado a los cumplidos.

—Pues a que te miro y me dan ganas de arrancarte la ropa aquí mismo.

—Y yo que pensaba que iba a salir con una buena chica, tímida y discreta.

—Que sea una buena chica no significa que sea una reprimida o una mojigata. Además, la culpa es tuya, por seducirme y pervertirme. Ahora solo tengo ganas de llegar a dónde sea que vayamos para estar contigo.

—No sigas por ahí o me veré obligado a parar en un área de servicio y no quiero llegar tarde.

—No, en serio. Nunca había sentido esta atracción por un hombre.

Cuando alguno de ellos me besaba o me tocaba, nunca sentí esa ansia que...

—Alto ahí. Preferiría que no me hablaras de besarte o tocarte con nadie. ¿Te gustaría que yo hiciera lo mismo?

—Creo que no es lo mismo, pero tienes razón. Lo entiendo.

—Por si te interesa saberlo —comenzó Mario después de unos minutos de silencio—, tú sí que estás para comerte —le dijo mirándola de reojo y admirando sus largas piernas, ya que llevaba un pantalón corto en color salmón, una blusa de blonda negra con un único tirante y, como complemento, un fino cinturón negro y unas sandalias de tacón del mismo color.

Clara pudo advertir, durante un segundo, cómo la había mirado, con sus ojos plateados y depredadores. Por un momento, fantaseó con la idea de parecerle tan irresistible a un hombre como Mario Climent.

El resto del camino se hizo en cómodos silencios o haciendo comentarios sobre los pueblos por donde iban pasando. Pasaron por Sant Celoni y cerca de Tordera, Girona, Figueres o Castelló d'Ampúries, hasta que, a la altura de Llançà, Clara preguntó cuál era su destino.

—Ya casi hemos llegado. Vamos al Port de la Selva.

—He pasado por aquí alguna vez —comentaba Clara mientras admiraba las bonitas casas, en cuyas blancas fachadas comenzaba a reflejarse la luz dorada del crepúsculo—. Es un pueblo tranquilo y con unas playas preciosas de aguas cristalinas. ¿Tienes algún alojamiento aquí?

—Sí, la casa de un amigo.

Mario aparcó el coche en la entrada de gravilla de una bonita casa. Tenía un cuidado jardín, con pequeños arbustos de formas redondeadas, y parterres con hortensias, petunias y laurel florido. Subieron por una escalera exterior a la planta superior y accedieron a la entrada a través de una terraza a la que daban grandes ventanales y desde la que se podía ver una original piscina en forma de trébol. Clara quedó maravillada por las vistas que se apreciaban desde allí, del pueblo y de la playa, a la que se podía acceder desde un estrecho sendero que partía de la parte trasera.

Mario abrió la puerta con llaves que él mismo llevaba encima.

—¿Debe de ser un buen amigo, no?

—Sí —sonrió Mario—, lo es —dijo sin dar más explicaciones.

Se dirigieron al dormitorio, donde Mario dejó la bolsa de Clara y la alentó a que guardara sus cosas en un pequeño vestidor. Cuando Clara se acercó, pudo comprobar que ya había ropa en él. Ropa de Mario.

—¿Tienes ropa en el vestidor de tu amigo?

—Ésta es la habitación de invitados, no la del dueño. Es la que suelo ocupar yo cuando vengo. Ya te he dicho que es un buen amigo.

—¿No será una mujer?

—No sé qué habrás oído sobre mí, pero no me dedico a meter mujeres en casa de amantes o ex amantes. Soy más normal de lo que te imaginas y te empezaría a pedir que confiaras en mí. Si te digo que es la casa de un amigo, pues es simplemente eso.

—Lo siento. Me da la impresión de que no hemos empezado con buen pie. No hago más que meter la pata.

—No, Clara, no pasa nada —dijo abrazándola por la cintura—.

Supongo que no estamos muy acostumbrados a esto.

—Supongo que con “esto” quieres decir que tú no sueles estar con una mujer más de un día y yo no he estado con nadie, ¿no?

—Más o menos —sonrió él. Y le dio un breve beso en los labios.

Clara se quedó con ganas de más pero se dejó llevar por él hacia la cocina, que se comunicaba con el salón a través de una arcada.

Al fijarse en el salón, pudo comprobar que, aunque la decoración era sencilla, todo armonizaba perfectamente. Los sofás claros con los cojines y los estores que cubrían las ventanas, daban luminosidad a la estancia, y la chimenea de obra vista le daba un toque acogedor. En la cocina, blanca, funcional y con una pequeña isla en el centro, Mario abrió la nevera y comenzó a sacar envoltorios de comida.

—Yo, al menos, estoy hambriento. ¿Te parece que prepare algo rápido?

—Perfecto. Mientras tanto iré al baño.

Cuando volvió se encontró con una sencilla pero apetitosa cena. Rebanadas de pan con tomate y aceite de oliva, lonchas de jamón y queso, y una colorida ensalada. Dieron buena cuenta de todo ello en un momento, allí mismo, sobre la encimera y sentados en taburetes.

—¿Quieres vino para beber? —preguntó Mario.

—No tengo costumbre. Siempre bebo agua.

—Yo únicamente en ocasiones, pero creo que ésta es una buena ocasión, ¿no crees?

—De acuerdo, pero no intentes emborracharme.

—No. Te quiero bien sobria —le dijo dirigiéndole esa mirada que a ella le hacía estremecer de pura anticipación.

Mario descorchó una botella de *Empordà* rosado que había en la nevera y bebieron una copa cada uno mientras se miraban por encima del borde.

Clara se preguntaba cuándo pensaba besarla y tocarla como ella deseaba que lo hiciera.

—Ven —le dijo Mario dejando las copas sobre la encimera—. Quiero enseñarte algo.

Mario la cogió de la mano y se dirigió con ella hacia la terraza. Clara vio cómo cogía una pequeña manta que había en el jardín, iluminado por pequeños focos diseminados alrededor de la piscina, y la guio por el sendero que bajaba a la playa.

Llegaron a una pequeña cala y, mientras Mario extendía la manta sobre la arena, Clara se quedó unos instantes mirando la gran luna llena que, con su resplandor, iluminaba lo suficiente para poder verse uno al otro. La fresca y agradable brisa ondulaba la superficie del agua creando suaves destellos plateados.

—Llevo días imaginando que te hago el amor en una playa a la luz de la luna —le dijo Mario con voz profunda—, y esta noche lo voy a hacer posible.

Se acercó a Clara y comenzó a quitarle la ropa. La blusa, los pantalones, las sandalias y la ropa interior. Cuando la tuvo desnuda ante él, admiró la tersa piel de su cuerpo y su melena dorada enmarcada por el halo del resplandor de la luna. Como en un cuadro con claroscuros, le pareció la pintura de una ninfa recién salida del mar.

Clara sintió la mirada de Mario como la caricia de la brisa marina,

una brisa que no conseguía enfriar el ardor de su cuerpo. Sintió sus pezones erectos y sus pechos pesados.

—Ahora me toca a mí —le susurró.

Se acercó a Mario y le quitó la camisa, los pantalones y la ropa interior mientras él se dejaba hacer. Cuando estuvieron frente a frente, se abrazaron, tocándose uno con otro todas las partes del cuerpo. Se besaron febrilmente, y tan profundamente que parecían haberse fundido en una sola persona.

Pero Clara empezó a notar aquel control en Mario, que no la dejaba recibir todo de él, igual que en su primera noche juntos. Era como si se guardara una parte para sí mismo, una parte que no quisiera entregar a nadie.

—Mario, Mario... —decía Clara mientras intentaba separarse de él lo suficiente para que pudiera escucharla.

—¿Qué sucede? —Mario tenía intención de seguir besándola, pero ella le puso las manos en el pecho y lo apartó ligeramente.

—Escúchame, Mario, por favor. No quiero que te controles —le puso un dedo en los labios para que no hablara—. Lo quiero todo de ti, que no te guardes nada.

—No entiendo, Clara. Te deseo.

—Lo sé, y yo también. Pero si no lo entiendes tendré que hacerte una demostración.

Clara empujó a Mario contra la pared de roca que había tras ellos. Lo apoyó en ella y luego extendió sus brazos a lo largo del cuerpo.

—Y ahora, quiero que no te muevas, ¿de acuerdo?

Mario no contestó. Ni siquiera se movió. Clara aprovechó su desconcierto para hacer lo que tanto deseaba hacía ya tiempo, besarle por todas partes. Quería besar aquel hermoso cuerpo y se puso de puntillas para poder comenzar por el cuello, los hombros y sus musculosos brazos. Al llegar a su pecho, rodeó los pequeños pezones con la lengua y notó el primer síntoma de tensión en el cuerpo de Mario. Fue agachándose poco a poco, para lamer la oscura línea de vello que bajaba por su duro abdomen y acabar de rodillas frente a su dura e hinchada erección.

Levantó la vista para poder ver sus ojos, brillando como dos luces en la oscuridad, y su pecho, que subía y bajaba vertiginosamente. Sin dejar de mirarle, acarició sus testículos y su miembro, asiéndolo en su mano para recorrerlo arriba y abajo, rítmicamente. Mario cerró los ojos y lanzó un gemido que le hizo soltar de golpe todo el aire que había estado acumulando en sus pulmones. La visión de Clara frente a su excitación, le obligó a clavar las uñas en las rocas donde había estado apoyando sus manos.

—Clara, me vas a matar.

Pero Clara se sintió más osada que nunca. Se introdujo el miembro en la boca y lamió la redondeada punta, saboreando la tersa y salada piel.

Y entonces Mario decidió que ya había aguantado bastante. Levantó a Clara y la alzó en brazos para depositarla sobre la manta. La tumbó boca arriba, le puso los brazos sobre la cabeza y se colocó de rodillas entre sus piernas.

—¿Es esto lo que querías, Clara? ¿Hacerme desearte tanto hasta volverme loco?

Mario bajó la cabeza para pasar la lengua por sus pechos, rodeando sus pezones y tirando de ellos con sus labios. Con las rodillas le abrió las piernas y colocó su cabeza entre ellas mientras la miraba. Le pasó lentamente la lengua por su resbaladizo sexo, una y otra vez, hasta que los gemidos de Clara retumbaron entre las rocas de la pequeña cala. Mario se colocó de nuevo de rodillas, levantó a Clara por los glúteos y la penetró de un solo golpe, hasta hacerle levantar la espalda del suelo. Comenzó a embestirla rápida y fuertemente, como si su tiempo con ella estuviera a punto de acabarse.

Y ella se adaptó a su ritmo, sintiéndose tan cerca de él que pensó que se fusionarían en uno solo.

—¿Así, Clara? ¿Así es como te gusta? —gemía entre las fuertes acometidas.

—Sí, Mario —sollozó ella de placer—. No pares, por favor.

Clara sintió su cuerpo estallar como miles de astillas de cristal. Y Mario no paró, siguió embistiendo hasta que lanzó un grito desgarrador hacia el cielo nocturno, al mismo tiempo que Clara volvía a estallar de nuevo en un segundo orgasmo agotador.

Mario cayó sobre su cuerpo, poniéndose de costado para no asfixiarla con su peso. Cada uno respiraba más fuerte que el otro, y Clara notó el sudor bajar por sus pechos y su espalda, enfriándose con la humedad de la noche. Tocó el rostro de Mario, notándolo también sudoroso, al igual que el abdomen y el suave vello de su pecho.

Él le pasó suavemente la mano por su mejilla, con cara de preocupación.

—Por favor, dime que no te he hecho daño.

—No me has hecho daño, Mario, te lo prometo. No soy tan frágil. Como ya te dije en una ocasión, nunca he estado mejor.

—¿Qué me has hecho? Has conseguido que haya pasado de ser un amante caballeroso a comportarme como un auténtico neandertal.

—No sé por qué pero te reprimías un poco, Mario. Y he decidido que el tiempo que pase contigo lo quiero todo de ti.

Nada más decir esas palabras y ver la mirada dulcificada de Mario en su hermoso rostro, Clara sintió que el corazón se le henchía de amor en el pecho. Nunca se había sentido tan unida a otra persona. Se hacía cada vez más presente la fuerza que siempre sintió que la empujaba a él y que siempre había estado ahí.

—Ven conmigo —Mario se puso en pie y le cogió la mano a Clara para encaminarse a la playa.

—¿Qué haces? —le preguntó ella reticente a seguirle.

—Vamos al agua. Por la noche tiene una temperatura ideal —decía tirando de su mano.

—No. No me apetece —se quejaba ella mientras clavaba los talones en la arena.

—Ahora verás —y la cogió en brazos para meterse rápidamente con ella en el agua.

—¡No!, Mario, por favor —gimió aferrada a su cuello con el agua ya por la cintura de él.

—¿Qué sucede, cariño? —Le preguntó cogiéndola suavemente por la barbilla—. ¿No te gusta el agua?

—No mucho —susurró—. Aunque me siento un poco tonta. No sé qué me ha pasado.

—No te preocupes, preciosa, no te soltaré si no quieres.

Clara se preguntó si Mario había sido consciente de llamarla cariño. Al oír esa palabra se había permitido el lujo de soñar.

Pero, ¿por qué había sentido ese ataque de pánico, cuando ya lo había superado hacía años? En realidad, no había lugar en el mundo donde se sintiera más segura que en sus brazos.

—Subiremos a casa, nos daremos una ducha y nos iremos a dormir, ¿te parece bien?

—Me parece perfecto.

Después de salir de la tibia playa, Mario sacudió la manta y la enrolló alrededor del cuerpo de Clara. Él se limitó a ponerse sus bóxer de color negro y a recoger el resto de las cosas. Subieron por el sendero hacia la casa y se metieron directamente en la ducha. Se enjabonaron y frotaron el uno al otro, entre risas, bromeando sobre el olor a fresa que desprendería Mario por usar el jabón de Clara. Se pusieron unos mullidos albornoces que había en el armario del baño y, después de ayudar a Clara a secarse el pelo, se metieron en la cama y, abrazados, se quedaron dormidos.

CAPÍTULO 18

Núria estaba un poco preocupada por su amiga. Ya le había enviado varios *WhatsApp* y no había obtenido respuesta. Entendía que estar con semejante bombón un fin de semana, no le diera opción a pensar en el móvil ni en su amiga, pero habían quedado en estar en contacto y de momento no sabía nada.

Creía que su amiga se merecía estar con un hombre que la apreciara, y no creía que ese hombre fuera Mario Climent. Sí era cierto que la miraba como si no quisiera compartirla con el resto del mundo, y su expresión se suavizaba al tenerla cerca, pero seguía pensando que Clara se había complicado la vida.

Sonrió al pensar que tal vez su novio no pareciera un modelo de portada, pero a ella su bonita sonrisa seguía haciéndola vibrar. Además era generoso y muy entregado a su trabajo. Le quería y sabía que él sentía lo mismo, aunque ninguno hubiese expresado todavía sus sentimientos en voz alta. Pensó que al día siguiente, sin falta, ella se lo diría.

Con esos agradables pensamientos caminaba en dirección a su casa, cuando vio una silueta muy familiar apoyada en la entrada. Lo reconocería a un kilómetro de distancia. Apretó el paso y corrió hacia él, pero cuando estuvo a pocos metros vio la expresión de su cara y supo que algo iba mal.

—Hola, Sergio, ¿qué sucede? —frunció el ceño cuando él ni siquiera se acercó para besarla.

—Hola. ¿Hay alguien arriba, en tu casa? —le preguntó él demasiado serio.

—No creo. Mi madre suele llegar más tarde. ¿Quieres subir?

—Sí, tengo que hablar contigo.

—Qué mal suena eso —decía abriendo la puerta.

Cuando entraron en el piso, Núria le indicó que se sentara, pero él no aceptó.

—No, Núria. Cuanto antes te lo diga, mejor —inspiró fuerte y soltó el aire poco a poco—. Samanta, mi ex, está embarazada.

Núria, primero creyó que no había escuchado bien. Luego se le nubló la vista y, cuando por fin lo entendió, le flaquearon las piernas y tuvo que sentarse.

—¿Samanta? ¿Así se llama tu ex? No lo sabía. Suena a pija —no paraba de hablar, todavía aturdida.

—Núria, escucha —le habló Sergio poniéndose en cuclillas frente a ella—, me llamó ayer y pidió verme porque tenía que decirme algo importante. Esta mañana nos hemos visto y me ha enseñado el resultado positivo del test.

—¿Lo sabías desde ayer y no me has dicho nada? —la consternación de Núria se iba transformando en ira.

—Quería estar seguro. No era algo para comentar por teléfono, y no quería preocuparte antes de tiempo.

—¿Preocuparme? ¿Yo? ¿Por qué? ¿Porque mi novio me diga que va a tener un hijo con su ex? ¿Solo por eso?

—Lo siento, Núria, lo siento de veras. Pero no puedo dejarla sola en esto.

—Pero, ¿va a tenerlo?

—Sí, esa es su decisión y yo he de apoyarla.

—¿Y cómo sabes que es tuyo? —Núria alzaba cada vez más la voz—. Tú mismo dijiste que llevabais semanas sin hacerlo. ¿No deberías, al menos, dudar un poco?

—Ya está de tres meses. Y debo confiar en su palabra, puesto que tampoco soy un gran partido como para querer pescarme. Además, un hijo es algo muy serio como para montar un engaño semejante.

—Ya, parece que confías plenamente en ella. Y, exactamente, ¿qué quieres decirme, Sergio?

—Tú siempre tan directa, ¿verdad? —Sergio la cogió de las manos y la miró a los ojos—. El tiempo que dure el embarazo no la dejaré sola. Soy el padre y debo estar dispuesto para cuando me necesite. Pero eso no significa que algo cambie entre nosotros.

—¿Que no cambie nada? —Gritó levantándose del sillón—. ¿Seis meses compartiéndote con otra mujer embarazada de tu hijo? ¿Y luego, Sergio? ¿Qué pasará cuando nazca el niño? ¿Viviremos los cuatro juntos?

—Basta, Núria, estás sacando las cosas de quicio. No seremos la primera pareja con un hijo de otra relación.

—No es lo mismo, y tú lo sabes. Se supone que ya te habría conocido con un hijo, pero ahora no me estás pidiendo simplemente pasar tiempo con él, sino con la madre.

—Ya lo he decidido, Núria —dijo poniéndose en pie—. Tú decides si quieres seguir a mi lado o no.

—¿Decidir? ¡No me dejas elección!

—Lo siento.

—Eso ya lo has dicho. Yo también lo siento —y las lágrimas que no había tenido motivos para derramar en mucho tiempo, le brotaron todas de golpe, aunque ella peleara por quitárselas de la cara y los ojos.

—Núria, por favor no llores —le dijo afligido acercándose a ella.

—Vete de mi casa, Sergio.

—Núria, esto no puede terminar así...

—¡He dicho que te vayas de mi casa!

Sergio dudó un momento, pero salió por la puerta y se marchó.

Núria cayó al suelo de rodillas, sobre la alfombra de rafia del salón, hundió el rostro en sus manos y estuvo llorando durante lo que le parecieron horas. Hasta que apoyó la cabeza en el sillón y, en esa misma postura, se quedó dormida.

CAPÍTULO 19

El brillante sol de la mañana ya empezaba a inundar la habitación, colándose por entre las cortinas a medio cerrar. Mario abrió los ojos y tuvo la sensación, por segunda vez en poco tiempo, de haber descansado realmente bien.

Giró la cabeza sobre la almohada para mirar a la mujer que dormía a su lado, la única con quien lo había hecho en catorce años, al menos en sentido literal. Su gloriosa melena, desparramada sobre la almohada, tenía el mismo color del sol. Miró detenidamente su bello rostro, con las doradas pestañas bordeando los párpados cerrados, y con esa boca que siempre le había parecido tan sensual. La piel aterciopelada de sus mejillas invitaba a rozarla, a besarla y pasarle la lengua. Quiso seguir mirando más extensión de piel de su cuerpo, y apartó la sábana para mostrar su cuerpo desnudo a su ávida vista. La miró durante unos instantes, y pensó que, por muchas mujeres desnudas que hubiese visto en su vida, la visión del escultural cuerpo de Clara le hacía olvidarse de todas las demás.

Sin poder resistir más tiempo sin tocarla, comenzó a pasar las yemas de los dedos por sus mejillas, su cuello y su clavícula, para acabar rozando sus pechos, redondos y suaves.

Clara empezó a moverse perezosamente, sin abrir los ojos, y farfullando algo parecido a querer seguir durmiendo. Mario siguió atormentándola, incrementando el roce de sus dedos en las tersas

puntas de sus pechos mientras él mismo se excitaba.

Al fin, ella abrió los ojos y le dedicó una perezosa y sensual sonrisa.

—Hola, buenos días —saludó con voz adormilada.

—Yo diría que muy buenos —sonrió él.

—¿Me estabas mirando mientras dormía?

—Me has pillado.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—¿Aparte de estar en la cama contigo?

—Sí —sonrió ella—. Aparte de eso.

—Pues —Mario siguió su exploración por el vientre y las caderas de Clara, y cada vez más abajo—, he pensado en ir a visitar el Monasterio de Sant Pere de Rodes, que se encuentra cerca de aquí.

—¿Quieres llevarme a ver un monasterio? —preguntó ella empezando a retorcerse contra las sábanas.

—¿Te parece algo aburrido? —le dijo él serio deteniendo su examen.

—No —volvió a sonreír—, me encanta la idea, de verdad. Como también me gusta esta otra.

Sin él esperarlo, Clara se colocó rápidamente a horcajadas sobre él y lo miró pícaramente.

—Vaya —dijo Mario con voz ronca—, esta es la mejor idea que podías tener.

Clara comenzó a pasar las manos por su pecho mientras se deslizaba y frotaba sobre él. Se inclinó para rozar sus pechos contra el oscuro vello y poder besar su cuello. Su largo cabello acariciaba el torso de Mario y este creyó que ya no aguantaría mucho más.

—Incorpórate, Clara. Quiero verte. Quiero ver tu cara mientras me miras, mientras te excitas.

Clara se irguió, aferró su miembro y se lo introdujo en su cuerpo. Comenzó a deslizarse mientras él palpaba sus suaves pechos y la miraba con expresión demudada por el placer. Ya no había penumbras de la noche ni de luces mitigadas. A la luz del sol podían contemplarse el uno al otro, sin sombras, sin secretos.

La estancia se llenó de luz, de calor y de los sonidos del placer. Hasta que, juntos, estallaron, formando parte de las infinitas partículas de luz que los rodeaban.

Clara cayó sobre Mario, sudorosa y satisfecha. Y feliz. Deseó que el tiempo se detuviera, o al menos se ralentizara, para poder pasar más tiempo con él.

De pronto, sintió un pellizco en el trasero.

—Levanta, perezosa. O pretendes pasarte todo el día en la cama —bromeó.

—Pero... serás... —y le tiró la almohada a la cara mientras los dos rodaban por la cama.

Mario se levantó primero y se metió en el baño, saliendo poco después con el pelo y el pecho húmedos, descalzo, y llevando únicamente un pantalón con cinturilla elástica.

A Clara se le secó la boca de golpe.

—Es tu turno —dijo él—. Mientras tanto prepararé el desayuno —y se dirigió a la cocina.

Clara, después de ducharse y ponerse unos vaqueros cortos, una camiseta roja y unas sandalias planas, apareció en la cocina para ver

cómo preparaba Mario unas tostadas con mantequilla y mermelada.

Verle allí era una auténtica visión. Parecía un anuncio de algún alimento *light*.

—Veo que te desenvuelves bien en la cocina.

—Únicamente para cosas rápidas. No vas a verme haciendo ningún guiso complicado —la vio aproximarse—. Me gusta cómo vistes. Siempre se te ve fresca, natural... y preciosa.

—Agradéceselo a las tiendas *outlet*. Con mi sueldo no podría permitirme ni una de tus camisas.

—Clara...

—Lo siento, no quería decir eso, pero tienes que reconocer que no nos movemos en los mismos círculos, precisamente.

—Y aun así, aquí estamos, tú y yo. Anda, ven a desayunar. Iremos a la terraza.

En un instante colocaron lo necesario en una mesa donde daba la sombra del porche. A pesar de no ser todavía las nueve de la mañana, el sol ya calentaba. Había tostadas, cereales, fruta y café con leche.

—Quería hablarte de lo de anoche —comentó Clara mientras se llevaba una tostada a la boca.

—Sí, yo también. Creo que me pasé de... impetuoso. Nunca me había ocurrido antes.

—No es eso, tonto. Anoche fue la mejor noche de toda mi vida —se miraron durante unos segundos sin decir nada—. Me refiero a que no quise bañarme contigo.

—No pensaba hablarte de ello si tú no sacabas el tema, pero no creo que debas darle importancia.

—¿Cómo que no? Habrás pensado que soy una psicóloga que no sabe tratarse sus propios traumas.

—Claro que no. Y no tienes que explicarme nada, si no quieres.

—Pero sí quiero hacerlo. Cuando era pequeña parece ser que estuve a punto de ahogarme. Tenía pesadillas y no era capaz de acercarme a algo más profundo que un charco.

—No lo sabía, Clara, sino, no habría insistido en bañarnos.

—Pero yo ya lo había superado. Una psicóloga infantil muy buena me ayudó muchísimo y después volví a bañarme en la playa sin problema. Es por eso que decidí dedicarme a ayudar a los niños.

—Entonces, ¿solo te ha pasado conmigo?

—Sí, no lo entiendo —se quedó pensativa pero decidió apartarlo de su mente por el momento—. Por cierto, ¿sigue en pie lo de llevarme a ver el monasterio?

—Por supuesto. ¿O esperabas algo más divertido? Te advierto que ni yo mismo lo soy.

—Será la edad —dijo esquivando un copo de maíz—. No, de verdad, me gustas tal como eres. Y me gusta hacer cualquier cosa contigo.

—¿De verdad te gusto?

—Vaya una pregunta —dijo ella poniendo los ojos en blanco—. La primera vez que te vi de cerca en aquel taxi, pensé que tu rostro era el de un ángel, pero un ángel oscuro, de grandes alas, con espada y escudo —Mario se removió inquieto—. ¿Qué sucede? ¿No te gustan los cumplidos?

—No.

—¿Por qué?

—Porque las mujeres siempre me han demostrado que no eran

sinceras, que solo me adulaban buscando algo a cambio.

—No puedes estar seguro de eso. No me puedo creer que no le hayas roto el corazón a más de una mujer.

—Te aseguro que no. Mi experiencia me ha hecho comprobar que las mujeres solo han querido de mí dos cosas: sexo o mi dinero.

—¿Eso crees de mí?

—Creo que tú eres diferente.

Y con esa escueta respuesta se habría de conformar. Clara no podía ni imaginar que alguna mujer hubiese tenido alguna oportunidad con Mario y no la hubiese aprovechado.

Decidió que no malgastaría el tiempo que pasara con él pensando en sus relaciones con otras mujeres. Ni en su propio futuro con él.

—¿Nos vamos de excursión?

—Vamos —volvió a sonreír Mario, como hacía cada vez más.

EL Monasterio de Sant Pere de Rodes se encuentra en la montaña de Verdera, bajo el castillo del mismo nombre. Después de unos minutos en coche, Mario y Clara pasaron la mañana admirando la obra arquitectónica de diferentes épocas, la iglesia romana, el campanario y las preciosas vistas del Cabo de Creus.

Clara quedó gratamente sorprendida de que a Mario le gustara tanto como a ella visitar edificios históricos, ruinas de castillos, iglesias o museos. Con sus conocimientos no necesitaron visita guiada. Incluso le explicó a Clara las leyendas que rodeaban al castillo sobre princesas que murieron en aquella montaña y de las que todavía se escuchan sus lamentos en la noche.

Más tarde fueron a comer a un bonito restaurante junto al Club Náutico, y después se marcharon a casa. Debido al calor y a la buena comida, Clara llegó soñolienta, aunque se negó a que Mario la sacara en brazos del coche.

Entraron y sintieron el agradable ambiente del aire acondicionado, y decidieron que a esas horas lo mejor sería echarse la siesta. Dejaron la habitación en penumbra, se desvistieron y se echaron sobre la cama. Mario comenzó a besar a Clara y ella ya supo que no pararía, que entre ellos el deseo y la atracción no hacían sino aumentar. Cuantas más veces hicieran el amor, más ansiaban sus cuerpos volver a hacerlo. Era así de sencillo y elemental.

Volvió a notar en Mario el salvajismo de la noche anterior, como si temiera que fuera a desaparecer, y ella ya solo pudo seguir su ritmo y acompañarle, hasta caer desfallecidos sobre las sábanas arrugadas, y dormirse cada uno en brazos del otro.

Cuando Clara se despertó, sintió un momento de pánico al verse sola en la cama, pero se obligó a tranquilizarse. No creía que Mario hubiese decidido abandonarla de repente.

Se levantó satisfecha y descansada, lo cual era lógico, puesto que la luz que entraba en ese momento por la ventana había mermado considerablemente desde que se acostó. Se puso un vestido cómodo, en tirantes de color amarillo, se recogió el pelo en una coleta y, descalza, se dispuso a buscar a Mario.

Atravesó la casa sin éxito hasta que lo encontró en un sillón del jardín, frente a la piscina. Estaba con las piernas estiradas, el portátil sobre el regazo y la cabeza inclinada sobre él, de forma que su

rebelde mechón de cabello casi le tapaba los ojos. Se acercó a él sin decirle nada, y enredó los dedos en ese sedoso mechón para apartárselo de la cara.

—Desde la primera vez que te vi quise hacerlo —y siguió peinándole el pelo con los dedos, disfrutando de su suavidad y su textura, y de un momento tan inocente como sensual.

Mario cerró los ojos mientras dejaba que ella obrara su magia con sus manos. Se recostó en el respaldo y se sintió relajado, tranquilo, o algo más que no se atrevía ni a pensar. Sospechó, con cierto temor, que esa mujer se estaba acercando demasiado a aquella cerradura largo tiempo cerrada, y que, sin darse cuenta, no dejaba de intentar abrir.

—¿Qué haces? —le preguntó Clara con su voz grave y que le devolvió a la realidad.

—Tengo que revisar las características de un nuevo sistema. Podría ser muy útil para algunas empresas, e incluso a más alto nivel.

—¿No puedes pasar sin portátil? ¿Ni el fin de semana?

—Casi siempre lo llevo encima. Algunas cosas puedo hacerlas con el móvil, pero el portátil es más cómodo.

—Pensé que podrías librarte del trabajo estos dos días.

—Yo nunca me libero del trabajo. Hay demasiado en juego.

—¿Demasiado dinero que ganar o perder?

—No solo eso. Hay también muchas personas detrás, mucho tiempo y esfuerzo dedicados. Así que, puedes cogerte un refresco mientras tanto, o simplemente, relájate.

—Oh, vaya —dijo Clara levantándose de golpe—. Hablando de móviles, ni siquiera me he dignado a mirar el mío —y entró en casa

para buscarlo.

Lo sacó de su bolso y, como ya esperaba, tenía más de treinta mensajes, entre Núria, Álex, sus compañeras de trabajo o su madre, que, aunque no quería parecer una entrometida, solo esperaba un *ok*.

Le supo mal por Álex, al que no contestaba desde hacía varios días. En cuanto a Núria, Clara frunció el ceño. Sus primeros mensajes eran divertidos y picantes, pero luego se volvían extraños e impersonales. Intuyó que algo pasaba y le mandó algunos mensajes para preguntarle, lo mismo que a su madre. A Álex no supo qué decirle. Esperaría al lunes para hablar con él.

Salió apesadumbrada, y cuando Mario le preguntó, le explicó el desasosiego que sentía por su amiga.

—Ven conmigo — le dijo Mario dejando el portátil sobre la mesa y estirando un brazo hacia ella. Clara se sentó sobre sus piernas y recostó la cabeza en su pecho, mientras él le quitaba el pasador del pelo y se lo soltaba para acariciárselo suavemente.

—¿Me estás devolviendo el masaje?

—A mí me ha sentado de maravilla.

—Creo que tengo el pelo demasiado largo. Estoy pensando en cortármelo.

—Ni se te ocurra —le dijo Mario un poco brusco—. Me encanta tu pelo. Cuando estás desnuda pareces una ninfa.

—Pero yo suelo ir vestida —sonrió Clara—. Desnuda, aparte de mí, solo me ves tú.

—¿Y te parece poco? No desearía que te lo cortaras nunca, que siempre lo llevaras como ahora.

Clara eludió decirle que sería así el tiempo que estuviera con él, puesto que era un tiempo limitado. Siempre tendría mujeres para elegir, más sofisticadas y experimentadas, que harían que la viera a ella sencilla y vulgar.

Tras unos momentos de silencio, Clara se levantó de su regazo, como pensativa, y se dirigió a la piscina. Se sentó en el filo y metió sus pies descalzos en el agua.

—Mario, ¿podrías hacerme un favor?

—Sí, claro —se levantó, expectante, y se colocó a su lado.

—¿Podrías meterte en la piscina, acercarte a mí y sumergirme contigo en el agua?

—Por supuesto —se quitó los pantalones y la camiseta y se impulsó hacia el agua cayendo de cabeza con un elegante salto.

—Dime qué quieres que haga —le dijo cuando emergió junto a ella, apartándose el mojado cabello de la cara.

—Un momento —se sacó el vestido por la cabeza y le echó los brazos—. Cógeme y méteme en el agua contigo.

Mario hizo lo que le pedía y se sumergió poco a poco con ella. Clara le rodeó el cuello con sus brazos y la cintura con sus piernas. Al principio se sintió nerviosa, pero poco a poco comenzó a relajarse. Sus rostros quedaron a la misma altura, como si estuvieran bailando en el agua.

—¿Quieres probar a sumergir la cabeza? —preguntó Mario.

Clara asintió y Mario comenzó a hundirse poco a poco, sin soltarla. Estuvieron unos segundos bajo el agua e hizo que salieran los dos a la superficie, comprobando con satisfacción que Clara reía bajo la

maraña de pelo mojado.

—Estoy bien, Mario. Puedes soltarme para que pueda nadar.

—¿Estás segura?

—Perfectamente.

Clara se deslizó sobre la superficie del agua, relajada y tranquila.

¿Por qué habría tenido esos temores extraños relacionados con el agua estando con Mario? Aunque no era una nadadora técnica sabía que podía defenderse sin temor. Incluso se atrevió a bucear bajo el agua acompañada de Mario y bromeando con él.

Salieron del agua y se envolvieron en un par de mullidas toallas.

—¿Quieres salir a cenar o a tomar algo? —preguntó Mario mientras le frotaba suavemente con la toalla el cuerpo y el cabello.

—Creo que preferiría quedarme aquí. Ya saldremos más cuando volvamos a Barcelona. Si quieres que sigamos viéndonos, por supuesto —dijo al final en voz baja. Allí habían creado un universo para ellos solos que se acabaría al día siguiente y quería aprovecharlo, hasta que el lunes trajera consigo el mundo real.

—Me parece bien. Puedo pedir que nos traigan la cena a casa y cenamos aquí fuera —contestó él obviando la segunda parte de la frase de Clara.

—Perfecto —sonrió ella, aunque advirtiendo la falta de respuesta por parte de Mario.

Pidió por teléfono a un restaurante un sencillo menú degustación para dos. Se vistieron para evitar la humedad de la noche y pusieron una bonita mesa con mantel y servilletas a juego, cubiertos y copas.

Minutos después, un muchacho les dejó la cena en diversos platos

y se dispusieron a disfrutar de una cena fría pero apetitosa.

El tiempo les pasó volando y no se fueron a la cama demasiado tarde. Pero, esta vez, después de hacer el amor, Clara se desveló sin poder dormir mientras sentía la respiración acompasada de Mario. Le puso la mano en el pecho y empezó a tironearle del vello hasta que Mario, sin abrir los ojos, le preguntó qué ocurría.

—¿Estás despierto?

—Ahora sí.

—No puedo dormir. Podríamos conversar.

—Clara, ¿conversar ahora? ¿Sobre qué?

—De ti, por ejemplo. No me has contado nada, mientras que yo ya te he contado toda mi aburrida vida. De mi familia, amigos, trabajo...

—Tu vida no es tan aburrida, Clara, y la mía no es tan apasionante como crees.

—Pero viajas mucho, conoces gente y lugares nuevos, mujeres atractivas...

—Será mejor que seas más concreta. ¿Qué quieres saber? —le preguntó aún con el brazo sobre los ojos.

—Pues, no sé dónde vives ni con quién...

—Vivo un poco más arriba que tú, siguiendo la playa.

—Conozco la zona. Es para gente adinerada.

—Siguiente pregunta. Ah, sí, con quién vivo. Vivo con mi madre y tengo también una hermana que vive con su marido y dos niños en Tarragona. Nos vemos poco. ¿Algo más? —obvió a la persona más importante, pero no era momento para hablar de ella.

—¿Vives con tu madre? No te imagino viviendo con tu madre.

—¿Por qué no? —Dudó un momento—. Mi madre nos tenía muy pequeños a mi hermana y a mí cuando mi padre murió en un

accidente de coche.

—Lo siento mucho —y le buscó la mano para apretársela con la suya.

—Yo era un bebé. No me acuerdo de él. Mi madre, viuda y con dos niños pequeños, aceptó la proposición de un primo de mi padre.

—¿Ella le quería?

—Hay casos en los que el romanticismo no tiene cabida, Clara. Mi madre estaba sola.

—Si luego se llevaron bien...

—Más o menos. Estuvieron juntos doce años —se dio cuenta en ese momento de que no le importaba contarle parte de su vida, de una vida de la que casi nadie sabía nada, pero que encontró extrañamente gratificante explicarle a ella. Aunque solo fuera una parte—. Se divorciaron y siguieron caminos distintos, pero yo he seguido en contacto con él. A todos mis efectos es mi padre, el único que he conocido. Me ayudó en mis estudios, a conseguir mi primer empleo y a hacer realidad el proyecto de mi empresa. Sin él no lo hubiera conseguido. Ya ves, Clara, no siempre he sido rico. He tenido que trabajar mucho para demostrar de lo que era capaz.

—Y gracias también a tu inteligencia. ¿Dónde está ahora tu padre?

—Gracias, por eso estoy contigo —bromeó—. Está de viaje. Le encanta viajar.

—¿Es esta su casa?

—Chica lista. Sí, lo es. Y ahora, ¿qué te parece si dormimos un poco? —dijo bostezando—. Creo que me estás agotando estos días.

—Yo también estoy cansada. Debemos agotarnos mutuamente — cerró los ojos y se acurrucó sobre el hueco de su hombro—. Buenas noches, Mario —y al no obtener respuesta y notar su respiración

pausada, aprovechó que no pudiese oírle para poder expulsar de su garganta las palabras que corrían el peligro de liberarse delante de él:
— Te quiero —susurró.

Y se quedó inmediatamente dormida.

CAPÍTULO 20

Clara soñaba con cascadas de aguas cristalinas e, inconscientemente, abrió los ojos al sentir la sensación de sequedad en sus labios, supuso que de abusar del salmón en la cena.

Con gran esfuerzo, se zafó de los brazos de Mario y se levantó de la cama. Se puso la camiseta que había llevado él la tarde anterior y salió de la habitación. Pasó por el salón arrastrando los pies por el suelo de madera y al entrar en la cocina abrió los ojos con esfuerzo para fijarse en los números digitales del microondas. Todavía eran las siete y media, así que cogió un vaso del armario y una botella de la nevera para poder satisfacer su sed y volver de nuevo a la cama a los brazos de Mario.

Cuando había bebido dos vasos hasta arriba, cerró la nevera y la estupefacción que sintió hizo que le resbalara el vaso de la mano para acabar haciéndose añicos sobre las baldosas de gres: un hombre, de unos setenta años, con abundante cabello todavía oscuro que le confería aspecto jovial, fijó en ella con interés sus pequeños ojos azules.

—¿Quién es usted? ¿Y cómo ha entrado aquí? —preguntó Clara.

—Teniendo en cuenta que soy el dueño de esta casa, he abierto con mi llave y me la he tropezado en mi cocina, debería ser yo el que hiciera esa pregunta, ¿no cree?

—Parece ser que has adelantado tu vuelta —se oyó la voz de Mario, que observaba divertido la escena apoyado en el arco de la entrada.

—Sí, y parece que debería haber avisado, por si me topaba con bellas jovencitas en mi cocina —los dos hombres se acercaron y se saludaron dándose una afectuosa palmada en el hombro.

—Soy yo el que debería haber avisado, papá, pero creí que volvías mañana.

—Un imprevisto. Por cierto, siento haberte asustado —dijo dirigiéndose a Clara—, y cuidado con los cristales.

Agachada en el suelo recogiendo los restos del vaso, Clara fue consciente de su aspecto. Iba descalza, con la camiseta de Mario y el cabello revuelto. Y él en calzoncillos.

—No te preocupes por eso, ya lo recogeremos —le dijo Mario—. Clara, este es mi padre, Andreu Climent.

—Hola, Clara —la saludó el hombre con los ojos brillantes de regocijo.

—Hola, señor Climent —y le devolvió el saludo en un gentil apretón de manos—. Siento haberme dirigido a usted de esa manera. No me lo esperaba.

—No te preocupes. Y llámame Andreu, por favor. Lo de señor me hace más viejo —bromeó.

—Discúlpanos un momento, papá. Vamos a vestirnos.

—Por supuesto —le lanzó una mirada elocuente—. Ya recojo yo esto.

Ya en el dormitorio, Clara, vistiéndose con unos vaqueros y una camiseta de tirantes rosa, se dirigió a Mario con una mezcla de

desconcierto e indignación.

—No sé qué habrá pensado tu padre, o a qué le tienes acostumbrado, pero yo no estoy habituada a este tipo de situaciones embarazosas.

—Te aseguro que mi padre se debe sentir tan turbado como tú. Ya te dije que nunca había traído mujeres a esta casa. Ven —le dijo atrayéndola hacia él—. ¿Cuándo vas a confiar en mí?

Clara a veces no estaba segura de la sinceridad, o la falta de ella, que leía en los ojos grises de Mario. Pero en ese momento le parecieron sinceros. Él se acercó, le cogió la cara entre las manos y bajó su cabeza para besarla dulcemente. Y al verse reconfortada de esa manera, rodeada por él y su tierna calidez, quiso creer que todo iba bien, que su lugar estaba ahí, en los brazos de ese hombre.

Al menos, mientras él la quisiera a su lado. Procuraba estar preparada y mentalizarse cada día un poco más, para cuando él se cansara de ella.

Mario la miró cálidamente y la cogió de la mano para reunirse de nuevo con su padre. Desayunaron los tres en la terraza y conversaron animadamente durante un buen rato.

Decidieron pasar la mañana en casa. Clara tomaba el sol, y Mario, a la sombra del porche, le consultaba algunas dudas a su padre referentes al trabajo. No dejaba de mirar de reojo a Clara, cuando esta decidía refrescarse en el agua azulada de la piscina.

—Es muy guapa, Mario. Y muy joven —comentó su padre al ver la dirección de las miradas furtivas de su hijo—. Y se os ve muy compenetrados.

—Sí —sonrió Mario. Y se quedó pensativo—. No sé a dónde nos

llevará esto. Solo sé que de momento la quiero a mi lado. Me hace sentir mejor persona y extrae lo mejor de mí. Creo que tiene un don, que hace que las personas de su alrededor detecten su dulzura e, instintivamente, confíen en ella.

—Por no hablar de la intensidad de vuestras miradas. Os miráis como si el resto del mundo no existiera —sonrió pícaro y luego habló más serio—. No es fácil encontrar una mujer así, hijo. Procura conservarla. ¿Le has dicho que quieres tener una relación con ella?

—No. Realmente, no le he especificado nada. Dejaremos pasar el tiempo, sin promesas, a ver qué pasa.

—Pues yo creo que cometes un error al no hacerle saber que quieres con ella algo más que una aventura pasajera, y también creo que tienes miedo.

—Papá...

—Sí, miedo, Mario, a que un día te abandone como hizo Rebeca. Por eso no quieres relaciones largas. Por eso las dejas siempre tú.

—Déjalo, ya, papá, por favor —Mario se sintió incómodo ante la franqueza de su padre, y prefirió volver al menos arriesgado tema del trabajo.

El día pasó ameno para todos. Al mediodía bajaron al pueblo a comer y a pasear por sus calles, caminar junto a la playa o contemplar faenar a los pescadores, junto a sus barcos y sus aparejos.

Por la tarde, Clara se despidió de Andreu, afligida ante la incertidumbre de volver a verlo. Pudo percibir la buena relación entre padre e hijo, y constatar de quién había aprendido Mario su

caballerosidad, inteligencia y su pasión por llevar a cabo sus proyectos y hacer las cosas bien.

Durante el trayecto de vuelta, Clara no dejó de mirar por la ventanilla, como ausente. Mario se sorprendió a sí mismo al preocuparse por ella, al sentir una vena posesiva y protectora que le desconcertó.

—Clara, escucha. No te hice ningún comentario cuando dudaste si querría seguir contigo después del fin de semana.

—Lo recuerdo —Clara se sintió preparada para lo que tuviera que decirle.

—Creo que nos entendemos bien, nos sentimos cómodos y la atracción que sentimos el uno por el otro es excepcional. Me gustaría que nos siguiéramos viendo. Durante la semana cada uno hará su vida, pero a partir del viernes por la tarde podríamos estar juntos.

Clara, por un lado, sintió alivio, pero por otro sintió decepción, por la frialdad que mostró Mario al hablar de la continuidad de su relación.

—Me parece bien —dijo Clara intentando no mostrar alivio y sí un poco de indiferencia.

—Perfecto —Mario también disimuló la exhalación del aire que había estado conteniendo en sus pulmones, esperando la respuesta de Clara—. Los viernes, sobre las siete, si el trabajo me lo permite, pasaré a recogerte por tu casa, e iremos a cenar o a mi apartamento. Esta semana podrías traerte algunas cosas que pudieran hacerte falta, de aseo o de ropa.

—De acuerdo.

Y con esta escueta y sencilla respuesta, Clara se convirtió en la

amante de Mario Climent.

Ya en casa, Clara se encontró con su madre y su amiga Núria. Se las veía serias, aunque Maite, al verla, sonrió y la abrazó.

—Hola, cariño. ¿Todo bien?

—Sí, mamá. Aunque creo que no se puede decir lo mismo por aquí. ¿Qué ocurre?

—Será mejor que hables con tu amiga —le dijo en voz baja—. Tengo que irme. Esta noche no vendré a dormir. ¿Os apañaréis?

—Claro que sí. Vete tranquila.

Cuando su madre salió por la puerta, Clara se sentó junto a su amiga en el sofá del salón.

—¿Qué te ocurre, cariño?

—Lo he dejado con Sergio —le contestó con voz extrañamente tranquila.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Su ex novia está embarazada.

—Oh, Dios, Núria —a Clara se le hizo un nudo en el estómago solo de pensar por lo que estaría pasando su amiga—. ¿Vuelve con ella?

—Él me dice que no, que entre nosotros todo sigue igual, pero yo no lo veo así.

—Pero, vosotros os queréis, ¿verdad?

—Sí, Clara, le quiero mucho —se le humedecieron los ojos—, pero no creo que saliera bien, con esa pija a su lado todo el tiempo. Desde que empezamos a salir ha intentado volver con él. ¿Qué crees que

hará ahora que está embarazada, sino alejarlo de mí y quitármelo?

—Oh, Núria, no sé qué decir —y la estrechó entre sus brazos.

—De momento, con quedarte así ya me ayudas —siguieron unos minutos en silencio—. Y más si me cuentas tu fin de semana con *Súper Mario* con pelos y señales.

Y las dos rieron y lloraron al mismo tiempo.

Mario, por su parte, al llegar a casa, se encontró con una pila de maletas en la entrada.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué significan estas maletas?

—Verás, Mario —se adelantó su madre—. Marta y sus amigas llevan tiempo organizando sus vacaciones en un camping de la Costa Dorada, así que pensé que yo puedo ir a casa de tu hermana, cerca del camping, y así estar cerca de tu hija. ¿Qué te parece?

—Me parece que ya lo habéis organizado todo vosotras —miró serio a su hija—. No me habías dicho nada.

—Lo siento, papá. No teníamos nada decidido y no quería molestarte. Ya has oído a la abuela, ella y la tía Laura podrán visitarme o ir yo a su casa. Incluso tú podrías ir, visitar a la tía y ver de paso a tus sobrinos. Solo será el mes de agosto —y miró a su padre con sus grandes e inocentes ojos azules.

—¿Solo? —Dijo levantando una ceja—. Está bien, pero cuenta con que iré a visitarte. Y ten cuidado.

—Siempre lo tengo, papá —y le dio un sonoro beso en la mejilla.

Marta estaba exultante. Se iba de vacaciones con sus amigas y era

algo genial. Pero había omitido el detalle de que también habría chicos y Víctor estaría allí.

CAPÍTULO 21

A Clara le habían ofrecido unos días de vacaciones en el trabajo que aún no sabía cuándo aprovecharía. De momento, aunque todavía quedaba casi una semana, su pensamiento y su mente estaban centrados en el próximo fin de semana.

A veces coincidía con Mario en el ascensor y a los dos les resultaba divertido fingir que no se conocían, y mirarse de reojo aguantando las ganas de reír. Se daban los buenos días educadamente y seguían su camino. Lo peor era que también tenía que reprimir las ganas de mirarle o hablarle y, sobre todo, de tocarle o besarle. Estaba casi segura de que a él le debía ocurrir lo mismo, ya que, aunque su expresión parecía impertérrita, el brillo de sus ojos delataba la pasión contenida que ella le provocaba.

Esa misma tarde, al salir del trabajo, Clara se desvió de su camino habitual para comprarse algunas cosas que necesitaría llevarse al apartamento de Mario, como ropa interior nueva o utensilios de aseo. Miraba el escaparate de una zapatería, cuando, al girarse, se encontró de frente con su amigo Álex.

—Empiezo a creer en las casualidades —sonrió Álex dándole un beso en la mejilla—. ¿Dónde te habías metido? Llevo días intentando contactar contigo y no ha habido manera.

—Lo siento, Álex. He estado un poco liada.

—Quería contarte algunas cosas —decía mientras caminaban por la atestada acera—. Me han ofrecido un trabajo temporal en un periódico.

—¡Oh, Álex, eso es genial! Pero no se te ve muy contento.

—Bueno, se trata de entrevistar a famosos para la sección de actualidad del periódico —hizo una mueca—. Podría haber sido peor.

—Se ha de empezar por algo. ¿Y a quién vas a entrevistar?

—De eso quería hablarte. Entrevisto a personajes conocidos actuales, como futbolistas, actores, modelos, y quería preguntarte si querrías acompañarme.

—¿Puedo hacerlo?

—Claro. Las entrevistas se harán en el hotel Majestic, y mientras hablamos, a nuestro alrededor habrá fotógrafos, técnicos de luz, maquilladores... Tú podrías estar allí, conocer algún famoso, y de paso, comentar qué tal lo hago. Tu presencia me dará confianza. ¿Qué me dices?

—¡Pues que sí! ¿Cómo voy a rechazar semejante oferta? Aunque depende del horario, por mi trabajo.

—Las entrevistas las hacemos los jueves por la tarde.

—¡Fantástico! Los jueves trabajo de mañana, y mañana ya es jueves. ¿A quién entrevistaréis?

—Estás de suerte. Al actor Mario Casas.

—¡Genial! No me lo perdería por nada. Gracias, Álex, por pensar en mí para acompañarte.

—De nada, Clara. Entonces, ¿hasta mañana?

—Sí, hasta mañana.

El jueves por la tarde, Clara se dirigía ilusionada al hotel donde había quedado con Álex. No podía creer que pudiera conocer a famosos y estaba un poco nerviosa, pero contenta y expectante.

Desde la acera de enfrente ya divisó a Álex en la elegante entrada del hotel, mientras los colaboradores entraban y salían por la dorada puerta giratoria. Álex la vio enseguida y la saludó con la mano, haciéndole gestos para que se acercara. Ella le devolvió el saludo y esperó a que cambiara el semáforo. Mientras tanto, se fijó en su amigo, que la miraba sonriente y contempló lo guapo que era. Su cabello, bastante largo, era rubio con reflejos dorados que hacían juego con sus ojos, y era bastante alto y ancho de hombros. Pero no tanto como Mario.

Lo mejor sería no compararlo con Mario. Ningún hombre podía compararse con él.

La entrevista fue una experiencia muy interesante y emocionante. Aparte del protagonista, Clara pudo conocer a un montón de gente, muy profesional y encantadora. Todo el proceso se llevó a cabo en un ambiente agradable y le pareció que Álex lo hacía genial, dándole confianza al entrevistado para que le contestara todas sus preguntas de una forma natural.

Al acabar, ya era tarde y fueron a cenar una hamburguesa con patatas fritas. En el restaurante, Clara le preguntó si podrían seguir quedando otros jueves a la misma hora.

—En realidad —dijo Álex un poco más serio—, quería quedar contigo este fin de semana —y le dirigió a Clara una mirada entre interrogante y esperanzada.

—No puedo, Álex —Clara dudó un momento, pero era su amigo y

no podía mentirle—. Tengo planes. Estoy saliendo con alguien.

—Vaya —suspiró él—. La primera vez que te lo pedí era demasiado pronto, y ahora llego demasiado tarde. ¿Puedo saber quién es?

—Pues... —Clara volvió a dudar. Seguramente había escuchado hablar de él—. No sé si hago bien en decírtelo. Es un conocido empresario.

—Puedes confiar en mí, Clara. Nunca me aprovecharía de ti, y menos con algo personal.

—Se trata de Mario Climent.

—Vaya, vuelas muy alto... Lo siento, perdona, no quería decir eso. Conociéndote supongo que te gusta, pero me siento obligado a preguntarte: ¿Te has vuelto loca?

—¿Por qué me dices eso? —preguntó Clara sorprendida.

—Pues a que sé del palo que va ese tío, saliendo cada día con una mujer distinta, todas ellas modelos o ricachonas de la alta sociedad aburridas de sus maridos. ¿No ves que te engañará con otras y te romperá el corazón?

—Creo que eso es cosa mía —le dijo Clara enfadada—. Supongo que puedo salir con quien yo quiera.

—Dios mío, Clara. ¿En serio te has rebajado a ser una de sus amantes para formar parte de una larga lista que no acabará contigo?

—¿Y qué, si es así?

—Que te conozco, Clara, y sé que si estás con él es porque te gusta de verdad y que sientes algo más serio. Y me preocupa que te rompan el corazón de esta manera.

—Lo siento, Álex, pero ya he tomado la decisión.

—Solo quiero que no sufras —le dijo pasándole el dedo por la mejilla—. Y que seas feliz. Y cuando lo dejes con él, yo estaré aquí,

esperándote, como siempre.

—Gracias, Álex, pero no te preocupes por mí. Me las arreglaré —a Clara no le pasó por alto “cuando lo dejes con él”, y no “si lo dejas”—. ¿Nos vemos el jueves?

—Sí —suspiró—. Hasta el jueves.

Con una pequeña maleta, Clara se dirigió al taxi que la esperaba a la puerta de su casa a la hora acordada con Mario. Sintió una punzada de decepción cuando comprobó que Mario no iba en el coche. Simplemente había enviado un taxi a buscarla. Intentó recordarse a sí misma no volver a molestarse por esos detalles, dado que su relación con Mario no sería convencional.

Ella estaba impaciente y deseosa por verle, y él, tal vez, no sintiera más que ganas de sexo después de varios días sin verse. Eso contando con que no estuviera con otras mujeres. Le había pedido —no, exigido— fidelidad a ella, pero él no había prometido nada. Al imaginarlo con otra mujer sintió como si una mano le aferrara el corazón y se lo retorciera sin piedad.

Al llegar, el taxista le dio un pequeño sobre de parte de Mario, descubriendo, con sorpresa, una llave en su interior. Subió al segundo piso, abrió la puerta y entró.

Le pareció que no había nadie, así que se dirigió al dormitorio y colocó sus cosas en el armario y los cajones de la cómoda. Fue a dejar también sus utensilios de aseo, y cuando abrió la puerta del baño se topó de golpe con Mario, que salía de darse una ducha.

A Clara se le aflojaron los dedos que sujetaban el neceser y este

cayó al suelo. La imagen que ofrecía Mario era sencillamente prodigiosa. Podría haber servido de modelo en la antigüedad para esculpir una estatua griega, ya que llevaba únicamente una blanca toalla alrededor del cuello. Sus negros cabellos brillaban húmedos, y su fibroso cuerpo se cernía sobre ella mientras le clavaba su mirada de plata.

Sin mediar palabra, le bajó el vestido de un tirón, y lo mismo hizo con las bragas y el sujetador. La levantó instándola a que enroscara las piernas alrededor de su cintura y la penetró allí mismo, en medio del pasillo. Clara sintió un primer instante de incomodidad al no estar preparada, pero solo fue un segundo. Su cuerpo reaccionó sencillamente al hecho de saber que estaba haciendo el amor con Mario.

Fue rápido, salvaje y primitivo, pero tan satisfactorio como siempre. Después, recuperando la respiración, la depositó en el suelo, la miró y le sonrió con un mohín de culpabilidad.

—Hola, preciosa. No esperaba este arrebato por mi parte. Parece ser que en cuanto te tengo cerca pierdo la compostura. Y ya está siendo una costumbre por mi parte preguntarte si te he hecho daño.

—Y tú ya sabes mi respuesta: que nunca he estado mejor. Pero quiero exponer una queja.

—¿Cuál? —dijo Mario frunciendo el ceño.

—Que todavía no me has besado.

—Enseguida le soluciono el problema, señorita —en contraste con la explosión anterior, la besó tan dulcemente que Clara sintió una dolorosa emoción en el pecho, mientras su lengua saboreaba su boca minuciosamente—. Y ahora, nos vestimos y salimos a tomar algo por ahí, que he tenido una semana espantosa.

—¿Mucho trabajo?

—Sí. Y muchos días sin ti después de un fin de semana contigo.

Clara estuvo a punto de preguntarle: ¿Me has echado de menos? Pero le pareció una pregunta demasiado típica de pareja normal y ellos no lo eran. No pretendía forzarle a decir algo que no sintiera.

—Lo mismo digo —dijo mirándole a los ojos. Pero no quiso seguir por ahí, o acabaría confesando algo que no debía—. Por cierto, me gusta la idea de salir, ya que me había comprado este vestido nuevo y contigo no me ha durado puesto ni un minuto.

—Podrías hacerme lo contrario a un *striptease*: ir poniéndote la ropa poco a poco mientras yo te miro.

—Vale. Si tú haces lo mismo.

Cada uno se fue poniendo su ropa, prenda por prenda, mientras Clara entonaba la sintonía de Joe Cocker en “Nueve Semanas y Media”, para acabar los dos riendo a carcajadas.

Clara se quedó desconcertada y a la vez maravillada por el sonido de la risa de Mario. Hasta él pareció sorprenderse, aunque disimuló enseguida, como ya estaba acostumbrado a hacer.

—Antes de salir quiero darte una cosa.

Clara frunció el ceño cuando Mario le ofreció una pequeña caja de terciopelo negro.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo y lo verás.

Mario parecía un adolescente dándole un regalo a la chica que le gustaba. Clara abrió la caja y se encontró con una elegante pulsera

de oro con una hilera de pequeños diamantes en la parte superior. Inmediatamente cerró la caja y se la devolvió.

—Devuélvela. No puedo aceptarla.

—¿Qué significa que no puedes aceptarla?

—Pues eso mismo, que no la quiero. ¿Por qué me haces un regalo, Mario? ¿En pago por los servicios prestados?

—Pero, ¿qué estás diciendo? ¡Simplemente la vi al pasar por una joyería y me apeteció comprártela!

—Eso es lo que hacen los hombres que tienen amantes, comprarles algo para mantenerlas contentas.

—Te dije una vez que yo no hago regalos —la voz de Mario sonó fría y punzante como un témpano de hielo—. Hacía muchos años que no le regalaba nada a una mujer, lo mismo que con las flores y los bombones. Pero no importa. Si no la quieres la devolveré —y le arrebató la caja de las manos para tirarla al fondo de un cajón.

Tomó a Clara de la mano y salieron a la calle, donde tomaron un taxi. Durante el camino no hablaron, pero Clara no pensaba dar su brazo a torcer. Tal vez fuera la querida de un hombre rico, pero tenía su dignidad.

Bajó del coche cuando él le abrió la puerta y comprobó que se encontraban en la zona del Port Vell. Se encaminaron a una terraza con un animado ambiente nocturno, se sentaron en una mesa y pidieron unas bebidas. Disfrutaron de actuaciones de cantantes y de monólogos bastante originales.

Hubo un momento en el que él tomó la mano que Clara apoyaba sobre la mesa y ella cerró los dedos en torno a los suyos.

—Lo siento —le dijo él—. No pensaba que un regalo te haría sentir así. Eres diferente a otras mujeres, y eso me desconcierta.

—No pasa nada. Solo que me hace recordar el trato que tenemos.

—No fue un trato. Lo llamaste relación, ¿recuerdas? —dijo él sonriendo dulcemente—. Pero siento de veras si te he molestado.

—No importa —Clara comprendió que no estaría acostumbrado a decir palabras de disculpa y le reconoció el mérito y el esfuerzo que tuvo que hacer para pronunciarlas.

Esa noche, cuando ella ya dormía a su lado, Mario supo con certeza que Clara, más tarde o más temprano, conseguiría abrir esa parte de su corazón oxidada y olvidada. Y lo más sorprendente de esa revelación fue que no sintió ningún temor, como siempre había pensado, sino, simplemente, un pequeño atisbo de felicidad.

Aun así, antes de que acabara ese fin de semana, volvieron a las andadas cuando, tumbados en el sofá, conversaban sobre el trabajo de cada uno.

—Debes de sentirte muy orgulloso de lo que has logrado —le decía Clara, mirándole, apoyada en su pecho.

—Sí, es más de lo que nunca imaginé que conseguiría. ¿Y tú, Clara? ¿Cuál es tu sueño? —le preguntó mientras hacía resbalar mechones de dorado cabello entre sus dedos.

—Mi amiga Núria y yo siempre hemos soñado con llevar un centro infantil para niños en riesgo de exclusión social, con familias desestructuradas, con algún tipo de trastorno, o simplemente sin recursos. Creo que una de las cosas más bonitas de este mundo es

la sonrisa de un niño, y cuando una misma ha contribuido a propiciarla, se siente una satisfacción imposible de describir con palabras.

—¿Y por qué no lo lleváis a cabo?

—¿Estás de broma? ¡Cómo se nota que tu preocupación no es el dinero, precisamente!

—Yo podría ayudaros.

—Vamos a ver, Mario, ¿qué es lo que no entiendes de *noquierotudinero*? —le dijo irritada mientras se levantaba del sofá y se ponía una camiseta con gestos bruscos.

—No veo mayor problema —dijo incorporándose él también—. Hago donaciones y ayudo en varias causas. Además, no siempre sería con mi dinero, tengo contactos con asociaciones y entidades privadas. ¿Por qué no podría ayudar en un proyecto tan loable?

—¡Porque no! ¡Y punto! Rechacé una pulsera y lo mismo haré con tu dinero. ¿No eras tú el que decía que las mujeres solo querían eso de ti?

—Ya te he dicho que tú eres diferente. Soy yo el que te lo ofrece.

—Mi respuesta sigue siendo no, Mario. No vuelvas a proponerme nada semejante.

CAPÍTULO 22

El verano se fue afianzando durante los siguientes días. Los turistas invadían la ciudad pero a la vez se la veía más tranquila, como todos los años en la misma época. Aun así, Clara decidió que cogería las vacaciones más adelante, ya que a la mayoría de gente de su entorno le tocaba trabajar en verano.

Su amigo Álex continuaba con las entrevistas y Clara podía seguir asistiendo a ellas, con el aliciente de poder conversar unos momentos con algún famoso. Su amigo no le había vuelto a hacer ninguna proposición, ni vuelto a mencionar su relación con Mario. Para alegría de Clara, había observado la relación especial que mantenía con una compañera del equipo. Le había preguntado y él se había limitado a reír y encogerse de hombros, dando a entender que, por fin, aceptaba la relación de amistad que siempre mantendrían.

Con Núria todavía tenía que esforzarse por mantenerla ocupada y distraída. Sergio la llamaba casi cada día o le enviaba algún tipo de mensaje, que Núria se negaba a contestar. Se pasaba prácticamente la vida en casa de Clara. Dormían en la misma habitación, salían juntas de compras e incluso quedaban de vez en cuando con sus compañeras de facultad para ir a alguna discoteca.

De todos modos, Núria había perdido un poco su brillo y su alegría despreocupada. A menudo se le veían los ojos enrojecidos o con la cabeza en otra parte. Clara le insistía una y otra vez en que hablara

con él, que intentaran llegar a un acuerdo, pero ella se negaba en redondo.

De esta manera, Clara sufría por ella, máxime cuando a ella las cosas con Mario le iban mejor de lo que nunca imaginó. Tal vez no fuera el tipo de relación que esperaría cualquier chica, pero seguía pensando en presente y en atesorar sus recuerdos, para aferrarse a ellos cuando ya no estuviera con él.

De momento, Mario había dejado caer parte del muro que llevaba prendido a su alrededor cuando le conoció, aunque seguía poniendo distancia para demostrar que tenía todo el control. Ahora le parecía más abierto con ella, más desenfadado, e igual de gentil y generoso. El tema del dinero y los regalos había quedado apartado y no se había vuelto a mencionar. Le bastaba con otro tipo de detalles, como saber escucharla o razonar con ella. Era un gran conversador, que podía hablar de cualquier tema. A veces era el hombre más dulce del mundo y otras dejaba surgir un salvajismo que a Clara le resultaba de lo más excitante.

Clara sonrió para sí mientras se dirigía al despacho de Mario y evocaba algunos encuentros apasionados con él. La atracción y el deseo que sentían el uno por el otro seguían creciendo cada día. No podían besarse más de unos segundos sin acabar haciendo el amor.

A media mañana la había llamado para pedirle que fuera a su despacho esa misma tarde. Habían quedado para ir a cenar, pero a causa de una reunión imprevista, sabía que saldría tarde. De este modo, Clara estaría esperándole y habrían ganado tiempo.

Subió en el ascensor hasta la planta quince y accedió a las oficinas por la entrada de recepción. Le pareció extraño que Amanda, la

repcionista, ya no estuviera tras el brillante mostrador, y conforme avanzaba por el pasillo, sus zapatos resonaban en el suelo de mármol. Había un extraño silencio que la inquietó, sobre todo al girar hacia el despacho y ver a Elisa cogiendo su bolso para marcharse. Era muy inusual que su guardiana se fuera antes que él.

Se saludaron cortésmente y se quedó sola ante la puerta doble, que inmediatamente se abrió y apareció Mario tras ella para hacerla pasar.

—¿Qué sucede, Mario? No queda nadie —preguntó Clara extrañada.

—Ya lo sé —contestó él mientras cerraba la puerta—. Yo mismo he dado permiso a la mayoría del personal.

—¿Por alguna razón? —preguntó ella suspicaz.

—Porque —comenzó él atrayéndola por la cintura—, no puedo esperar hasta el viernes para verte —la acercó más a él—, tocarte —le pasó el pulgar por el labio inferior—, o besarte —y la besó—. Y porque una vez te prometí que algún día te haría el amor sobre la mesa de mi despacho.

Con solo escuchar esas palabras de boca de Mario, con su voz tan profunda, Clara ya sintió la familiar sensación de estremecimiento que le recorría las venas. Su cercanía, su contacto y su olor, eran el afrodisíaco más potente para su cuerpo.

Mario tiró hacia abajo del vestido verde esmeralda que llevaba puesto, las braguitas y el sujetador negros, y dejándola vestida únicamente con sus sandalias de tacón. Cuando ella fue a quitarle la ropa, él negó con la cabeza y le pidió que le dejara hacer. Apartó papeles y enseres, se acercó a ella para hacerla girar y colocarla

sobre la mesa, boca abajo, de manera que se apoyara en ella de cintura para arriba. Clara sintió la fría superficie bajo su mejilla, bajo sus pechos y su estómago. Mario le subió los brazos sobre la cabeza, instándola a aferrarse al filo.

—Tranquila, cariño —susurró—. ¿Confías en mí?

—Sí —respondió sin dudar.

—Relájate.

Mario apartó a un lado su exuberante melena, para pasar sus dedos por la nuca, bajar por la espina dorsal y acabar en sus suaves glúteos, mientras Clara asía la mesa hasta dejar blancos sus nudillos al sentir entre sus piernas el aliento de Mario.

Este volvió a incorporarse para besarla entre los omóplatos y bajar hasta la zona lumbar, mientras deslizaba un dedo en el interior de su cuerpo. Clara gimió de placer y después de frustración, cuando Mario se retiró y siguió atormentándola besando sus glúteos y rozando la entrada de su cuerpo.

Clara pensó que no podría soportarlo más y sintió el escozor de las lágrimas en sus ojos. Había escuchado alguna vez que se podía sufrir un desmayo por el placer, y pensó que le ocurriría de un momento a otro.

Escuchó el sonido de una cremallera al bajar y a continuación lo sintió dentro de su cuerpo, sin moverse, aferrado a ella, dejando fluir el placer, hasta que este entró en ella en suaves oleadas, que se expandieron hasta satisfacer la última célula de su cuerpo.

Mario recuperaba el aliento sobre la espalda desnuda de Clara. Nunca había sentido un placer semejante, mezcla de un deseo ardiente y algo más. Acercó la mejilla a su rostro para acariciarla y

notó la humedad bajando por su sien.

—¡Clara! —preguntó alarmado—. ¿Qué te ocurre, cariño? —y salió de su cuerpo para poder cogerla por la cintura y volverla hacia él. Al advertir sus ojos húmedos, la abrazó, sin dejar de preguntarle qué le ocurría.

—No es nada —respondió sonriendo—, no son lágrimas de dolor, sino de placer.

—¿De placer? —La sujetó por los hombros—. ¿Te he hecho llorar de placer? —le preguntó con mirada petulante.

—No seas engreído —le dio un empujón en el pecho—. Lo que sucede es que tú tienes demasiada experiencia. Has hecho el amor con demasiadas mujeres, mientras que yo no puedo comparar.

—Clara —le dijo él secándole los ojos con los pulgares—, yo nunca antes había hecho el amor con ninguna mujer. Era simplemente sexo. No utilicé esas palabras hasta que lo hice contigo la primera vez.

A Clara se le paró el corazón. No quería ni atreverse a soñar con que Mario sintiera por ella algo más que deseo. Ella le amaba, cada día más, y cada día pensaba menos en el día en que él se cansara de ella, porque al hacerlo, solo sentía dolor.

Él la besó y la ayudó a vestirse y, durante el resto de la noche Clara pensó que nunca había sido tan feliz.

Pero la vida, normalmente, no es tan perfecta. Todavía habría algunas trabas más que dificultarían la armonía y la pasión que se habían instalado en su relación con Mario.

Al día siguiente de su tórrido encuentro en el despacho, Clara se dirigía contenta, como siempre, a la nueva entrevista de su amigo Álex. Este se encontraba ya a la puerta del hotel, y abrazó a Clara en cuanto llegó, feliz al contarle que se había decidido a salir con Eva, su compañera de trabajo.

Clara se alegró sinceramente, pues le gustaba esa chica, sencilla, de cabello y ojos castaños, optimista y llena de entusiasmo. Era la perfecta pareja para su amigo.

Subieron al piso donde se celebraría la entrevista. En contraste con la sala donde se venían realizando las anteriores, sobria y de colores claros, esta era mucho más llamativa, en colores rojos y dorados, con mullidos sofás anaranjados y una mesa con una cubitera con cava helado y un gran ramo de rosas rojas.

—Son las peticiones —o exigencias— de la persona que entevisto hoy. Se trata de Hanna Shult, la cotizada modelo alemana.

Clara sintió curiosidad por ver de cerca a la exuberante mujer que era portada de las más prestigiosas revistas de moda y la más reclamada en las pasarelas de todo el mundo.

Al tenerla delante, sin embargo, comprendió que era el tipo de mujer que poseía la habilidad de hacer sentir inferior a cualquier mujer que tuviera delante. Con su altura, su larga y brillante melena azabache y sus felinos ojos verdes, parecía una diosa sobre su pedestal.

Aun así, Álex llevó muy bien la entrevista, a pesar de que Hanna no se comprometía del todo en las respuestas. Al finalizar, Álex intentó sonsacarle alguna información que había quedado inconclusa.

—Me has comentado antes, Hanna, que estuviste un tiempo

viviendo en España, pero por lo que sabemos desapareciste sin más. ¿Tuvo algo que ver, por casualidad, que acabaras por entonces la relación que, según apuntaban los rumores, mantenías con un empresario español?

—¿Has dejado de grabar? —Preguntó en un correcto castellano—. En fin, no importa. No tengo ningún problema en admitir que viví en España para estar con un hombre, y luego me marché al dejarlo con él. Hará unos dos años mantuve una corta pero intensa aventura con el empresario catalán Mario Climent.

Clara se tensó visiblemente. Miró a Álex y lo vio revolveirse incómodo en su butaca.

—¿Qué sucede? —preguntó la modelo, suspicaz—. ¿Por qué la miras a ella?

—Por nada, Hanna —respondió Álex—, no te preocupes. Quizá no te apetezca hablar del tema...

—¿Por qué no? Es más, me gustaría hacerlo —miró a Clara—. Conocí a Mario al coincidir en el mismo hotel. Él tenía reuniones con banqueros y yo había venido a rodar un spot. La misma noche que nos conocimos nos fuimos a mi habitación y no salimos de ella en veinticuatro horas. El rodaje del anuncio duraba varios días, así que él alargó su estancia en el hotel para coincidir conmigo y poder follar todo el día. Luego tuvimos que marcharnos debido a nuestras obligaciones, pero volví y reservé la misma habitación, para seguir viéndole, para seguir disfrutando de él y del placer que me ofrecía. Estaba enganchada, obsesionada —miró a Clara fijamente—. El sexo

con él era prodigioso. Aunque sabía que andaba con otras, yo no podía dejar de verle, era como una obsesión. Pero una cosa era saber que se tiraba a otras y otra fue verle en directo. Una noche que él no me esperaba, volví de Alemania y quise darle una sorpresa presentándome en su habitación sin avisar. Cuando abrí, ahí estaba, echando un polvo con otra, ¿Y crees que se disculpó? —Se acercó a Clara—. ¿Crees que le importó que me pusiera a llorar y a suplicarle que no me dejara? ¡No! Se limitó a echar a la otra y a decirme que él no podía estar con una sola mujer. Si me parecía bien, o sino, adiós. Pero, ¿sabes una cosa, bonita? Lo vi hace poco y está aún más atractivo, si cabe. Por muy hijo de puta que sea, si se me presentara en este momento me lo follaba aquí mismo. Después de él no ha habido otro igual.

Después del horrible monólogo, la modelo cogió una copa de cava, se la bebió de un trago y se pegó media vuelta, haciendo volar su negra cabellera.

Álex miró a Clara, que estaba lívida, y fue a acercarse, pero ella, como en trance, se dirigió a la salida. Cuando se encontró por fin en la calle, Clara dejó un momento que le diera el aire fresco en el rostro, y escuchó cómo Álex la llamaba.

—¡Clara! ¡Por favor, espera!

—¿Lo sabías? —preguntó Clara inexpresiva.

—¡Por supuesto que no! ¡No tenía ni idea, Clara, te lo juro!

—Un *yatelodije* vendría de perlas para la ocasión.

—No, Clara. Lo siento de veras. Déjame que te acompañe a casa.

—No, Álex, gracias. Prefiero ir caminando. Me vendrá bien.

—Está bien. Ya nos veremos.

Durante todo el viernes, Clara estuvo dudando si sería mejor quedarse en casa, pero suponía que Mario la llamaría. Podía darle una excusa, y luego... y luego ¿qué?

No podía esconderse, es más, no debía hacerlo. Nunca había sido una persona que huyera de los problemas, los afrontaba. Pero reconocía que lo que había escuchado el día anterior de labios de la modelo, la había deprimido enormemente. Desde entonces solo había tenido ganas de hacerse un ovillo bajo el edredón de su cama y no salir de allí.

No le había comentado nada a nadie, ni siquiera a Núria, que ya tenía bastante con lo suyo. Decididamente, iría al apartamento de Mario como cada viernes, y esperaría a ver cómo se desarrollaban los acontecimientos.

Su cabeza era un remolino de contradicciones. Por un lado pensaba que no debía preocuparse por la vida pasada de Mario, puesto que pertenecía al pasado. Pero, por otro lado, escucharlo de boca de la propia amante, tenerla delante, fue como ver unas imágenes que le habían producido un profundo dolor.

Siempre había asumido que en una relación con Mario sería más que seguro que aparecería el fantasma de los celos. Aunque pensarlo era más fácil que sentirlo en persona.

Optó por ponerse un bonito vestido blanco que le encantaba a Mario, pero le fue imposible arreglar el estropicio de su rostro. No había perdido la palidez del día anterior y las ojeras ya no admitían más corrector.

Cuando llegó al apartamento se alegró de que Mario no hubiese llegado todavía, así dispondría de tiempo para pensar en cómo reaccionar cuando él se acercara a ella.

Pero no le sirvió de nada. Al cabo de un momento, Mario llegó y dejó la chaqueta en el perchero de la entrada. Miró a Clara y frunció el ceño. Por mucho que ella se obligó a sonreír, no le pasó por alto su rostro demacrado.

—¿Qué ocurre, Clara?

—Nada —mintió ella forzando de nuevo una sonrisa.

—Te veo muy pálida. ¿Te encuentras mal? —dijo acercándose más a ella mientras ella daba un paso atrás.

—No me encuentro muy bien. Me duele un poco la cabeza —volvió a mentir.

—Ven, sentémonos. ¿Te preparo algo? ¿Leche caliente con cacao, café, algo de comer...?

—No, no quiero nada, de verdad —sonó claramente irritada.

—Muy bien —dijo él instándola a sentarse a su lado en el sofá—. Ahora nos sentamos, nos relajamos, y me explicas qué te sucede realmente.

Clara supo desde el primer momento que no tendría otra salida que explicarle a Mario qué le ocurría. Sería absurdo seguir fingiendo hasta no sabía cuándo.

—He conocido a Hanna.

—¿Y quién es Hanna?

—Muy típico de hombres como tú no acordarse ni del nombre de las mujeres que se tira.

—¿A qué viene esto, Clara? Nunca te había escuchado hablar así.

—Hanna es una modelo de portada, alemana, guapa y rica, con la que estuviste liado —Mario puso cara de sorpresa—. ¿La recuerdas ahora?

—No, Clara, apenas la recuerdo, pero ya hemos hablado de esto. Sabes que ha habido mujeres antes, pero ahora estoy contigo. ¿Cómo se supone que has conocido a esa mujer?

—A través de mi amigo Álex, que es periodista.

—¿Álex? ¿El del centro comercial?

—Sí, pero eso no importa. El caso es que esa mujer me ha contado con pelos y señales todo lo que pasó entre vosotros.

—Dios, Clara, lo siento. Siento que hayas tenido que soportar los cuentos de esa harpía.

—Te acostabas con otras.

—Y qué más te ha contado —dijo Mario exasperado.

—Te pilló con otra in fraganti. Y te suplicó que no la dejaras. Todavía te desea.

—Tal vez, Clara, fuera como ella dice —le dijo mirándola a los ojos y tomando una mano entre las suyas—, o tal vez no. ¿Qué importancia tiene? Pasó hace tiempo. Nunca he intentado hacerte ver que he sido diferente. No te he ocultado que únicamente utilizaba a las mujeres, lo mismo que ellas a mí.

—Lo siento, Mario. Ahora mismo no sé qué pensar.

—Tienes dos opciones. Angustiarte por esta tontería y hacernos pasar un mal rato, u olvidar a esa mujer, que si no recuerdo mal, no era más que una caprichosa acostumbrada a tenerlo todo. Además, se le olvidó mencionar que ella también se acostaba con otros. ¿No te lo ha dicho?

—No. Simplemente te ha descrito como un miserable sin remordimientos.

—¿Y tú me crees así, Clara? Porque a mí solo me interesa lo que pienses tú —Mario la abrazó pero la notó tensa y sin respuesta, y la

volvió a soltar.

—Tal vez sea mejor que me vaya —se levantó del sofá para coger el bolso—. Hoy no soy buena compañía.

—Como quieras.

Clara se marchó a casa, sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Cuando se acostó en su cama, su pensamiento seguía siendo un hervidero de preguntas sin respuesta.

¿No sabía ella ya dónde se metía?

¿Tenía ella derecho a recriminarle nada de su vida anterior?

¿Le importaba, realmente?

La respuesta a las dos últimas era que no. No le importaba que hubiese estado con mil mujeres. Ahora estaba con ella. Y ella no podía evitar quererle. Esa era la cuestión, le quería. Tanto que dolía. Y él no había hecho nada execrable. No podía recriminarle nada de su comportamiento con ella.

En todo caso, había sido ella la que le propusiera una cita la primera vez, mostrándose él reticente a aceptar, advirtiéndole lo que podía esperar de él. Fue ella, también, la que se negó a continuar con él, la que se molestó con el regalo, y ahora, le montaba una escena de celos.

Salió de la cama de un brinco, se volvió a poner el vestido y las sandalias, y bajó corriendo hacia la calle. Hizo señal a un taxi de que parara y lo tomó. Todavía eran las siete de la mañana y esperaba que él estuviese todavía en el apartamento.

Al llegar, subió en el ascensor y cuando estuvo delante de la puerta prefirió tocar el timbre. Mario abrió y su corazón saltó al verle. Solo

llevaba puesto un pantalón negro tipo chino, iba descalzo, con su negro cabello revuelto y sin afeitar, pero a Clara le pareció más guapo y apetecible que nunca. El único detalle sombrío era su expresión taciturna.

—Entra, Clara. ¿Por qué no has usado la llave?

Al entrar, observó montones de papeles por doquier, y sobre la mesa del salón, el portátil y varias tazas de café vacías.

—No estaba segura si estarías aún aquí.

Clara lo miró sin saber qué decir, por dónde empezar. Las palabras se le atascaban en la garganta. Mario pareció leerle el pensamiento y quiso ahorrarle el esfuerzo de intentar explicarse. Le abrió los brazos y solo tuvo que esperar un segundo a que ella corriera a abrazarle, tan fuerte, que estuvieron a punto de caer los dos al suelo. Clara se aferró a él con todas sus fuerzas, besándole por todas partes e intentando infructuosamente no llorar.

—Clara, Clara, tranquila, cariño —le decía mientras la abrazaba y la besaba en el pelo.

—Lo siento, Mario —sollozaba Clara—. Tienes razón. No puedes hacer nada para cambiar tu pasado, y a mí, en realidad, no me importa nada. Absolutamente nada.

—No tienes que disculparte, Clara, pero me alegro de que hayas vuelto —se separó de ella un instante y la miró—. Fue ella, Clara, la que estaba con otro cuando yo llegué de improviso. Fue al revés.

—No importa, Mario —le puso un dedo sobre los labios—. Ni me importa esa mujer ni mil mujeres que hayan estado contigo.

—No te lo dije antes porque a mí no me importaba en absoluto esa

mujer. Apenas la recordaba. Pero después de marcharte quise decírtelo. Quería que lo supieras.

—Te lo agradezco, Mario. Y ahora —le dijo poniéndole los brazos alrededor del cuello y aproximando su boca a la suya— creo que la mejor manera de borrar ciertas imágenes de mi cabeza es crear otras nuevas. Hazme el amor, Mario, ahora.

—Será un placer.

Se besaron de forma frenética mientras se dirigían al dormitorio. Clara tiró de la cinturilla del pantalón para desnudarle, y cuando lo consiguió le empujó para hacerle caer de espaldas sobre la cama. Cuando él también quiso desnudarla, ella le cogió las manos y se las puso sobre la cabeza.

—Hoy me toca a mí tenerte desnudo.

Clara fue trazando sobre su cuerpo un sendero que recorrió con sus manos y después con sus labios y su lengua. Cogió entre sus manos su miembro hinchado, duro y brillante y lo saboreó con ansia, sintiéndose poderosa y con todo el control sobre el hombre que gemía impaciente bajo su cuerpo. Después se colocó a horcajadas y se levantó el vestido, mientras Mario, desesperado, le arrancaba sus blancas braguitas para penetrarla de un golpe y comenzar luego un rítmico vaivén en círculos.

Cuando estallaron en un ardiente clímax, Mario acercó la boca de Clara a la suya para amortiguar los gritos de ambos en un ardoroso beso.

Tendidos y sudorosos sobre la cama, durmieron toda la mañana, y la imagen de Mario con otras mujeres fue borrada de la mente de Clara.

Y de la de Mario también.

CAPÍTULO 23

Sergio contemplaba a su alrededor el despacho del doctor mientras le hacían unas pruebas a Samanta. Las estanterías con libros, los diplomas en la pared o las vistas de la ciudad desde la ventana, no podían ocultar la sensación de encontrarse en un hospital, sensación que acabó por deprimirlo aún más.

Pensó en Núria, como venía haciendo cada día de las últimas semanas. Tendría que haber sido ella la que algún día hubiese estado ahí con él, en la consulta de un ginecólogo embarazada de su hijo. Porque, estaba seguro, Núria era sin duda la mujer de su vida. Abierta, alegre, cariñosa y sincera, en poco tiempo había decidido que se habían acabado las demás mujeres para él.

Pero se obligó a bajar a la Tierra. Aunque fuera una frase trillada, tenía que asumir su responsabilidad. Un hijo era un asunto muy serio, lo que le llevó a recordar el motivo por el que se encontraba en ese lugar. Samanta ya se había hecho analíticas y ecografías, siempre acompañada de su madre, con la excepción de ese preciso día en el que no había podido ir. El día anterior lo había llamado para pedirle que la acompañara para realizarse un tipo de prueba muy completa para comprobar el seguimiento del embarazo.

Ya llevaba demasiado tiempo con el doctor, al otro lado de la puerta, y Sergio comenzaba a impacientarse. Como no había nada en

lo que entretenerse, se fijó en la carpeta que siempre llevaba Samanta en todas sus visitas y comenzó a echar un vistazo en su interior. Resultados de analíticas, la fotografía de la primera ecografía —que le hizo sonreír—, y la típica cartilla de embarazada con todos sus datos. La abrió y observó distraído algunos datos, como edad, peso, estatura, las siglas FUM... ¿FUM? ¡Claro! Fecha de la última menstruación... Sergio frunció el ceño. Las cuentas no cuadraban. Hacía demasiado poco tiempo desde la fecha que se señalaba. En ese tiempo ellos ya no estaban juntos.

Comenzó a notar un frío que no tenía nada que ver con el aire acondicionado, un frío interno que hacía ralentizar el flujo de su sangre en las venas. Guardó los papeles en la carpeta y, como buen abogado, disimuló la expresión de su rostro.

Cuando Samanta volvió con el médico, este le explicó que todo iba perfectamente. Salieron de la consulta y bajaron al aparcamiento subterráneo para coger el coche y dirigirse al domicilio de la joven. Cuando Sergio aparcó frente a la gran casa situada en el barrio de Sarrià, Samanta le comentó lo serio y callado que había permanecido durante todo el camino.

—Dime, Samanta, ¿cuándo decidiste que yo era el candidato idóneo como padre de tu hijo?

—¿Cómo dices? —no se esperaba la joven esa pregunta.

—Sabes muy bien de qué te hablo.

—No, no lo sé —hizo un amago de bajarse del coche.

—¿Por qué me has hecho esto, Samanta? —ella al fin decidió escucharle—. ¿Cómo has podido hacer una cosa así.

—Tenía mis motivos —le dijo sin mirarle.

—¿Motivos? ¿Qué motivos son suficientes para hacerme creer que

voy a tener un hijo contigo y criarlo como mío? ¿Tan mala es la opción de su verdadero padre, que escoges a un pobre abogado que apenas se gana la vida?

—Mi padre te daría trabajo, cuando hubiese nacido el niño.

—¿Lo tenías todo planeado? Me convierto en el padre de tu hijo, rompo con mi novia, y cuando hubiese comprobado que no puedo mantenerlo ni ayudarte, me hubiese visto obligado a aceptar trabajar para tu padre. ¿Me equivoco?

—Haces que parezca ruin y maquiavélica. ¿No has pensado en que pueda sentir algo por ti?

—Tú no me quieres, Samanta, y lo sabes. Dime al menos quién es el padre. Al menos me debes eso.

—¡No lo sé! —y la chica rompió a llorar.

—¿Cómo que no lo sabes? —preguntó Sergio atónito.

—Pues que no lo sé —siguió ella sollozando—. Después de dejarlo contigo empecé a salir con amigos, de fiesta en fiesta, donde el alcohol y la cocaína corrían como el agua. Una mañana temprano me desperté junto a un tío que no conocía de nada y poco después descubrí que estaba embarazada. No supe qué hacer...

—¡Desde luego! —le dijo más serio que nunca—. Engañar al tonto de Sergio. ¡Pobre iluso!

—¡No! No eres tonto ni iluso. Eres una gran persona, de lo mejor que he conocido.

—¿Y así me lo pagas? ¿Engañándome?

—¿Y qué se supone que debía hacer? ¿Contarle la verdad a mi padre? En realidad, a él le gustas.

—Me da igual, Samanta. Tendrás que contarle la verdad. Lo siento. Despídeme de ellos. Y espero que todo te vaya bien. Ya te llamaré.

—Espero que a ti también —salió del coche, atravesó la verja de entrada y subió los escalones con paso decidido.

Sergio se recostó en el asiento del coche y cerró los ojos. Sintió que un peso enorme que se había instalado sobre sus hombros se evaporaba de repente.

Pero ahora venía lo más difícil: recuperar a Núria.

Ella seguiría sin contestar a sus llamadas, como venía haciendo cada vez que intentaba ponerse en contacto con ella, así que la única opción que le quedaba era llamar a su amiga Clara.

CAPÍTULO 24

Hacía mucho tiempo que Clara no iba a un parque de atracciones, y ese día, en el Parque del Tibidabo, se lo estaba pasando realmente bien.

Sus hermanos habían quedado con el grupo de clase y les pareció genial que su hermana mayor les acompañara con su amiga Núria. Planearon pasar el día, llevando mochilas con bocadillos y bebidas, para ir reponiendo fuerzas entre las largas colas y el calor.

Sus atracciones favoritas eran las de agua, aunque era imposible resistirse a la de terror, donde actores disfrazados de *Freddy Krueger* o *La Niña del Exorcista*, te hacían pasar un rato divertido y original.

El día anterior, Clara había hablado con Sergio y este le había explicado el engaño de su ex novia. Le había pedido ayuda para ver a Núria y poder hablar con ella, a lo que Clara accedió encantada. Quedaron en que al día siguiente la llevaría a una cafetería para tomar algo y allí aparecería Sergio.

Esperaba que hablaran y lo solucionaran. Los dos se lo merecían.

Ese fin de semana era el primero en mucho tiempo que no pasaba con Mario, al que le había surgido un viaje de trabajo. Lo echaba muchísimo de menos, pero también comprendía que de vez en cuando cada uno tuviera sus propios planes. Él tenía muchas responsabilidades, y ella, de esta manera, también pasaba algún

tiempo con su familia y amigos en fin de semana. Además, cada vez ampliaban más su tiempo para verse y ya no se cernía únicamente a sábados y domingos. Mario algún día le daba una sorpresa, quedando con ella entre semana, no solo para verse en el apartamento, sino también para hacer un poco de turismo por la ciudad y sumarse a los miles de turistas que visitaban esos días la Sagrada Familia, el parque Güell, la Pedrera, o las fuentes iluminadas de Montjuic, lugares que ninguno de los dos visitaba desde hacía mucho tiempo pese a vivir en Barcelona.

Las cosas volvían a ir bien entre ellos. Había confianza, se entendían con una sola mirada y la pasión no hacía sino aumentar con el tiempo.

Intentó no pensar más ese día en Mario, para continuar disfrutando de las atracciones del parque y la compañía de sus amigos.

Mario aparcó el coche frente a la bonita casa que tenía su hermana en Roda de Bará, en Tarragona, donde vivía con sus dos hijos y su segundo marido, un reputado cirujano cardiovascular. Esperaba encontrarse también con su madre y su hija, a las que había llamado unos días antes para quedar en verse ese fin de semana.

Atravesó el bonito jardín, donde se podían escuchar los aspersores del agua que regaban la suave alfombra verde de césped, diseminando un agradable olor a hierba mojada. Fue directamente a la parte de atrás, donde se encontraba la piscina y suponía que estaría toda la familia.

La primera en saludarle fue su hija, Marta, que arrancó a correr y

saltó sobre él para darle un fuerte abrazo que conmovió a Mario.

—¡Hola, papá! ¡Has venido!

—Ya te dije que vendría.

—Demasiadas veces has dicho que vendrías y luego no lo has hecho —era el reproche que casi siempre le lanzaba, con razón, su hermana Laura—. Hola, Mario, me alegro de verte —y le dio un cariñoso beso en la mejilla.

Laura era dos años mayor que Mario y, al igual que él, parecía más joven. Tenía el mismo cabello negro y brillante, aunque con los ojos azules de su padre.

—¡Hola, Mario! —saludaron sus dos sobrinos, de ocho y diez años.

—¿Qué es eso de Mario? —les regañó—. Soy el tío Mario.

—Tal vez sea porque casi no te ven —le dijo su cuñado, que le ofreció la mano y un refrescó que él aceptó.

—Veo que me vais a estar censurando todo el tiempo. Ya sabéis que tengo mucho trabajo. Por cierto, ¿dónde está mamá?

—Aquí, controlando la comida —lo saludó con otro beso.

Pasaron un agradable día en familia, entre baños en la piscina, buena comida y amena conversación. El único punto negativo para Mario fue recordar que había mentido a Clara. Le había dicho que tenía un viaje de trabajo, cuando en realidad había previsto ese viaje hacía días para visitar a su hija, comprobar que todo marchaba bien y, de paso, hacerle una visita a su hermana.

Durante el trayecto en coche hacia Tarragona había pensado mucho en el tema y había decidido que pronto le contaría a Clara la verdad de su vida, desde el fracaso de su breve matrimonio hasta el

detalle más importante: la existencia de su hija.

Ya no podía seguir tratándola como una aventura más. La quería en su vida y para ello debía seguir confiando en él. Mario hizo una mueca. Ella ya confiaba en él y sin embargo él seguía guardando un secreto. No sabía cuál podría ser su reacción cuando se lo dijera, porque jamás había tenido una relación semejante con una mujer y jamás se planteó contárselo a ninguna.

Pero esta vez lo haría.

Pronto.

CAPÍTULO 25

Clara y Núria se encontraban en una agradable terraza tomando un refresco para paliar los efectos del calor de un día cualquiera de agosto a media mañana. Mientras daban buena cuenta de un refrescante granizado de limón, Clara miraba disimuladamente a su alrededor, esperando que Sergio apareciera en cualquier momento. Y ese momento no tardó en llegar. En apenas un instante, Clara se había levantado y Sergio había ocupado su lugar ante la atónita e indignada mirada de Núria.

—¿Qué haces tú aquí? ¿Qué has hecho, Clara? ¡No tenías derecho! —fue a levantarse de la silla, pero Clara y Sergio lo evitaron.

—Por favor, Núria —le rogó su amiga—. Tan solo habla con él. Seguro que tú habrías hecho lo mismo por mí.

—Déjame hablar un momento, Núria, por favor —suplicó Sergio—. Si cuando acabe de hablar no quieres saber nada más de mí, me marcharé y no volveré a molestarte.

—Tienes cinco minutos —dijo Núria con determinación—. Y contigo —dijo lanzándole un dedo acusador a Clara—, ya hablaré más tarde.

—Muy bien —dijo Clara con una sonrisa—, hasta luego —y se marchó.

—Bien —carraspeó Sergio.

—Ya solo quedan cuatro y medio.

—Mi ex novia me engañó. El niño no era mío.

—¿Y?

—¿Cómo que “y”?

—Pues eso. Qué quieres que te diga. Ya te avisé. Deberías haberlo comprobado antes. Y que yo no soy tu segundo plato.

—Tienes toda la razón en que debería haberlo comprobado, pero tú no eres segundo plato de nadie. Yo nunca quise volver con ella y lo sabes, pero no quería tener un hijo perdido por ahí, ¿no lo entiendes?

—Puedo entenderte, pero sé que una vez hubieses pasado junto a ella el embarazo y, sobre todo, al nacer el niño, ella ya no te habría dejado marchar.

—¡Pero yo no me habría quedado con ella! ¡Te quiero! Quería estar en contacto con ese niño, estar al tanto de su vida, pero compartiéndola contigo. Desde que tú no estás conmigo estoy destrozado por dentro. Cuando supe que el niño no era mío quise darme un puñetazo por idiota y lo único que quería era tenerte a mi lado. He pasado un infierno sin saber nada de ti.

—¿Has dicho que me quieres? —dijo Núria con los ojos muy abiertos y brillantes.

—Por supuesto, cariño. Te quiero hace tiempo, solo que suponía que era algo obvio y que no hacía falta decir. Pero estaba equivocado. Ojalá te lo hubiese dicho antes. Tal vez así no hubieses dudado ni un momento que fuera a dejarte por otra. Te quiero a mi lado, siempre. ¿Y tú? —Preguntó temeroso de la respuesta—. ¿Me quieres?

—Sí, te quiero Sergio, pero las cosas no son tan fáciles.

—Te propongo que empecemos de nuevo —le dijo Sergio aferrando su mano entre las suyas.

—¿A qué te refieres?

—Podríamos comenzar por tener de nuevo tres citas. ¿Qué te parece?

—De acuerdo —sonrió Núria—. Tres citas. Pero no te prometo nada. Quedamos mañana para ir al cine.

—Perfecto, te pasaré a buscar. Y todo irá bien, ya lo verás.

—Ya veremos. Hasta mañana.

En realidad, Núria se hubiese echado en los brazos de Sergio nada más verle, pero la había hecho sufrir y ella le daría a beber de su propia medicina.

Sonrió diabólicamente y se marchó a casa de Clara para decirle cuatro cosas.

Y para darle un enorme abrazo.

CAPÍTULO 26

—¿Estás segura de que quieres volver al camping esta misma noche?

—Sí, papá. Mis amigas no me esperan hasta mañana, pero tú ya te vuelves a casa, aún es temprano y además creo que van a hacer un encuentro en la playa esta noche y me gustaría ir.

—De acuerdo —dijo Mario a su hija—. Ya te llamaré. Y ten cuidado, como siempre.

—Tranquilo, ya te llamaré. Un beso —y salió disparada del coche hacia donde se encontraban sus amigos.

Al ver alejarse el coche de su padre, Marta se dirigió a la parte de la playa donde sabía que ya se encontrarían todos, y se guió en la oscuridad de la noche por el sonido de la música y las risas.

La primera en distinguirla entre las sombras fue Lidia, que como el resto del grupo, se encontraba sentada en círculo sobre la arena, intentando mantener una conversación con un grupo de ingleses que habían conocido la tarde anterior.

—¡Hola, Marta! ¿No volvías mañana?

—Sí, pero al final he pensado hacerlo esta misma noche. ¿Sabes dónde está Víctor?

—Pues no sé, no lo he visto. Por ahí estará.

Marta comenzó a sortear piernas y botellas desparramadas sobre la arena, intentando encontrar al chico que tanto le gustaba. Estaba siendo un verano perfecto, allí en la playa, con todos sus amigos y amigas, y saliendo con un chico tan guapo e interesante como Víctor. Además, él le correspondía, pues era amable con ella, cariñoso y muy divertido.

Empezó a impacientarse cuando no lo encontraba por ninguna parte, y pensó en darse la vuelta para buscarlo por el camping, cuando se oyó su inconfundible voz y su risa. Se dirigió hacia ese sonido y se quedó paralizada cuando reconoció su silueta en un rincón apartado, comprobando que no estaba solo. Estaba abrazado a otra chica, besándola de una forma en que no lo hacía con ella, con besos que parecían el preludio de algo más. Marta susurró su nombre sin darse cuenta y él se giró y la vio.

—¡Marta! —gritó.

Pero ella echó a correr, sin saber por dónde iba o a quién pisaba, solo deseando que se la tragara la tierra. Entró en el recinto el camping para meterse rápidamente en uno de los bungalós y cerrar la puerta.

—¡Marta, abre la puerta! —gritó Víctor sin dejar de dar golpes.

—¡Vete ahora mismo!

—Marta, por favor, escucha. Eso que has visto no significa nada, simplemente ha sido una tontería.

—No, Víctor —dijo Marta abriendo de golpe la puerta. Estaba tan enfadada, que su rostro, envuelto en el fulgor de su roja cabellera, se transformó, volviéndose casi demoníaco—, la tonta he sido yo. Tu prima me lo advirtió y no quise escucharla. Supongo que te resultaba

entretenida pero tú necesitas algo más.

—Tú no lo entiendes, Marta —suspiró él—. Eres demasiado joven todavía. Tal vez cuando madures volvamos a encontrarnos —y se marchó.

Marta volvió a cerrar la puerta de un portazo y se lanzó sobre la cama. Esperaría únicamente a que amaneciera para largarse de allí y volver a casa.

Mario se hacía el nudo de la corbata frente al espejo de la entrada, cuando escuchó girar la llave y abrirse a puerta.

—Marta, ¿qué haces aquí?

—Siento no haberte avisado, papá. Pero ya no podía seguir allí por más tiempo.

—¿Qué ha pasado? ¿No tendrá algo que ver un chico con un tatuaje en el brazo?

—¿Lo sabías?

—Me lo imaginaba, cariño. Tenías un brillo especial en la mirada que no suele estar provocado únicamente por la expectativa de pasar el verano con las amigas. ¿Tengo que matarlo o algo así?

—No, papá. No vale la pena. Supongo que me equivoqué al pensar que un chico así tendría suficiente conmigo.

—Bueno, por lo que dices me ahorraré tener que matarle. Ven aquí, princesa.

Marta se refugió en la seguridad del hombro de su padre y se sintió reconfortada por ese familiar abrazo.

—Ahora tengo trabajo, cariño. ¿Qué te parece si al mediodía te llevo a comer a algún sitio que te guste y conversamos tú y yo? —le preguntó después de darle un beso en su rojo cabello.

—Me encantaría. Estoy harta de comida basura.

—Hecho. Mandaré a alguien a buscarte. Por cierto, ¿y tu abuela?

—No le he dicho nada. Cogí el tren y me vine corriendo. Ahora la llamaré.

—Hazlo antes de que se te entere de que no estás en el camping y llame al ciento doce. Hasta luego.

—Ahora mismo la llamo. Hasta luego.

Álex no dejó de insistir durante todo el fin de semana para que Clara aceptara comer con él. Desde el espantoso discurso de la modelo alemana, Clara había seguido acudiendo a las entrevistas, aunque con algo de tirantez en su relación con él. Seguía conociendo a personas interesantes, veía a su amigo cada vez más seguro y profesional, pero luego no hablaban demasiado como hicieran antes.

Al final, decidió aceptar ir a comer con él para poder hablar tranquilamente, fuera del entorno de las entrevistas, y recuperar la camaradería perdida, algo que hicieron a los pocos minutos de conversar relajadamente los dos solos.

Eligieron un bonito restaurante en la Barceloneta, desde donde se podían observar todo tipo de barcos de recreo, como yates de lujo o enormes cruceros.

Realmente, la idea de Álex resultó de lo más acertada. Comieron un poco de todo, como mejillones al vapor, almejas a la marinera,

calamares, sepia, y bebieron vino, todo entre risas, recordando anécdotas de los famosos y riendo de sus excentricidades. Clara aprovechó para decirle que entre ella y Mario todo marchaba bien, que había asumido su pasado y no pensaba en el futuro. Álex se alegró por ella, a la vez que le contó sobre su relación con Eva, que parecía seguir adelante.

Más tarde, después de un delicioso helado de chocolate, Álex se retiró un momento al baño y Clara se recostó en la silla, con el rostro hacia el cielo azul, sintiendo el calor del sol mitigado por la agradable brisa que corría en ese instante. Instintivamente, giró la cabeza al escuchar una voz familiar. Justo al otro lado se situaba otra terraza de un restaurante de superior categoría, separado por una hilera de arbustos. Clara se levantó, se acercó a la valla medianera y observó disimuladamente entre un pequeño hueco que proporcionaban los verdes setos.

Clara no daba crédito. En una mesa del otro restaurante, sentado frente a una chica de larga melena pelirroja, se encontraba Mario. No podía verle el rostro a la chica pero parecía muy joven. Le tenía cogida una mano entre las suyas y le dedicaba una amorosa y tierna sonrisa.

A Clara, a pesar del calor, se le heló la sangre en las venas, y sintió un frío que la hizo marearse. Se acercó de nuevo a su silla y cogió su bolso mecánicamente, mientras Álex volvía y fruncía el ceño al verla.

—¿Te ocurre algo, Clara?

—No, no, tranquilo —disimuló ella sonriendo—. Debe de haber sido el vino. Es la falta de costumbre.

—Vamos, que te acompaño a casa y te echas una siesta —y le

devolvió la sonrisa.

Clara nunca supo cómo fue capaz de disimular durante aquellos minutos con Álex. La cabeza le daba vueltas y un sudor frío le bajaba por la espalda.

Se despidió, al fin, de su amigo y subió a su casa. Se dejó caer sobre el sofá del salón y se quedó mirando la pantalla de la televisión apagada, fijamente, sin moverse.

No supo el tiempo que permaneció así, cuando oyó a su madre que entraba por la puerta con algunas bolsas de compra. Esta, al verla, soltó rápidamente las bolsas en la cocina y volvió al salón junto a su hija.

—¡Clara! ¡Qué bien que estás aquí! Llevo días intentando contarte algo muy importante y no quería hacerlo por teléfono.

—No estoy de humor, mamá.

—Escucha, hija, que es algo verdaderamente importante. Se trata de Mario. Cuando vino la primera vez a casa, lo primero que pensé fue que su cara me resultaba familiar, pero como me dijiste que era un empresario pensé que sería por eso.

Clara, al escuchar el nombre de Mario, prestó más atención y dejó que su madre siguiera con aquella narración.

—No he dejado de darle vueltas, intentando recordar, y al fin, la otra mañana, antes de despertarme, se me encendió la bombilla. ¿Recuerdas cuando estuviste a punto de ahogarte en aquella playa, cuando tenías ocho años?

—No mucho —Clara comenzó a sentir curiosidad—. En realidad no. No me acuerdo de nada.

—Supongo que te ocurriría algo parecido a mí, que pasé tanto miedo a perderte que mi memoria guardó ese recuerdo en el fondo de mi mente —y continuó con la historia—. Yo, en esos días, no me encontraba muy bien, embarazada de tus hermanos, y me mareaba muy a menudo. Sufrí uno de esos mareos aquel día y tu padre estuvo pendiente de mí, así que no reparamos en tu ausencia. Llevabas mucho tiempo en el agua, pues era un día con mucho oleaje y te pareció divertido, pero una ola te derribó, tapándote por completo. Cada vez que sacabas la cabeza para respirar, venía otra ola y te volvía a hundir bajo el agua. Nadie se dio cuenta y te hubieses ahogado si no hubiese sido por un muchacho que se encontraba allí, y que rápidamente entró en el agua y te sacó. Tuvo que hacerte el boca a boca hasta hacerte toser y expulsar el agua de tus pulmones. Cuando vimos aquel gentío, tu padre y yo nos acercamos preocupados. No te puedes imaginar lo que sentimos al verte allí tirada, en la arena, sin moverte, mientras ese chico te subía y bajaba los brazos. Menos mal que al llegar nosotros ya habías recuperado la consciencia, sino, hubiese temido por el embarazo.

—Por Dios, mamá, ahora empiezo a recordar algo, aunque de manera tenue. Pero, ¿por qué has mencionado a Mario?

—Porque fue él el que te sacó del agua y te salvó la vida. Cuando te recuperaste te abracé y le busqué con la mirada para darle las gracias. Él se acercó y le quitó importancia, puesto que todo había quedado en un susto y nada más. Le pregunté al menos por su nombre y él me lo dijo: Mario.

—¿Estás segura de que era él, mamá? —Clara no podía estar más sorprendida y aturdida.

—Completamente. No ha cambiado demasiado, aunque —sonrió—

creo que ha mejorado con el tiempo. Y nunca olvidaría esos ojos, del color de la plata bruñida.

Clara no podía pensar. Después del impacto de haberle visto con otra mujer, ahora resultaba ser su salvador... Y ahora, por fin, le encajaban muchas piezas que llevaban demasiados años diseminadas. Por eso sus extraños sueños, por eso soñaba con él, por eso la extraña sensación de *déjà vu* al verle por primera vez... Porque ya le conocía, y su imagen había permanecido todos esos años en sus sueños.

—Lo malo de este asunto —continuó su madre— es que recuerdo a Mario en aquella playa muchas otras veces, acompañado por su mujer y su hija pequeña, un bebé.

—¿Cómo era su mujer, mamá? —preguntó Clara con la mirada perdida.

—Era muy guapa, con una larga cabellera del color del fuego, lo mismo que la niña, que ya tenía la cabecita cubierta por pelusilla del mismo color.

La mujer que aparecía en sus sueños, la que desaparecía bajo el agua para no volver a salir...

—Hoy lo he visto con una mujer pelirroja, mamá. Bueno, realmente era jovencita. Ha sido esta tarde, por eso, después de todo lo que me has contado, estoy bastante desconcertada.

—Su hija ahora tendrá la edad de tus hermanos, unos dieciséis años —Maite miró a su hija—. No te ha hablado de ella, ¿verdad?

—No, mamá. No me había dicho nada, de mujer ni de hija. Pero, ¿sabes una cosa? —Clara se impulsó del sofá para ponerse en pie—.

No pienso quedarme aquí lamentándome. Ahora mismo voy al apartamento a recoger mis cosas y en cuanto llegue le digo que lo sé todo. Los malos tragos cuanto antes mejor.

Clara comenzó a guardar su ropa en la misma bolsa que utilizó la primera vez que decidió compartir una parte de la vida de Mario.

Ser su querida de fin de semana, para ser más exactos.

Porque, exactamente, como eso la había tratado al mantenerla al margen de su vida. Ella no pedía haber sido invitada a cenar a su casa con su hija, ni mucho menos, pero, ¿tanto le hubiese costado decirle, simplemente, “tengo una hija”? ¿Y su mujer? Él le había dicho en una ocasión que no estaba casado. ¿La vería de vez en cuando? ¿Tenía alguna clase de relación con ella? ¿O tal vez le había mentado en todo?

Despierta, Clara. No sabes nada de él.

Se sentó en el filo de la cama, donde tantos momentos de pasión había compartido con él, y recapacitó.

Si no sabía nada de él era porque no quería compartirlo con ella. Porque no era tan importante para él como para incluirla en su vida.

Por mucho esfuerzo titánico que le costara, no debía llorar. No quería que Mario la viese tan vulnerable o, mucho peor, que sintiese lástima por ella.

Se sobresaltó al oír la puerta. Escuchó sus sonidos tan familiares, como dejar las llaves en la entrada, el roce de la tela al quitarse la

chaqueta y la corbata, y sus inconfundibles pasos, enérgicos y silenciosos al mismo tiempo.

—Clara, estás aquí. No esperaba que hubieses llegado aún — Mario dejó de hablar y se quedó quieto, mirando la acumulación de ropa sobre la cama—. ¿Qué significan estas bolsas con tus cosas?

—La pelirroja que estaba hoy comiendo contigo, ¿era tu mujer o tu hija? —preguntó Clara.

Había decidido no andarse con rodeos. Se había levantado de la cama y se había girado hacia él para enfrentarlo, y comprobar así la palidez en su hermoso rostro.

—Creo que deberíamos sentarnos y hablar —dijo Mario más serio de lo que ella recordaba.

—Hablar de qué, Mario. ¿Vas a contarme que tienes una familia que se te había olvidado mencionarme? Pues ya sé sobre ella, y ni siquiera me lo has contado tú, lo he averiguado yo por casualidad. Pero no temas, no pienso reprocharte nada. Comprendo perfectamente que no tengo ningún derecho. No soy más que la última de tu larga lista de ligues.

—¡Basta, Clara! No se trata de eso y lo sabes. Pensaba decírtelo en cuanto mi hija volviera de vacaciones.

Escuchar de sus labios la confirmación de la historia, aunque ya lo esperara, le hizo sentir a Clara la presión de un gran peso en el pecho. Hasta ese momento se había sentido valiente y decidida, pero empezó a sentir que su determinación flaqueaba.

—Ya te he dicho que no importa. Cuando acepté este tipo de relación contigo sabía a lo que me atenía —y comenzó a cerrar la

cremallera de la bolsa.

—No te vayas, Clara —dijo posando la mano sobre su brazo—. Por favor, deja que te explique.

Clara pudo ver en los ojos de Mario una vulnerabilidad que no había observado nunca en esa mirada. Él le hizo el gesto para que se sentara y ella lo hizo de nuevo en el filo de la cama, mientras él lo hacía frente a ella, fijando ambos la vista en la ropa y los objetos de Clara todavía esparcidos sobre la colcha.

—Me casé muy joven, estando todavía en la universidad —Mario se sintió sumamente extraño al contar una historia que no había mencionado nunca a nadie, y agradeció mentalmente a Clara que no le interrumpiera mientras lo hacía—. Salía con una chica, Rebeca, que se quedó embarazada. Decidimos tener al bebé y seguir estudiando con ayuda de nuestras madres, pero ella se agobió y se marchó a Estados Unidos. Nunca he vuelto a verla —Clara seguía atenta la narración, con sus grandes ojos oscuros muy abiertos—. Entre ellas se comunican, incluso de han visto en alguna ocasión, es algo que no puedo evitar. No hubiese podido criarla si no hubiese sido por la ayuda incondicional de mi madre, que dedicó su vida a nosotros. Hoy supongo que me has visto en el restaurante comiendo con mi hija. Tiene dieciséis años y es una chica maravillosa.

—No tienes que darme explicaciones, Mario. Es tu vida, y tus razones tendrás para no habérmelo contado. Soy consciente de mi lugar.

—No lo entiendes, Clara. Nunca le he hablado de esto a ninguna mujer que haya estado conmigo, porque ellas solo estaban de paso. Además, tenía que proteger a mi hija del tipo de vida que llevaba,

dejarla completamente al margen de mis historias con mujeres de una noche.

—Lo entiendo —Clara se levantó para seguir guardando sus cosas—. Pero también entiendo que me he enterado por casualidad —suspiró—. He sido una ingenua al pensar que entre nosotros se había instalado una especie de confianza, que lo nuestro podía ser algo más que sexo. ¿Qué hacías conmigo, pudiendo tener modelos de portada expertas en satisfacer a un hombre? Debió de resultarte novedoso experimentar con una novata como yo.

—¿No has escuchado nada de lo que te he dicho? —Rodeó la cama para acercarse a ella y la cogió por los hombros—. No quiero que te vayas, no deseo que lo nuestro termine. Sé que debería habértelo dicho antes, pero en mi defensa diré que no te esperaba, que llegaste a mí sin avisar, tan diferente al resto de las mujeres que había conocido. No tenía ni idea de cómo actuar contigo porque jamás había tenido nada parecido con ninguna mujer —Mario apoyó su frente en la de Clara y cerró los ojos—. Haces que me sienta tan bien cuando estoy contigo... Extraes lo mejor de mí y creo que soy mejor persona desde que estás a mi lado. Quiero que formes parte de mi vida, siempre y cuando tú desees que yo forme parte de la tuya.

Mario abrió los ojos para ver una solitaria lágrima cayendo por la mejilla de Clara.

—Claro que deseo seguir contigo —Mario la abrazó y hundió el rostro en su maravillosa melena—. No hay nada que desee más en el mundo. ¿Crees en el destino?

—¿Cómo dices? —preguntó ligeramente divertido.

—Siéntate, que ahora soy yo la que tiene que explicarte algo.

—De acuerdo, pero ahora no estarás al otro lado de la habitación.

Mario se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y tiró de Clara para sentarla sobre él, apoyándole la cabeza sobre su pecho.

—Ahora ya puedes contarme lo que quieras.

—¿Recuerdas haber salvado a una niña de ahogarse en la playa hace dieciséis años?

Mario se quedó muy quieto. Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquello, como si su vida contara a partir de que Rebeca se marchara. Pero sí lo recordaba. Recordaba ver a una preciosa niña rubia que, cuando coincidían en la playa, se fijaba en que siempre jugaba sola. Y gracias a haberse fijado en ella, no la perdió de vista el día en que las olas quisieron llevársela hacia el fondo del mar.

De pronto, Mario giró la cabeza de Clara para que lo mirase a los ojos.

—¿Eras tú, Clara?

—Sí, era yo. Me salvaste la vida aquel día, aunque mi mente haya tenido ese recuerdo escondido todo este tiempo.

—¿Tal vez por eso reaccionaste así en la playa aquella noche?

—Creo que sí. Y también creo que, aunque no lo recordara, mi memoria sí lo hacía a través de mis sueños.

—¿Qué sueños?

—Soñaba contigo. Todavía sueño contigo.

—¿Antes de conocerme?

—Sí. Por eso la primera vez que te vi en el ascensor sentí una especie de pánico. Aunque, el día que me salvaste —otra vez— de

que me atropellaran, sentí un deseo irracional por conocerte.

—Vaya, y yo que pensé que no habías podido resistirte a mi encanto.

—Eso también, tonto. Sentí una atracción tan fuerte que me lancé de cabeza a cualquier proposición que quisieras hacerme —Mario le rozó la mejilla con los nudillos y ella le miró a los ojos—. ¿Qué piensas de todo esto?

—No lo sé, Clara. Te recuerdo de pequeña. Eras una niña preciosa. Y recuerdo el pánico que sentí al verte desaparecer bajo el agua. Y lo mismo que tú, sentí esa fuerte atracción cuando te conocí. ¿Destino? ¿Azar? Solo puedo agradecerle eternamente a quien quiera que te haya puesto en mi camino para poder conocerte. Siento que te hayas tenido que enterar de esta manera de mi pasado. Te prometo que pensaba decírtelo. Aprovecho para aclararte que este fin de semana no me fui por motivos de trabajo. Fui a visitar a mi hermana a Tarragona, ya que mi hija estaba en un camping cercano con sus amigas. Durante todo el tiempo me sentí culpable por haberte mentido. No volveré a hacerlo, Clara. No quiero más secretos entre nosotros.

—Pues este es el momento idóneo para confesar alguno de sus secretos inconfesables, señor Climent —Clara se incorporó e hizo la pose con la mano como si fuera un micrófono—, excepto los relacionados con mujeres o su destreza sexual, que no nos interesan en absoluto.

—Bien, veamos —sonrió él—, en primer lugar, no ha habido tantas mujeres como la gente se piensa, y mi destreza sexual deja mucho que desear, puesto que no me interesaba nada más que mi propia satisfacción.

—Vamos, que las trataba usted como a muñecas hinchables.

—Y ellas a mí, puestos a decir. Hasta que apareció una ninfa rubia, dulce y maravillosa, que no tengo ni idea de lo que ha hecho conmigo. Creo que me ha embrujado —sus ojos brillaron.

—Creo que más bien fue al revés, señor. ¿Algo más que añadir?

—Bueno —Mario se tornó más serio y dudó un momento, pero decidió expulsar cualquier secreto que pudiera guardar en su interior —, que casi nunca bebo alcohol porque mi padre se mató en un accidente de coche por conducir bebido.

—¡Oh, Dios, Mario, lo siento! Lo siento muchísimo. Me había fijado en que apenas bebes, pero como yo tampoco lo hago no le había dado mayor importancia —Clara se sentó a horcajadas sobre él para poder mirarle de frente—. Esto ocurre porque no sabía nada de ti. Espero que la cosa cambie a partir de ahora.

—¿Qué te parece —comenzó a decir Mario—, si nos empezamos a conocer más íntimamente? —la cogió por la cintura y rodó hasta quedar encima de ella.

—Me parece una buena idea, señor Climent.

Mario se quitó la ropa y la tiró al suelo y lo mismo hizo con la blusa y el pantalón de Clara. Comenzó a besarle los pechos sin quitarle el sujetador, pasando la lengua por sus pezones sobre el encaje blanco, hasta humedecer el suave tejido. Bajó por su estómago y repitió la caricia entre las piernas, besando su sexo a través de las finas braguitas. Clara se retorció de placer, deseando sentir la lengua del hombre sobre su piel desnuda, que ardía de deseo en cada centímetro de su cuerpo. Por fin, Mario le bajó las copas del sujetador para mordisquearle los pezones, duros como perlas, mientras le introducía la mano bajo las bragas y la deslizaba entre los húmedos

pliegues.

Ella no dejó de mover sus caderas rítmicamente mientras sentía su cuerpo sacudido por un fuerte orgasmo. Cuando la agonía del placer acabó de sacudir su sensible cuerpo, Mario la penetró liberando un fuerte gemido. Los sonidos del placer llenaron la habitación junto a los de las fuertes acometidas de Mario.

Clara no dejó de mirarle, mientras demudaba su expresión y se le tensaban los tendones del cuello, y estalló de nuevo, acompañándole, enfebrecidos los dos, hasta que yacieron jadeantes sobre la cama, todavía cubierta por los enseres de Clara, ahora diseminados sobre la cama y el suelo.

—¿Crees que empiezas a conocerme lo suficiente? —le preguntó Mario después, todavía revueltos entre las cosas de Clara.

—No sé —fingió Clara expresión de duda—. Creo que me gustaría conocerlo un poco más a fondo, señor.

CAPÍTULO 27

Al día siguiente, Clara terminaba con la última visita de la mañana en su consulta del gabinete. Ya eran las cuatro de la tarde y solo había comido algo rápido en el trabajo, pero no podía rechazar la primera visita de un niño, pues su madre estaba muy preocupada por su bajo rendimiento en la escuela. Se le había diagnosticado un Trastorno de Déficit de Atención y Clara le daba algunas consignas a la madre, como la motivación para eludir el aburrimiento, evitarle demasiados estímulos o, sencillamente, hacerle sentar cerca de su educadora para poder estar más atento, todo ello en coordinación con el psicólogo del colegio y la familia.

Ya despedía al niño y su madre, cuando una compañera se acercó a la puerta y le advirtió que venían a buscarla.

—¿A mí? —preguntó Clara, que no esperaba a nadie.

—Sí, a ti. Y ya nos contarás cómo es que viene a buscarte ese bombón de hombre.

—¿Mario? —Clara se quedó paralizada cuando lo vio girarse hacia ella, apoyado en el mostrador de recepción, mientras Julia, la recepcionista, babeaba frente a él —. ¿Qué haces aquí?

—He venido a buscarte —dijo con su voz profunda acercándose a ella. A Clara le pareció escuchar algún suspiro de fondo.

—Pero, ¿adónde vamos? —le dijo mientras se aproximaba a él

para que las improvisadas espectadoras no escucharan la conversación.

—A mi casa, a conocer a mi familia —le susurró él con los ojos brillantes de regocijo.

—¿Qué? Pero, ¿qué dices? Tendrías que haberme avisado. Me habría arreglado y mentalizado un poco más.

—¿Te parece que ayer me marqué un farol? Te dije que hace tiempo que tenía pensado que os conocierais. Así que ya puedes ir a por tu bolso que te espero. Y no te preocupes por tu aspecto. Estás preciosa, como siempre —y le lanzó una de sus penetrantes miradas que parecían acariciarla.

—Vuelvo enseguida.

Clara entró en el baño y observó su imagen en el espejo. Únicamente debía repasarse un poco el suave maquillaje y ahuecarse un poco el pelo, al fin y al cabo, ella misma reconocía que desde que estaba con Mario su rostro resplandecía y se veía más guapa que nunca. En cuanto a la ropa, tampoco era un problema, ya que procuraba ir cómoda al trabajo pero todo lo bien que le permitía su economía.

Así que debería de bastar el atuendo de ese día, consistente en un pantalón blanco ajustado, una vaporosa blusa atada al cuello en color rosa palo y unas sandalias plateadas. Se echó unas gotas del perfume que tanto le gustaba a Mario e intentó aparentar tranquilidad.

Cuando llegaron al edificio donde vivía Mario, Clara intentó no sorprenderse por la calidad y la clase que la rodeaba. Al entrar en el salón, pese a su gran tamaño, admiró lo acogedor que resultaba, con muebles de líneas modernas pero con el toque cálido de la madera

en el suelo y el techo, y una gran chimenea cerrada frente a dos amplios sofás. Había estanterías con libros, bonitos cuadros en las paredes y flores naturales que anunciaban presencia femenina en la casa. Pero lo que más le llamó la atención fue el enorme ventanal que dotaba de una impresionante luz natural a la estancia, y la bonita escalera con barandilla metálica que llevaba a la planta superior.

Una mujer, de unos sesenta y cinco años, con el pelo totalmente blanco pero con un moderno y favorecedor corte, se aproximó a ella, haciendo tintinear las joyas que llevaba al cuello y las muñecas.

—Mamá, ella es Clara. Clara, ella es Ester, mi madre.

—Hola, cariño —saludó la madre dando dos besos a Clara. Tenía los mismos ojos grises de su hijo, aunque un poco más cálidos—. Teníamos muchísimas ganas de conocerte en esta casa. Te estoy muy agradecida por ser la responsable de que mi hijo sonría más a menudo.

—Veo que no soy la única en apreciar sus sonrisas.

Mientras todos sonreían, bajaba por las escaleras una chica haciendo oscilar su pelirroja cabellera alrededor de un bonito rostro con unos llamativos ojos azules. Clara sintió un momento de aprensión al comprender que sería el vivo retrato de su madre, y Mario siempre la tendría presente con solo mirarla.

Al llegar abajo, Mario la cogió por los hombros frente a Clara y se la presentó con aura de padre orgulloso.

—Marta, cariño, te presento a Clara. Clara, mi hija Marta.

—¡Hola, Clara! —Y se echó sobre ella en un cariñoso abrazo—. Eres la novia de mi padre, ¿verdad?

—Pues... —Clara miró a Mario buscando su ayuda.

—Por supuesto, Marta. Sino no la habría invitado a casa.

—Uf, Clara —se le dirigió la chica como una confidente—, acabas de terminar con las esperanzas de mi tutora del curso, mi profesora de francés, un par de madres de mis amigas...

—¡Marta! —La riñó su abuela—. ¿Qué va a pensar Clara?

—Abuela, no es ningún secreto que mi padre atrae a las mujeres. ¿Por qué crees que mis profesoras siempre me están pidiendo una entrevista con mi padre pese a lo bien que me va? —Miró divertida a Clara—. Las pobres se llevan una decepción cuando aparece mi abuela.

—Marta... —la reprendió su padre. Lo único que tenía que hacer era mirarla fijamente y su hija sabía que debía hacerle caso.

—No pasa nada, Mario —intervino Clara—, tu... belleza masculina es algo con lo que he aprendido a vivir —y puso los ojos en blanco.

—¿Qué os parece si venís a cenar esta noche? —preguntó Ester.

—Nos parece bien, mamá, pero antes Clara y yo tenemos algo que hacer. Hasta luego.

—¿Adónde vamos? —preguntó Clara durante el camino.

—Ahora vamos a tu casa.

—¿A mi casa?

—Una vez que hemos empezado, lo haremos bien.

Cuando entraron en el edificio donde vivía con su familia, Clara fue consciente de las diferencias que existían entre ella y el hombre que caminaba a su lado.

—Después de estar en tu ático, esto debe de parecerse otro mundo.

—Clara —Mario se puso frente a ella—, ya no estamos en una

época en que prime la diferencia de clases. Y aunque así fuera, yo no nací rico, todavía tengo que ir a trabajar cada día —la miró directamente a los ojos—. Nunca, ¿me oyes?, nunca te sientas inferior a nadie por tener menos dinero.

—Tienes razón —levantó ligeramente la barbilla—. Me siento muy orgullosa de lo que ha hecho mi madre por nosotros, de la familia que tengo y de la vida que he tenido.

—Esa es mi chica —Mario le dio un sonoro beso en los labios y los dos rieron divertidos, y asombrados de la reacción desenfadada de él.

—Cuidado con esas expresiones joviales o voy a dejar de tenerte miedo.

—¿Acaso me has tenido miedo alguna vez? —preguntó Mario alzando una ceja.

—Pues... no. En realidad era miedo de mi propia reacción a ti.

—No es momento de decirme esas cosas, bruja.

—Ya me han llamado eso muchas veces.

—¿Bruja? ¿Por qué?

—Por tener sueños y premoniciones.

—Mientras sueñes conmigo y augures que estarás conmigo, por mí como si te veo volar en una escoba.

Bromeando y sonriendo, entraron en casa de Clara. Hasta la entrada llegaba el aroma de la cocina, donde Maite horneaba unas magdalenas para la sesión de esa tarde, donde volvería a probar sus productos con sus amigas.

—¡Clara, estás aquí! ¿Quieres una magdalena recién...? —Se paró en seco al advertir la presencia de Mario—. Hola, Mario, me alegro de verte —le dio un afectuoso abrazo—. Nunca he tenido la ocasión de

agradecerte sinceramente lo que hiciste aquel día por nosotros.

—No se preocupe —dijo mirando de reojo a Clara—, me siento recompensado con creces por haberla conocido.

—Me alegro de que el destino o quien sea os haya puesto en el mismo camino.

—Yo también —y ante el asombro de madre e hija, Mario le plantó un suave beso en los labios a Maite, algo que no pudo evitar hacerla sonrojar a pesar de su edad.

—Y ahora —dijo Mario como si nada—, le aceptaría una de esas magdalenas recién hechas que tienen una pinta estupenda —y relajados, rieron los tres.

Al volver a casa de Mario, descubrieron que su madre y su hija “casualmente” habían salido. Marta y Ester pasaban mucho tiempo en casa de Lidia, la mejor amiga de Marta, ya que las abuelas también eran antiguas conocidas. Lidia había vuelto rápidamente del camping al enterarse de lo que le había hecho su primo a Marta y así poder estar a su lado.

Mario descubrió encantado que su madre les había dejado la cena preparada.

—Estoy famélico. ¿Te apetece risotto para cenar con tarta de chocolate de postre?

—Me encantaría. Pero, ¿puede saberse dónde metes todo lo que comes, que has devorado las magdalenas de mi madre?

—Hago mucho ejercicio —y clavó en ella su mirada más sensual. Clara pensó que, si siempre había utilizado esa mirada con las demás

mujeres, no le extrañaba que se sintieran atraídas como un imán. Al fin y al cabo, ella no había sido más inmune que cualquiera.

—¿Podemos cenar aquí mismo, en la cocina? —preguntó Clara para centrarse.

—Claro. Yo mismo serviré.

Cenaron relajadamente, como parecían encontrarse cada vez más, sintiendo cada vez más complicidad. Los últimos acontecimientos no habían servido sino para afianzar el amor que Clara sentía por él. Cuando había visto juntos a padre e hija, y el cariño que se profesaban, pensó que le quería aún más que antes, y comprendió perfectamente que él hubiese querido mantenerla al margen de habladurías o mujeres aprovechadas.

Había demostrado ser un buen padre y un buen hijo, y eso lo convertía a sus ojos en el hombre más maravilloso que hubiese conocido.

Después de chuparse los dedos de chocolate el uno al otro, Mario la cogió de la mano y la condujo escaleras arriba para dirigirse a su dormitorio. Clara sintió curiosidad por ver un territorio tan suyo, tan íntimo y personal. Se sorprendió gratamente al comprobar que no fuera tan sobrio como esperaba, sino, elegante, moderno y con un toque desenfadado proporcionado por el blanco y el negro. La gran cama se situaba ante un gran ventanal que ocupaba toda la pared. Todo estaba pulcro y ordenado, y se sintió un tanto extraña allí, observando. En un impulso abrió lo que supuso era la puerta del vestidor, y unos focos se iluminaron automáticamente. Clara entró y, bajo la atenta mirada de Mario fue rozando con su mano la larga hilera de camisas y trajes.

—Es extraño estar aquí.

—¿Por qué?

—No sé. Me parece estar invadiendo tu intimidad.

—Eso tiene fácil solución. Pasa la noche aquí, conmigo.

—¿Esta misma noche? No puedo, no tengo ropa.

—Mañana iremos temprano a buscarla.

—Ni cepillo de dientes.

—Tengo nuevos en el armario del baño.

—Veo que tienes respuesta para todo.

—Relájate —Mario la acercó a su cuerpo—. Debes de saber que eres la segunda mujer en probar esta cama.

—¿La segunda? —Clara apretó los dientes y cerró los puños, dispuesta a estampárselos en su bonita cara por recordarle semejante “privilegio”.

—Si cuentas a una pequeña pelirroja que, hasta hace poco, trepaba por la colcha para dormir un rato a mi lado los días de fiesta.

—Cuidado con ir contando eso por ahí —sonrió más relajada— o algunas mujeres huirán despavoridas.

—Hay quien dice que un hombre que sea padre liga más. Fíjate en algunos con sus carritos en el parque. Las mujeres se les acercan como abejas a la miel.

—¿Eso hacías tú con tu hija?

—Sabes que no.

—Engreído. Lo que pasa es que tú no necesitas de ninguna táctica para conseguir que cualquier mujer te desee. Lo único que necesitas es mirarla y la pobrecita ya no tiene escapatoria.

—¿Y tú? ¿También me deseaste en cuanto te miré? —comenzó a decirle mientras acercaba su boca a un milímetro de la suya.

—Te deseé antes de conocerte. En mi sueño me besabas hasta hacerme despertar ansiosa de mucho más. Y cuando te conocí, deseé ese más.

—¿Te besaba en tu sueño? ¿Así? —Mario comenzó a besarla suavemente, sin prisas, saboreando su dulce boca—. Me siento como si llevara siglos sin besarte —y siguió haciéndolo, ahondando cada vez más, como si no se cansara nunca de besarla y tuviera todo el tiempo del mundo.

Los besos de Mario hacían que el cuerpo de Clara se encendiera, resurgiera, como si antes de probarlos hubiese estado sumergida en un largo letargo. Ella le correspondió, sin la timidez del principio, impregnando su lengua con su sabor, concentrando todos sus sentidos en ese beso. Extrañamente, ninguno intentó ir más allá, sin llevar las manos más lejos que el pelo o los hombros, absortos los dos en las sensaciones que les provocaba la boca del otro.

Tras varios minutos, Mario observó con satisfacción los labios húmedos e hinchados de Clara, mientras, sin que ésta se diese cuenta apenas, la había desnudado y se había desnudado él mismo para guiarla hacia la gran cama. La depositó en ella y la cubrió con su cuerpo para poder besarla, tocarla, y hacerle el amor como siempre, pero al mismo tiempo de una forma diferente. Sintió una intensa emoción que le traspasó y llegó directamente al alma de Clara, que percibió ese sentimiento convulso en la forma en que Mario le hacía el amor esa noche.

—Te quiero —ya no pudo reprimir esas palabras en su corazón por más tiempo.

Mario dejó de embestir unos segundos. Miró a Clara, y sus ojos grises reflejaron sorpresa, conmoción y algo parecido al anhelo. Rápidamente continuó con sus acometidas, aún más intensas y febriles.

—Repítelo —gimió sin dejar de moverse.

—Te quiero —repitió Clara apenas sin fuerzas debido al placer que comenzaba a experimentar su cuerpo.

—¡Otra vez! ¡Di mi nombre!

—¡Te quiero, Mario! Te quiero —y su cuerpo mezcló las palabras y las convulsiones del placer.

Nada más escuchar la última confesión, Mario alcanzó el orgasmo y cayó sobre Clara, para luego rodar a su lado como solía hacer siempre. Clara sentía su corazón martillearle en el pecho, como siempre, después del placer experimentado, pero esta vez, por otro motivo más.

Se sintió nerviosa y preocupada por lo que Mario pudiese pensar sobre su revelación, y por si sería ese el momento en el que decidiría librarse de ella, al sentirse atrapado en una relación demasiado seria para ella y no lo suficiente para él.

—Mario, escucha, yo...

—¿Es realmente lo que sientes, o solo ha sido la pasión del momento? —la interrumpió.

Clara se lo pensó durante un segundo. Podría mentirle, decirle que había sido una tontería y así reírse los dos, comportándose como una cobarde, o enfrentarse a ello de frente, como siempre solía hacer.

—Es lo que siento, Mario. Te quiero. Te quiero desde el principio.

Lo siento si es algo que te incomoda o molesta. Tú decides si quieres continuar o...

—Chsst —Mario le puso un dedo en los labios—. No me molesta, Clara. Todo lo contrario. Ser el destinatario de tu amor es el mayor privilegio para un hombre que, en realidad, no se lo merece. Es más de lo que nunca imaginé que tendría con una mujer.

Los ojos de Clara derramaron lágrimas contenidas, de alivio al sentir aquellas palabras. Tal vez su amor no fuera recíproco, pero no le importaba. Ella sentía y tenía para ofrecer suficiente amor por los dos.

CAPÍTULO 28

Dicen que la felicidad completa no existe, pero sí pequeños momentos de felicidad, y de ellos hubo muchos en esa época de la vida de Clara. Con Mario, con su familia, sus amigos... Nada más conocer a la familia de Mario, Clara se lo contó a su madre y a su amiga Núria, con quien quedó una mañana para ir a desayunar. Al llegar se la encontró con Sergio.

—Hola, Clara —la saludó con dos besos—. Yo ya me iba, así podéis quedaros vosotras con vuestras cosas.

—No, Sergio, espera. Puedes quedarte mientras hablo con Núria — la pareja se miró algo extrañada, pero dejaron que hablara.

—En estos últimos días me han pasado muchas cosas y he sentido diferentes emociones, desde la mayor euforia hasta la más honda depresión —paró un instante—. Me enteré que Mario tenía una ex mujer y una hija adolescente —Núria abrió sus ojos y su boca, aunque no salió una palabra de ella—. Mi primera reacción fue irme lejos y no volverle a ver, pero me explicó el motivo de su silencio y, no solo le creí, sino que me pareció que había hecho lo correcto, sobre todo para su hija. He conocido a su madre y su hija, que son encantadoras y me han aceptado sin preguntas —ante las caras interrogantes de sus amigos, Clara continuó—. Estos días también dediqué un tiempo a pensar en vuestro caso. Pensé en cómo Sergio

arriesgó tanto por proteger a su hijo, aun sin haber nacido. Sabiendo que tú te enfadarías o lo dejarías, no podía permitir que un hijo suyo viviera sin la protección o el cariño de un padre. Y creo que fue una decisión valiente y admirable. Yo misma, al contemplar a Mario con su hija y el amor que se profesan, todavía le quiero más.

—Gracias, Clara —le dijo su amiga—. Sabes que te queremos mucho y te agradecemos que nos expliques algo que únicamente puede contribuir a que sienta más amor por Sergio —le cogió la mano a su amiga—. Ojalá te vaya bien con él, te lo mereces. Recuérdale a *Súper Mario* que todavía puedo echarle un mal de ojo —y los tres rieron felices, como si gran parte de los males del mundo hubiesen acabado por tener esa conversación.

También siguieron buenos momentos con su amigo Álex, con quien seguía manteniendo el contacto, además de seguir asistiendo a alguna entrevista más con famosos. Ya no temía encontrarse a ninguna ex de Mario. Es más, si volviera a ocurrirle, le tiraría su copa a su operada cara y le gritaría bien fuerte que ahora Mario era suyo, y que había perdido su oportunidad.

Frunció un momento el ceño al recordar que nunca le había comentado nada a Mario sobre las entrevistas de Álex, pero le quitó importancia. Estaba casi convencida de que a Mario no le gustaba mucho su amigo, así que ya se lo contaría cuando surgiera el tema.

En su casa todo iba fenomenal. Su madre y Jordi cada vez pasaban más tiempo juntos, y sus hermanos, aunque adolescentes con las hormonas alteradas, seguían siendo la alegría de la familia.

Otro de los momentos felices para Clara era cuando iban de visita a

casa del padre de Mario. Disfrutaba mucho de las conversaciones que mantenían los tres después de la sobremesa, y le encantaba aquella casa, el pueblo y la playa, donde había vuelto a disfrutar de alguna noche memorable, pudiendo después darse un refrescante baño en aquellas aguas sin el más mínimo temor o mal momento.

Uno de los pocos lugares donde Clara aún o se había visto a solas con Mario era en su propia casa, hasta un día en que ella lo llamó para decirle que no podían verse porque no se encontraba bien, pues le dolía la cabeza y la garganta.

No pasaron ni veinte minutos, cuando sonó el timbre de la puerta y Clara se levantó a abrir.

—Oh, no, Mario, ¿qué haces aquí? Mira que pinta tengo —Clara señaló su pelo revuelto, su cara pálida y el pijama rosa con mariquitas que llevaba puesto.

—Vuelve a la cama —la cogió de un brazo y la llevó de nuevo a la habitación—. ¿Crees que no deseo verte a no ser que estés guapa y dispuesta para mí?

—Lo único que creo es que te voy a contagiar un virus —se lamentaba apesadumbrada mientras se metía en la cama y Mario la tapaba cariñosamente hasta la cintura.

—No me vas a contagiar nada. No recuerdo haberme puesto enfermo hace años —se sentó en el filo de la cama y de pronto reparó en el acompañante de cama de Clara—. ¿Y este quién es?

—Este es Nen, mi gato —como si reconociera su nombre, se acercó a Clara y se acurrucó junto a ella, cerrando inmediatamente los ojos para continuar con el sueño interrumpido—. ¿No te gustan los gatos?

—No lo sé. No entiendo mucho de gatos ni otras mascotas. Nunca he tenido ninguna, siempre he estado muy ocupado.

—Pues a mí me encantan los animales, sobre todo los gatos —la joven acompañaba sus palabras con las lentas pasadas de sus manos sobre el pelaje del animal—. Siempre he pensado que mi casa, en un futuro, debería tener un mínimo de espacio para poder tener varios gatos.

—¿Y si te casaras con alguien a quien no le gustaran?

—Ningún problema, porque no pienso casarme.

—¿Por qué? Es decir, en mi caso es obvio, pero ¿y tú?

—No creo en el matrimonio. Mira mis padres, los tuyos o tú mismo.

—Creía que algún día querrías casarte. No sé, te imaginaba haciéndolo en algún momento de tu vida, no como una solterona en una vieja casa repleta de gatos.

—Pues así me veo yo. Y ahora, ¿por qué no te vas a tu despacho a alguna reunión importante, en lugar de estar aquí, con una pobre enferma y su gato?

—Puedo quedarme para cuidarte.

—No, Mario, vete, por favor. Mañana estaré mejor.

—Está bien, pero antes —Mario se sacó los zapatos y los dejó caer, para tumbarse junto a Clara en el poco espacio que ofrecía aquella pequeña cama— voy a besarte aquí, en tu cama. Creo que es uno de los pocos lugares que nos quedan para hacerlo.

—Ni hablar. No estoy en condiciones de hacer nada contigo.

—Lo único que te estoy pidiendo es un beso, que siempre estás pensando en lo mismo —bromeó.

—Mario, sabes bien que cuando empezamos no podemos parar.

—Esta vez sí, te lo prometo, aunque solo sea porque no te

encuentras bien —la miró con ternura y le puso la palma de la mano sobre la mejilla—. Soy capaz de refrenarme, no voy a abalanzarme sobre ti —y le dio un tierno beso en los labios.

—Pensándolo bien —dijo Clara con una sonrisa juguetona—, nunca me he traído a un chico a casa para meterlo en mi habitación, como hacían casi todas las chicas del instituto.

—¿Nunca te has dado el lote en tu habitación con ningún chico?

—Pues no.

—Bien, pues eso se puede solucionar. Comencemos.

—¿A qué?

—A darnos el lote.

—Y se supone que tú eres el mayor, el serio, un respetable e importante empresario...

Mario le tapó la boca con la suya y ya no pudo seguir hablando. Allí, sobre su cama, con el pelo alborotado y su piel caliente, Clara le pareció el bocado más tierno y apetecible, incluso con su infantil pijama y rodeados de muñecos, libros y fotografías.

Aunque pudiera parecer extraño, únicamente le apetecía tenerla entre sus brazos, sentir su olor y su calor, y besarla rozando únicamente sus labios. Saber que no se encontraba bien, provocaba en él el deseo de protegerla y cuidarla. El sexo con ella era lo mejor del mundo, pero ya no era lo único que quería de ella. Quería... no, necesitaba sus sonrisas, su carácter bondadoso y apacible, su mirada serena, su alegría por las cosas más sencillas, su determinación frente al dolor de los más débiles... y su amor.

La necesitaba a ella.

CAPÍTULO 29

Tal vez el destino se había encargado de unir a Mario y a Clara, o tal vez alguna otra fuerza invisible, llámese hado, ventura o azar. Cualquiera que fuese el nombre, también se había encargado de poner trabas y obstáculos en su camino, ya complicado sin necesidad de esforzarse. Y seguiría poniéndolos a prueba, a pesar de que parecían ser cada uno la mitad de un todo, honor al que solo aspiran unos pocos.

Beatus ille...

El verano había llegado a su fin, dando un respiro al calor que había dominado la mayoría de los días del periodo estival, y dando paso a septiembre, mes de pausa, de final de la diversión, principio de algo nuevo, con días de playa o de abrigo, de sombrilla o de paraguas, y vuelta al calor, con el *veranillo de San Miguel*.

Durante esos calurosos días Mario se encontraba en la ciudad de Lisboa. No recordaba cuándo había sido la última vez que había estado tantos días separado de Clara.

En su habitación del hotel, ante la pantalla de su portátil, repasaba su correo, nuevos proyectos o fechas importantes. Demasiadas cosas al mismo tiempo, cuando su cabeza bullía con una nueva idea, no

relacionada con su empresa, que ocupaba su vida hasta hacía muy poco, sino, con otra parte de su vida. Una parte que tenía su base de operaciones en su propio corazón y que había mantenido inoperante y cerrada durante demasiado tiempo. Hasta que alguien maravilloso a quien no esperaba, se encargó de agitar su varita mágica y de abrir esa puerta que jamás nadie había osado intentar abrir. Por fin reconocía, y sin ningún temor o remordimiento, que se había enamorado. Quería a Clara como nunca creyó posible querer a ninguna mujer.

Llevaba muchos años pensando que ese sentimiento le estaba vetado. Realmente, era la primera mujer a la que amaba, por eso no había reconocido los sentimientos que le embargaban cada vez que estaba con ella, que sentía su voz, cuando miraba su rostro y ella le obsequiaba con una bella sonrisa.

Sentía pesar por no habérselo dicho antes, cuando ella le confesó su amor, pero solo podía alegar desconocimiento del tema. A pesar de su experiencia con las mujeres, el amor nunca había formado parte de ninguna relación. Ni siquiera quiso nunca a la madre de su hija.

Inquieto, salió a dar una vuelta para huir de la opresión que le provocaba estar en aquella habitación. Caminó por una concurrida avenida, repleta de tiendas, restaurantes y teatros, y sus pasos lo llevaron directamente ante el escaparate de una joyería.

Recordó aquella discusión con Clara y su negativa tajante a aceptar una joya como regalo, y ya en ese momento supo que era distinta a cualquier mujer.

Entró en el interior del establecimiento y le pidió al joyero que le

mostrara anillos de compromiso. El hombre le mostró una extensa gama de anillos que a Mario no le decían nada y le pidió algo más especial. El hombre volvió a mostrarle un muestrario, esta vez más escueto pero más exclusivo, y Mario no dudó en posar sus dedos sobre un anillo de Cartier de platino, con diamantes engarzados sobre motivos florales que le daban un aire muy femenino y delicado, perfecto para lucir en la mano de Clara.

Mario no vaciló en comprárselo, aun sin saber bien qué argumento utilizaría para que ella lo aceptara, tanto al anillo como a él.

Cuando volvió al hotel continuó con su trabajo y preparando la próxima reunión con los nuevos ingenieros. Se sintió mucho mejor, con el coraje, la energía y el ánimo suficiente para enfrentarse a cualquier situación.

A la vuelta del viaje de su jefe, se encontró Elisa ante la mayor disyuntiva de su vida. Sentada en su lugar habitual de trabajo, tenía ante sí el objeto que le había quitado el sueño durante las últimas noches: un sobre.

Elisa lo miraba con aprensión, sin atreverse a tocarlo, como si temiese que explotara en cualquier momento entre sus dedos. Dentro de ese sobre había algo que podía cambiar la vida de su jefe, al que veneraba y estimaba sinceramente.

Llevaba muchos años observándolo lo suficientemente cerca como para advertir el cambio que había sufrido en los últimos meses. Un cambio a mejor, y a causa de una mujer. Y ahora ella, que no era más que una secretaria, tenía el poder de cambiar el futuro de esas

personas. Podía sencillamente introducir el sobre en la trituradora de papel, pero no serviría de nada. Bastante trabajo le había costado que el autor de semejante desastre le entregara el sobre a ella directamente.

Aferró fuertemente el sobre, se levantó de su silla y se colocó ante la puerta del despacho. Inspiró fuerte y se dispuso a tocar a la puerta.

Si acababa siendo una catástrofe, prefería que se enterara por ella y no por un avaricioso desconocido.

La llamada en la puerta y el rostro preocupado de Elisa, le hicieron a Mario fruncir el ceño. No solía ser habitual ver a su secretaria irrumpiendo en su despacho de esa forma.

—Señor Climent, ¿tiene un momento? Es importante.

—Claro, Elisa, pasa, por favor.

Hacía mucho tiempo que Elisa no se encontraba titubeante y nerviosa ante su jefe y eso le alertó.

—¿Qué ocurre, Elisa? ¿Hay algún problema?

—La verdad es que sí, pero no relacionado con la empresa.

—¿Le ha pasado algo a alguien de mi familia? —Mario sintió un pánico mortal.

—No, no, estese tranquilo. No le ha pasado nada a nadie —la mujer inspiró—. ¿Recuerda cuando me encargó que averiguara algunos datos sobre Clara Cabanell?

—Sí, claro —Mario sintió un incómodo desasosiego.

—Verá, para conseguir información recurrí, como siempre, a sus

hombres de confianza. Me ayudaron con el caso de Clara, con profesionalidad, pero parece ser que esta vez contaron con la colaboración adicional de otra persona que maneja el tema de la fotografía —señaló el sobre, en el cual Mario reparó por primera vez—. Esta persona creyó descubrir un posible filón si continuaba siguiendo a Clara y por eso me ha enviado estas fotografías, suponiéndole a usted interesado en pagar por ellas.

Mario introdujo su mano en el misterioso sobre y extrajo las fotografías. Su corazón comenzó a latir fuertemente para, nada más ver las imágenes allí expuestas, dejar de hacerlo. Sintió un gélido frío expandirse por todo su cuerpo hasta causarle dolor. Allí estaba Clara, con el hombre joven del centro comercial, en actitud romántica y cariñosa. Aunque el dolor en el pecho había sido provocado por la imagen de ellos dos juntos entrando en un hotel y otras saliendo de él. Justo al final, se adjuntaba una especie de informe, donde se especificaban las fechas y las horas. Al parecer, Clara y el hombre se encontraban una vez por semana, entraban, y salían al cabo de dos o tres horas. Se podía apreciar perfectamente cómo iban abrazados, sonrientes, e incluso besándose. Mario sintió repulsión, a la vez que furia y una profunda desesperanza.

—Las he llevado al técnico y son originales. No son un montaje —dijo Elisa en voz baja.

—Entiendo. ¿El dinero que te pide es razonable? —consiguió que su voz sonara desapasionada y fría.

—No es mucho, señor Climent. No es más que un vividor con muchas ganas de fiesta.

—Dale lo que creas conveniente por la tarjeta. Ya hablaré yo con

los responsables de esto.

—No se preocupe, haré lo que me pide. Y lo siento muchísimo. Pensé que sería mejor que le informara yo misma —la secretaria parecía mortificada.

—Tranquila, no voy a matar al mensajero. Puedes irte.

—Sí, señor Climent.

Mario se quedó un rato observando las fotografías que salpicaban su mesa. La misma mesa donde le había hecho el amor a Clara hasta hacerla llorar de placer. La misma mujer que dijo amarlo a pesar de sus muchos defectos y su turbio pasado, y que él creyó amar.

Ahora la odiaba. Por su traición, por haberle hecho creer de nuevo en el amor y la esperanza, y porque ahora, por culpa suya, sería aún peor persona que antes de conocerla.

Tranquilamente, recogió todo el material, lo devolvió al sobre y lo guardó bajo llave en un cajón de su mesa. Todavía sentado, giró el sillón hacia la ventana, se recostó en él y cerró los ojos para no apreciar la belleza de la puesta de sol que ofrecía el cielo en aquel instante preciso. Inmediatamente, sintió cómo le cubría una fría y dura capa de hielo, despojándolo de todo sentimiento hacia esa mujer.

¿Cómo pudo pensar que ésta era diferente?

No era más que otra aprovechada, que se ponía la máscara de chica buena, lo que la hacía aún más falsa y despreciable que las demás.

Pero no volvería a caer. La primera vez era todavía muy joven y ella estaba embarazada, y esta última vez lo habían pillado desprevenido. Pero como no hay mal que por bien no venga, de esto saldría fortalecido. A las mujeres las seguiría utilizando, como había hecho

durante todos estos años, lo mismo que ellas a él, así no habría ningún tipo de riesgo ni reproche.

El profundo dolor que se había instalado en su pecho apenas hacía unos minutos pareció disiparse. Su corazón se volvió a cerrar, herméticamente.

Esta vez, para siempre.

CAPÍTULO 30

Clara iba corriendo, tropezando con la gente como siempre, pero sin dejar de pedir disculpas, sonriendo feliz por las enormes ganas que tenía de ver a Mario. Debido al trabajo habían estado separados lo que le parecía una eternidad.

Sabía que había regresado el día anterior, pero le había parecido mejor darle un margen de tiempo para ver a su familia y poder quedar al día siguiente sin agobios, con toda la tarde y la noche para ellos dos.

Le había parecido un tanto extraño su último mensaje, citándola en el despacho en lugar de hacerlo en el apartamento. Supuso que ese viaje le habría cargado de trabajo extra, pero que, deseoso de verla, la citaba en su despacho y así tener una excusa para marcharse.

Entró, saludó a Elisa, quien más seria que de costumbre, le dio permiso para entrar en el despacho. Cuando Clara asió la brillante maneta de la puerta, tuvo una especie de premonición. Sintió algo parecido al miedo, mezclado con una pizca de desasosiego y mal augurio.

Al entrar y fijarse en la expresión de Mario, tuvo una horrible certeza. Su hermoso y familiar rostro estaba envuelto por unas oscuras sombras, semejantes al muro que ella detectó cuando le conoció y que le mantenía alejado. Aunque parecía esbozar una

sonrisa, tan extraña y perversa que la desconcertó.

—¿Mario? ¿Va todo bien? ¿Por qué me has citado aquí?

—Sí, todo va bien, pero debía hablar contigo y me pareció mejor hacerlo aquí —Mario se entretenía recolocando los objetos que tenía sobre la mesa.

—¿Hablar conmigo? ¿Sobre qué?

—Verás, Clara —le costó pronunciar su nombre, que solo le dejaba amargura en la boca—, han sido muchos días fuera. He estado varias veces en esa ciudad a lo largo de los años y tengo muchos conocidos allí, así que me fue fácil volver a coincidir con una vieja amiga —se tocó distraídamente los gemelos y se tiró de los puños de la camisa—. Hemos estado juntos estos días.

A Clara se le nubló la visión, pero, incomprensiblemente, se mantuvo totalmente quieta, estática, como un poste que aguanta las embestidas de la tormenta.

—Cuando dices estar juntos, ¿te refieres a acostarte con ella? —le susurró.

—Sí, no voy a mentirte. En cierto modo, esto nos ha ido bien a los dos, puesto que me ha hecho darme cuenta de que lo nuestro duraba ya demasiado y ya iba siendo hora de darnos un respiro, ¿no te parece?

Clara no contestó. Ni siquiera podía sentir un hálito de vida en su entumecido cuerpo. Lo que no pudo evitar fue que de sus ojos comenzaran a caer gruesas lágrimas, que rodaron por su rostro y cayeron sobre el pulido suelo.

—No sé qué es lo que te molesta —le dijo él con indiferencia,

puesto que sus lágrimas no le suscitaban emoción alguna—. Sabes que no soy hombre de una sola mujer. Esto tenía que ocurrir más tarde o más temprano. Me gusta cambiar y aunque lo nuestro ha resultado bastante interesante, necesito otras cosas, que tú no me puedes dar.

Clara creyó que ya no podría soportar una humillante palabra más de su boca. Iba a darse la vuelta para marcharse cuando él la llamó por su nombre y por un instante tuvo la estúpida esperanza de que todo hubiese sido una pesadilla. Pero al volverse y seguir contemplando ese rostro petulante y desagradable, supo con seguridad que todo era real.

—Un momento, Clara, espera —sacó un talonario de un cajón, lo rellenó, lo firmó y se lo ofreció—. Toma, cógelo. Por las molestias o gastos que te haya podido ocasionar.

Por simple instinto, Clara alargó la mano y tomó el cheque. Leyó la insultante cifra allí reflejada y pensó durante un diminuto instante, en cómo esa cantidad de dinero la podría ayudar a ella y a su familia en el futuro. Cerró la mano hasta formar un puño con el cheque en su interior, y cuando formó una arrugada bola la dejó caer sobre la mesa. Le lanzó a Mario una última mirada de ira y dolor y se giró hacia la puerta para irse de allí lo antes posible. Corrió hacia el ascensor y cuando se encontró dentro se dejó caer hasta el suelo, abrazándose a sí misma, sin dejar de llorar un solo instante. Ni vio cómo se abrían las puertas hasta que el vigilante del vestíbulo principal se acercó y se dirigió a ella.

—Señorita, ¿se encuentra usted bien?

Clara se levantó como si despertara en ese momento y siguió corriendo hasta el primer taxi que había estacionado en la parada más cercana. Su cuerpo y su mente no podrían soportar la pequeña odisea que suponía volver a casa en autobús.

En el interior del vehículo, a la ira y el dolor que había sentido se le sumó la desesperación.

No estoy preparada, pensó. Aún no. Todavía no...

No se daba cuenta de cómo se le iban mezclando las lágrimas con los fluidos de la nariz, mientras seguía llorando desconsoladamente, ante la compungida mirada del taxista que la observaba a través del espejo interior. El hombre le ofreció una caja de pañuelos de papel que ella aceptó de inmediato. Utilizó al menos cinco pañuelos para volver a parecer una persona, y fue entonces cuando se sintió patética. Sí, patética, porque en realidad nunca había estado preparada. Se había engañado a sí misma una y otra vez, durante meses, convenciéndose de que en el momento en que él la dejara ella estaría prevenida.

Pero era mentira. Nunca lo estuvo. Y lo peor era que en el fondo siempre supo que él acabaría dejándola, pero no de esa manera tan fría, y menos por un simple revolcón al estar separados unos pocos días.

También se creía preparada para el sufrimiento que sentiría, pero tampoco llegó a imaginarse nunca el dolor afilado como un cuchillo que le atravesaría el pecho, causándole pesar en el corazón y desolación en el alma.

Cuando llegó a casa, pagó y agradeció al taxista su silencioso consuelo. Subió rápidamente y se dirigió directamente a su

habitación. Bajó la maleta del altillo y comenzó a meter ropa en ella sin orden ni concierto.

—¡Clara! ¿Qué te ocurre? ¿Qué haces con esa maleta?

—Mamá, ¿podrías hacerme un favor? ¿Podrías llamar a la prima Ágata y decirle que voy a pasar unos días en su casa?

—¿La prima Ágata? Pero hija, si hace años que no nos vemos y se nos pasan siglos sin hablar por teléfono. ¿Qué vas a hacer en ese pueblo perdido de la mano de Dios?

—Está cerca de Zaragoza, mamá. Y no te preocupes por mí, pues eso es lo que busco, tranquilidad —no paraba de introducir convulsivamente prendas y objetos en la maleta. Le faltaban algunas cosas que tenía en el apartamento de Mario. Estuvo a punto de darse un puñetazo para quitarse ese pensamiento.

—¿Y tu trabajo?

—Me deben días de vacaciones. Mañana a primera hora les llamo. De todas formas estos días aprovecharé para buscar otra cosa. Me llevo el portátil.

—Es por él, ¿verdad? Lo habéis dejado.

—Él me ha dejado a mí, mamá —Clara dejó un momento de moverse frenéticamente para mirar a su madre—. Como siempre supe que pasaría. Como siempre debí saber que pasaría —se derrumbó sobre su hombro y derramó algunas lágrimas más.

—Tranquila, cariño. No se acaba el mundo. ¿Qué ha pasado?

—Déjalo, mamá —se separó de ella—. Te lo puedo resumir: él no me quiere. Nunca me ha querido. Pensé que sería suficiente con mi amor. Pero no.

—No lo entiendo —Maite se quedó pensativa—. Estaba segura de que él sentía algo por ti, por la manera en que te miraba, tan

intensamente.

—Me voy a la estación —no quería pensar en miradas intensas ni ojos plateados—. Por favor, llama a la prima, y no le digas nada a Núria, ya la llamaré yo desde allí. Un beso mamá. Dale otro a mis hermanos —le dio un rápido abrazo y se marchó.

CAPÍTULO 31

Ya había pasado una semana. Increíblemente, el tiempo pasa inexorable, irrespetuoso y lento, sin compadecerse de nadie.

Clara había llegado a una especie de estado de pausa, donde los acontecimientos se iban sucediendo a su alrededor, pero en los que ella nunca participaba. Se movía por instinto, al menos para sus propias necesidades, como comer y dormir. El resto del tiempo lo empleaba en centrarse en su búsqueda de trabajo, o en convivir mínimamente con su prima, a la que, dijera lo que dijera la gente de ella, estaría eternamente agradecida por no poner ningún inconveniente al verla presentarse en su casa con una maleta.

Ágata era una mujer soltera, de cincuenta y dos años, que vivía sola con su gata y tenía fama de amargada y solitaria. Clara, sin embargo, le profesaba una respetable simpatía, al verse a sí misma relegada en ella en un futuro, solo que con otro tipo de trabajo y unos cuantos amigos más. De momento las unía el placer por la compañía de un gato, el cual le servía estos días a Clara como consuelo del recuerdo del suyo, al que echaba terriblemente de menos. Con su madre y hermanos hablaba muy a menudo, lo mismo que con Núria, la cual se había enfadado muchísimo al enterarse de su partida sin despedirse.

—Lo siento, Núria —se lamentó cuando la llamó—, pero quise marcharme enseguida.

—No me hagas caso, cariño. Te entiendo perfectamente. Acuérdate de cómo yo misma me volví casi una ermitaña, hosca y huraña, cuando lo dejé con Sergio. ¿No vas a contarme qué ha pasado? Tu madre tampoco ha sabido darme una razón.

—No merece la pena agobiaros. Sabes las veces que te dije que esto sucedería.

—Lo sé, lo sé, pero se os veía tan bien... Incluso te llevó a conocer a su familia.

—He pensado mucho en ello y es lo único que me choca, pero se acabó, no pienso seguir torturándome más.

—De acuerdo, guapa. Te echo de menos.

—Y yo a ti. ¿Qué tal con Sergio?

—Fenomenal. Ya te llegará a ti el turno, no te preocupes. Y a *Súper Mario* que le parta un rayo.

—Hasta pronto, Núria.

—Un beso.

Mario esperaba impaciente la visita de un cliente y amigo al que hacía mucho tiempo que no veía. Carlos Fuentes era un importante empresario venezolano con varios negocios en España, con el que le unían diversos intereses y una buena amistad, pese a estar ya próximo a la edad de jubilación.

Al fin, Elisa le anunció la llegada de la esperada visita y Mario la hizo pasar. No le sorprendió ver al hombre acompañado por su hija,

Adriana. Les invitó a acomodarse en el mullido sofá de piel y les ofreció elegir entre un café de su moderna cafetera o alguna bebida del surtido mueble bar, y ellos aceptaron tomar un gin-tonic.

Mientras se ponía al día con su amigo, Mario no dejó de percibir sobre él la insistente mirada de la mujer. No era la primera vez que coincidían, ni que ella le ofrecía ese tipo de miradas insinuantes, pero que Mario siempre había obviado en deferencia a su amigo.

En ese momento, sin embargo, la miró y pensó que ya era una mujer adulta y experimentada, que si no se acostaba con él lo haría con muchos otros, como apuntaban los rumores. Además era una mujer muy guapa y sexy. La herencia brasileña de su madre la había dotado de una brillante piel atezada, ojos negros y almendrados y una larga melena azabache.

Tras una distendida conversación, se despidieron los tres, alegando el mucho trabajo pendiente y la premura con que Carlos debía de coger su vuelo rumbo a Venezuela que salía esa misma noche.

Cuando padre e hija se disponían a coger el ascensor, Adriana puso cara de turbación mientras revolvía en su bolso.

—Papá, ¿te importaría adelantarte? Creo que me he dejado el pañuelo que llevaba al cuello en el despacho de Mario.

—Está bien, hija. Te espero en el coche.

Cuando Mario vio aparecer a Adriana de nuevo en su despacho, una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro.

—Pasa, Adriana. Te estaba esperando —estaba de pie, dejándose caer levemente sobre la gran mesa de caoba.

—¿De veras? Pues nadie lo diría, después de ignorarme durante

tanto tiempo.

—Las personas cambian. Los intereses cambian.

—Pues los míos han cambiado poco —se aproximó a él como una pantera negra—. Sigo deseándote, como siempre, aunque tú nunca me has hecho caso —hablaba en voz baja y sensual, mientras posaba las manos sobre su pecho.

—Sabes que era por respeto a tu padre, pero supongo que ya eres mayorcita, ¿no?

—Por supuesto —le pasó su dedo pulgar con una larga uña roja por su labio inferior—. Ven esta noche a mi hotel, y no me hagas rogar, que sabes que lo detesto, sino ya habrías pasado por mi cama hace tiempo.

—¿Y tu padre?

—Coge un vuelo dentro de dos horas. Yo le he pedido quedarme un par de días más para disfrutar de... la ciudad.

—Entonces iré encantado.

La boca de la mujer estaba muy cerca de la suya, con unos gruesos labios que invitaban a besarla, y Mario lo hizo. Lo envolvió un fuerte olor a perfume, demasiado picante, lo mismo que el sabor de su experta boca. No queriendo pensar en otra boca menos experimentada, Mario ahondó el beso, provocando que ella gimiera y le pasara la mano por encima del abultamiento de su pantalón.

—Veo que esto promete —susurró Adriana—. Si te parece, primero cenaremos en el hotel y luego subiremos a mi habitación. Me gusta la expectativa de la espera. ¿A las ocho te viene bien?

—Perfecto —contestó Mario.

Cuando la mujer salió por la puerta, Mario pensó que no era más

que una buscona a la que la excitaban el poder y el dinero. Pero su cuerpo necesitaba ya el desahogo del sexo y, en realidad, poca diferencia había con su anterior aventura. Peor aún, había sido traicionera aparte de buscona. Qué más daba un cuerpo que otro para desfogarse.

Todas eran iguales.

Nada más entrar por las puertas del lujoso hotel y acceder al espacioso vestíbulo, Mario pudo divisar a Adriana saliendo del ascensor. Se dirigía hacia él, plenamente consciente de su curvilíneo cuerpo, y con la seguridad propia de una mujer que se siente atractiva. Llevaba un largo y estrecho vestido rojo que se amoldaba perfectamente a cada curva de su cuerpo, moviendo elegantemente las caderas y con una sensual sonrisa dibujada en sus labios color carmesí a juego con su vestido.

Al llegar a él, Mario la tomó del brazo y no pudo evitar fijarse en su amplio escote, en el que el contorno de sus oscuras areolas era visible por encima de la ceñida tela.

Se sentaron en una apartada mesa, y durante la velada degustaron una deliciosa cena, aunque la conversación no pasó en ningún momento de temas triviales. Ella no cesó de hacer de cada movimiento un gesto sensual, demasiado calculado. La falta de conversación hacía que Mario, de vez en cuando, dejara divagar su mente, haciéndole aparecer ante sí la imagen de un rostro angelical, con movimientos mucho más sexys sin ser premeditados, acompañados en todo momento de una interesante y amena

conversación.

Céntrate, joder. Ésta es Adriana, ¡Adriana! Sabes lo que te ofrece, y mañana adiós. Como siempre, como antes de...

—¿Ocurre algo, Mario?

—No, no, por supuesto que no. Supongo que me quedo embelesado. Estás preciosa esta noche.

—Gracias, mi amor. Un cumplido viniendo de ti es muy importante para mí. ¿Quieres que subamos ya?

—Sí, subamos ahora —Mario casi saltó de la silla, como si fuera algo con lo que quisiera acabar cuanto antes.

Cuando entraron en la habitación, Mario recibió una bocanada de una mezcla de perfumes exóticos, provenientes de incienso y diversas velas perfumadas, en combinación con suave música brasileña. Adriana se sentía victoriosa, en su terreno, y le gustaba crear su propio ambiente.

Sirvió una copa de cava para Mario, mientras ella desaparecía tras una puerta. Entre tanto, Mario daba pequeños sorbos a la copa, mirando a su alrededor, un tanto incómodo. Se sentía fuera de lugar, como si ese tipo de situaciones no las hubiera vivido ya cientos de veces. Cuando Adriana apareció, lo hizo vistiéndose un salto de cama de negra gasa transparente, dejando apreciar la sombra oscura de sus pezones y el vello de su pubis. Mario pensó que tenía un cuerpo de escándalo, hecho para excitar a cualquier hombre, de modo que, sin darse más tiempo a pensar, se acercó a ella y tiró de la cinta de la prenda para dejar al descubierto toda aquella brillante piel. A la mujer se le endurecieron los pezones y, ya jadeante, comenzó a quitarle a Mario la chaqueta y a desabrocharle los botones de la camisa,

mientras él tiraba de su corbata. Ella buscó su boca y le hundió la lengua ávidamente, lamiendo y succionando, y aunque Mario volvió a percibir ese fuerte sabor, tomó los redondos pechos entre sus manos para acariciarlos, a lo que ella respondió con un fuerte gemido aún dentro de su boca.

Operadas, pensó Mario. Casi siempre había sido capaz de distinguir un pecho operado de otro natural, y nunca le había agradado el tacto artificial de la silicona, por mucho que la cirugía hubiese conseguido hacer que pareciesen iguales.

De todos modos, volvió a pensar, hay mujeres que tienen un pecho natural espectacular, generoso pero erguido, de tacto suave y rosados pezones... ¡Otra vez! ¿Vas a desaprovechar esta oportunidad pensando en... otra? No seas imbécil, estás excitado y ella está a punto para ti. Hace demasiado tiempo...

Pero ya fuera por esos pensamientos, que le distraían y le turbaban, o porque, sencillamente, esa mujer no era lo que él necesitaba en ese momento, el resultado era el mismo. Mario no deseaba hacer el amor con ella.

Intentó infructuosamente apartarse de la posesiva boca de la mujer, apartando finalmente las insistentes manos que ya aferraban la hebilla de su cinturón.

—¿Qué ocurre, mi amor? Te veo un tanto... ausente.

—Lo siento, Adriana, querida, pero no puedo continuar. Tengo que irme.

—¿Cómo dices? —La mujer no creyó haber oído bien—. Debe ser que te intimidó, le ocurre a muchos hombres, pero no tienes de qué

preocuparte. Eres tan bello...

—No es eso, Adriana —Mario recogió su chaqueta y su corbata—. Pero creo que esto es un error. Conozco a tu padre hace mucho tiempo y es un amigo —mintió.

—Maldito embustero —dijo ella entre dientes mientras volvía a ponerse la bata—. Al menos podrías decirme la verdad. No me deseas, ¿no es cierto?

—Lo siento —Mario terminó de vestirse y la miró confundido. No sabía qué decir.

—Hijo de puta... Lárgate ahora mismo.

Le hizo caso y se marchó. Cuando llegó a casa y se tumbó en su cama, Mario pensó que tal vez, de momento, lo mejor sería dedicar su tiempo a su familia, su trabajo y su empresa.

Sería lo más seguro y menos decepcionante.

CAPÍTULO 32

El otoño avanzaba y traía consigo la normalidad a la vida y el paisaje de la ciudad. Los últimos veraneantes comenzaban a marcharse y los habitantes iban regresando, quitando un poco de color a la ya de por sí cosmopolita ciudad.

Álex volvía de las oficinas del periódico para el que trabajaba, caminando entre el gentío propio de esas horas de la mañana. No sabía hasta cuando tendría trabajo, pero de momento parecían abrirse algunas puertas para él. Seguía haciendo algunas entrevistas y seguía echando de menos la compañía de Clara. Había conseguido, después de intentarlo muchas veces, hablar con ella por teléfono y le había dicho que estaba de vacaciones, unas vacaciones que a Álex se le antojaban demasiado largas. Así que no le había quedado otro remedio que llamar a Núria y preguntarle qué ocurría realmente. Percibió la renuencia de ésta a hablar del tema, pero al final pudo sonsacarle que Mario Climent había dejado a Clara y que por eso había decidido pasar unas semanas fuera de la ciudad.

Álex se sentía furioso. No entendía que un hombre pudiese renunciar al amor de una mujer como Clara. La llegó a conocer bastante bien durante sus años de universidad y sabía que ella le habría dado todo su cariño a ese hombre, sin esperar nada a cambio, y que él se habría aprovechado de ello, para obtener de ella solo

unos momentos de placer.

Quiso convencerse de que eran sus pies los que lo llevaban en esa dirección, pero en realidad siempre fue consciente de que se dirigía a las oficinas de Empresas Climent. Se presentó a la chica rubia de recepción y esta le recomendó que hablara con su secretaria personal. Cuando lo hizo, la seria mujer pelirroja le sugirió que pidiera una cita, ya que el señor Climent era un hombre muy ocupado.

—Ya le he dicho que se trata de un asunto personal que no puede esperar —le advirtió Álex, que no pensaba marcharse de allí.

—Y yo le digo que tendrá que venir otro día. Ya le pasaré el recado al señor Climent.

—Está bien —contestó Álex con cara de resignación—. Ya volveré otro día.

Y cuando la mujer volvió a concentrarse en su ordenador, Álex dio un giro de ciento ochenta grados, saltó por encima de la mesa de un impulso, y se plantó ante la puerta del despacho que consiguió abrir en un instante.

Mario Mantenía una conversación telefónica cuando sintió el alboroto y vio cómo irrumpían en su despacho su secretaria y un desconocido. Despidió a su interlocutor cortésmente y se levantó del sillón.

—¿Qué sucede aquí, Elisa?

—Señor, lo siento muchísimo. Este hombre exige verle sin tener cita. ¿Llamo a seguridad?

—¿Quién es usted y qué quiere? —preguntó Mario secamente.

—Me llamo Álex Vila y soy amigo de Clara.

Un destello de reconocimiento asaltó a Mario. Álex, el chico del centro comercial, el de las fotografías, el amante de Clara.

—Déjanos, Elisa, no hay problema. Puedes marcharte.

La secretaria cerró la puerta y los dos hombres se miraron con hostilidad. En un principio, Mario no lo había reconocido, pues le había crecido el cabello y lo llevaba sujeto en una coleta, dándole un aire bohemio. ¿Era eso lo que había preferido Clara, su aspecto desenfadado y juvenil y su pelo rubio, frente a la seriedad y oscuridad que lo envolvían a él?

—Hay que tenerlos bien puestos para presentarse aquí de esta manera —dijo Mario con los brazos cruzados y aparentando frialdad, mientras en el interior de sus venas hervía una furia inmensa que solo a malas penas lograba contener.

—¡Oh, no, por favor! —Exclamó Álex—. La medalla al valor habría que colgársela a usted, por ser capaz de engañar a una buena chica, mientras montones de mujeres expertas deben de andar por ahí muriéndose de ganas por un revolcón con usted. ¿Cuál es su problema, Señor Millonario, el aburrimiento o la rutina?

—No hace falta que siga por ese camino, señor Vila, fingiendo ignorancia. Lo sé todo, así que deje de recitar su papel, que me conozco la obra entera.

—No sé qué es lo que se supone que sabe. Lo que yo sí sé es que Clara es mi amiga, y no quiero que vaya a pensar que está sola. Tiene gente que la quiere dispuesta a darle de puñetazos, si hace falta, a quien se atreva a hacerle daño.

—Ya basta —aunque no elevara la voz, Mario era capaz de infringir suficiente autoridad—. ¿Quieres dinero? Pues te advierto de

antemano que no estoy dispuesto a dar ni un céntimo, y menos por alguien que no vale nada.

—¿Dinero? —Álex sí que estaba ahora desconcertado. Y furioso—. ¿Quién habla de dinero? Estamos hablando de Clara y de que usted la ha utilizado como si fuera otra puta de su larga lista de amantes.

—¿Y tú hablas de utilizar? —Mario decidió acabar con el trato formal—. Sois vosotros los que me habéis utilizado a mí, mientras os veáis a escondidas.

—¿De qué coño habla? ¡Por desgracia, yo no tengo nada con ella!

—¿Ah, no? —Mario abrió con su llave el cajón que llevaba cerrado desde que guardara en él las fotografías—. Y después de ver la prueba, ¿también vas a seguir negando que sois amantes? —sacó las fotografías del sobre y las expuso sobre la mesa en fila, como el más experto crupier.

—¿Qué coño es esto? —Álex fue mirando las imágenes una a una sin dar crédito.

—Ya lo ves, vosotros dos, entrando y saliendo de un hotel, en vuestras clandestinas citas.

—¿La seguías? ¿A Clara? —Álex no pudo reprimir una sonrisa macabra—. ¿Y no se le ocurrió, Señor Millonario, preguntarle a ella primero y enseñarle las fotografías? Porque, de haberlo hecho, ella misma en persona le hubiese dado la explicación que voy a darle yo ahora mismo.

—¿Y piensa que le voy a creer?

—Me importa una mierda si me cree o no, pero sí, me creerá, porque es la verdad y no tiene más que comprobarla. Soy periodista y trabajo realizando entrevistas a famosos en ese hotel una vez por semana. Puede acceder a mi nómina y comprobar que no me podría

permitir tantas visitas a ese tipo de hotel. Le pedí a Clara que me acompañara, porque sabía que la haría feliz, y su presencia me haría feliz a mí. Me enamoré de ella hace tiempo y ella no me correspondió, pero aun así tenía la esperanza de que cambiara de opinión y quisiera salir conmigo. Pero no hubo suerte, había llegado tarde y me volvió a dar calabazas. ¿Sabe por qué? —Mario permanecía quieto y rígido, aunque el movimiento de su pecho delataba su rápida respiración—. Pues porque se había enamorado de otro. De usted, Señor Millonario, por quien tuvo que aguantar aquel aciago día con la pérdida de Hanna, y por quien aguantó que todos sus amigos le previniéramos sobre ser una simple querida, a lo que ella nunca hizo caso porque le quería.

Después de semejante explosión, Álex respiraba afanosamente, por el esfuerzo y por las emociones que había tenido que dejar al descubierto frente a un desconocido y, sobre todo, por la ira que le provocaba que el único hombre que había amado Clara no hubiese confiado en ella. No se la merecía.

—Esta es mi acreditación como periodista y este es el pase que me otorga el periódico para acceder al hotel —Álex tiró sobre la mesa algunas tarjetas con su nombre y fotografía—. Sus esbirros seguro que podrán comprobarlo —y dicho esto, se marchó del despacho cerrando la puerta suavemente.

Mario, como un autómatas, se dirigió a su elegante baño, ignorando todo el material que se extendía sobre la mesa. Encendió la luz y se miró en el espejo. Estaba mortalmente pálido. Con manos temblorosas, abrió el grifo, se echó agua sobre la cara y volvió a observar su imagen.

No dispuso de mucho tiempo para hacerlo, ya que tuvo que salir disparado hacia el inodoro y agacharse sobre él cuando las arcadas se volvieron incontrolables.

No llegó a vomitar nada, pero sintió vacíos su cuerpo y su mente, y todavía hubo de pasar mucho rato en aquella incómoda posición.

CAPÍTULO 33

El mes de octubre se presentaba suave y cálido en las tierras del Ebro, sin faltar algún que otro día la esperada compañía del cierzo. La cercanía de la capital hacía posible vivir más intensamente las fiestas del Pilar, aunque Clara no tenía demasiado ánimo para fiestas.

Acompañó algún día a su prima a algunos eventos, como la ofrenda floral, y así aprovechar para hacer un poco de turismo por la ciudad, más pequeña y acogedora que su ciudad natal.

La mayor parte del tiempo lo pasó en casa, retomando contacto con algunos conocidos para continuar con su búsqueda de empleo. De momento le habían salido algunos trabajos realizando suplencias, que no era gran cosa, pero que resultaban lo suficientemente interesantes, sobre todo una opción que le brindaba la oportunidad de ayudar a niños en un centro infantil del barrio del Raval, donde la inmigración es muy numerosa, y donde simplemente cruzar una calle podía representar la frontera entre la pobreza y un lujoso e inasequible hotel.

Muchas noches, a altas horas de la madrugada, Clara seguía trabajando con su ordenador en la cama, sin poder dormir. Normalmente, dormía unas pocas horas y se despertaba sobresaltada tras tener el mismo sueño. Era prácticamente el sueño de siempre, pero ahora Mario y ella estaban solos en la playa, sin

nadie más a su alrededor. Seguía besándola, abrazándola y susurrándole algo, nada de eso había cambiado. Pero ahora, la diferencia estaba en que Clara conocía esas sensaciones, no por vivirlas en sus sueños, sino, por haberlo hecho en persona. Ahora recordaba con nitidez las sensaciones que le brindaban las caricias y los besos de Mario. Su cuerpo, acostumbrado al placer que le proporcionaba, ansiaba hacer el amor con él, sentirlo en su interior, sentir la fuerza de su pasión. Incluso después de que él la desterrara de su vida de esa forma tan humillante, de que le arrojara aquellas viles palabras, Clara seguía queriéndole. Había intentado odiarlo, evocando aquel instante una y otra vez, recordando su mirada fría e indiferente, sin emoción alguna, mientras le destrozaba el corazón.

Pero no podía. El amor es un sentimiento altruista y desinteresado, que invade por dentro, y que, al mismo tiempo que encumbra a la persona que ama, es capaz de hundirla en el más profundo de los abismos.

Ya era hora de volver. No podía seguir más tiempo en casa de Ágata y echaba demasiado de menos a su familia y amigos. Era el trabajo el que le exigía una fecha concreta para presentarse en Barcelona y Clara pretendía aprovechar una oportunidad como aquella.

Concertó una entrevista para el puesto en el centro infantil en tres días. Apagó el ordenador y lo dejó sobre la alfombra, al lado de la cama, e intentó volver a dormir. Al día siguiente prepararía sus cosas y le agradecería a su prima su hospitalidad.

Pasado mañana volvería a casa.

Desesperado era un adjetivo que podía resultar demasiado sutil para describir el estado de ánimo de Mario, y aunque lo estaba realmente, habría que añadir destrozado, por lo que le había hecho y dicho a Clara. Solo con pensar en la angustia que debió sentir aquel día en su despacho, se le encogía el alma.

Y desesperado por no poder localizarla. No sabían dónde estaba ni su amiga ni en el trabajo, donde le habían informado que ya no trabajaba allí.

En realidad, su amiga Núria no le había cogido el teléfono ni una sola vez de las mil ocasiones en que la había llamado, así que se había visto obligado a abordarla por la calle.

Después de escuchar una variada sinfonía de insultos e improperios, la amiga le había dejado claro que no sabía dónde estaba, y que aunque lo supiera no se lo diría.

Le quedaba una última opción preguntárselo a su madre, pero le avergonzaba presentarse ante ella sabiendo de antemano que conocía los hechos, al menos a grandes rasgos. Aun así decidió que valía la pena enfrentarse a la ira de una madre o del mismísimo demonio si con ello averiguaba el paradero de Clara.

Pero cuando Maite abrió la puerta de su casa y se encontró con Mario ante ella, amablemente le hizo pasar al interior del salón.

—Siéntate, Mario. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias, Maite —aunque sí se sentó en el sofá—. Le agradezco que no me haya dado con la puerta en las narices.

—Supongo que no lo he hecho porque no conozco los detalles de lo que pasó entre vosotros. O tal vez ha sido simple curiosidad. ¿A qué has venido, por cierto?

—Estoy buscando a Clara.

—Ya. ¿Has pensado que tal vez ella no desea verte?

—No lo he pensado, estoy completamente seguro, después de lo que le hice. Pero por eso tengo que verla, para hablar con ella y aclarar el malentendido.

—No quiero saber los detalles, pero no puedo saber si realmente fue un malentendido. Dame un solo motivo por el que debería, simplemente, considerar la idea de decirte dónde está.

—Porque la quiero —dijo sin dudar ni un segundo—. Porque he sido un perfecto miserable por no confiar en ella, un error que desearía enmendar, si me facilita la oportunidad de hacerlo.

—El primer motivo me vale —sonrió—. Aunque siempre lo he presentido quería escuchártelo decir. Pero voy a hacerlo por otra razón.

—¿Cuál?

—Porque le salvaste la vida y nunca pude agradecértelo de corazón. Considera que estamos en paz.

—Gracias, Maite.

—Solo una cosa más. Si me entero de que vuelves a hacerle daño a mi hija, yo misma te tiraré a las aguas del puerto atado de pies y manos.

Mario le dedicó una sonrisa tan radiante y masculina que aceleró el corazón de la mujer. Luego le tendió la mano y le dijo:

—Trato hecho.

A la vuelta de comprar el billete de tren que la llevaría de vuelta a Barcelona al día siguiente, Clara se sentía con un poco más de

ánimo. Incluso se había comprado unos cuantos *adoquines* — grandes caramelos que siempre le habían encantado— de diversos sabores para todos, para endulzar algunos de sus futuros momentos.

Mientras esperaba que Ágata le abriera la puerta, un impulso la llevó a girarse para mirar hacia la calle, un poco más arriba de la valla de pizarra que rodeaba toda la casa, donde vio un coche aparcado.

Un coche oscuro. Un *Jaguar*... y las mismas sensaciones de siempre: el vello de punta, el cosquilleo en la nuca, el escalofrío en su cuerpo...

La puerta se abrió y su prima se hizo a un lado para dejarla entrar. Lo hizo, despacio, y cuando atravesó el recibidor, la visión que apareció ante sus ojos la obligó a cerrarlos: docenas de rosas blancas parecían haber brotado esa misma mañana en el salón, convirtiéndolo en el Jardín del Edén.

La multitud de flores otrora aparecidas en su trabajo, palidecía en comparación con la que se exhibía ahora mismo en aquel salón, donde no quedaba un solo hueco para una más de aquellas bellas flores. A excepción de algún pequeño lugar ocupado por pequeñas cajas de bombones envueltas en suntuoso papel dorado.

—Oh, no —gimió Clara llevándose las manos al rostro.

—Me voy a trabajar, Clara —anunció su prima mientras le dirigía una mirada benevolente y comprensiva—. Volveré tarde —dijo mirando de reojo al invitado inesperado, y se marchó.

Clara vio a Mario surgir de entre la marea de rosas blancas, como una aparición, y sintió aflorar en su interior la familiar emoción al verle. Miró su hermoso rostro, tan querido, y frunció el ceño al advertir unas oscuras sombras bajo los ojos y unos pómulos ligeramente más

marcados debido a la leve pérdida de peso. Su corazón se encogió y quiso acercarse a él, pero fue entonces cuando le vinieron a la mente las duras palabras que le había lanzado en su último encuentro.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó con voz fría.

—No sé por dónde empezar —parecía derrotado, mientras se pasaba la mano por el pelo.

—Pues no empieces. Márchate, Mario. No tenemos nada de qué hablar.

—Era mentira —permanecía quieto y rígido, con el semblante pálido—. Nunca estuve con ninguna mujer en Lisboa. Nunca he estado con otra mujer desde que te conocí.

—No me importa. No necesito ningún tipo de disculpa o explicación. Solo quiero que te vayas.

—Déjame que te lo explique, Clara. Todo fue un malentendido...

—¡No! Ya te he dicho que no quiero escucharte.

—Por favor, escúchame...

—He dicho que no. No me vas a convencer de que volvamos, como hiciste otras veces. Justo estoy empezando a recomponerme y no pienso dejar que vuelvas a destrozarme otra vez. Vuelve a tu vida y a tus mujeres fáciles.

—No me interesa ninguna otra —él seguía sin moverse—. Solo deseo estar contigo.

—¡Por Dios, Mario! ¡Me echaste, me humillaste! —Clara rio amargamente—. Incluso me ofreciste dinero. ¿Cómo quieres que te escuche siquiera?

Mario echó mano del sobre que era el culpable de su desgracia y que había llevado consigo. Sacó las fotografías y se las entregó a

Clara. Esta, reticente, las cogió y las miró por encima.

—¿Qué es esto?

—Alguien te fotografió junto a tu amigo. Me hizo creer que os veáis en ese hotel.

En un instante, Clara lo entendió todo. Un destello de furia hizo brillar sus ojos oscuros.

—¿Quieres decir que estas fotografías te hicieron creer que te engañaba con Álex?

—Sí.

—¿Esa era tu confianza en mí? ¿Por eso me quisiste pagar con la misma moneda, vengándote?

—Sé que no tengo disculpa...

—¿Disculpa? ¡Creíste que era como las otras, como cualquiera de tus rollos de una noche! ¡Creíste que te engañaba mientras estaba contigo! ¿Cómo pudiste pensar eso de mí?

—¡Porque estaba celoso! —Mario pareció volver de nuevo a la vida—. ¡Porque nunca antes lo había estado ni me había importado! — Bajó el tono de voz—. Porque ninguna otra mujer había significado nada para mí.

—¿Y así me lo demuestras, tratándome como a una cosa molesta que ya no te interesa tener? Déjame que te diga algo. Creo que cuando tu mujer te dejó, hiciste un pacto contigo mismo, donde acordabas que no volverías a tener ninguna relación, que las mujeres únicamente te servirían para el sexo, porque ya no te fiarías de ninguna de ellas, porque creías que todas te harían lo mismo. ¡Pues resulta que yo no soy tu mujer! Pero tampoco seguiré siendo una más de tu larga lista de amantes.

—Nunca te he tenido como ninguna de las dos cosas. A mi mujer, realmente, no la quise nunca. A las demás ni siquiera las recuerdo. Solo quiero estar contigo. Te echo de menos. Te necesito.

—¿Por qué me dices esas cosas? —Clara empezaba a derrumbarse. Intentaba contener las lágrimas, pero las palabras de Mario la desconcertaban—. ¿Por qué has venido hasta aquí? ¿Por qué me estás haciendo esto?

—¡Porque te quiero! —Mario dio un paso más hacia ella—. ¡Te quiero, Clara! Te quiero desde... ¡joder, ni siquiera lo recuerdo! Creo que desde el principio, pero hace poco que lo supe reconocer. Nunca había querido a ninguna mujer y no podía saber qué me estaba ocurriendo contigo. Pero ahora estoy seguro —volvió a dar otro paso más—. Te quiero.

—¿Cómo puedes estarlo? —ahora las lágrimas ya le rodaban por las mejillas.

—Pues porque me muero sin ti. Porque desde que te fuiste solo he vivido a medias. Porque cuando estoy contigo sé lo que es la alegría y la felicidad. Y porque has conseguido que vuelva a latir la parte de mi corazón que ya no funcionaba —poco a poco, mientras hablaba, se fue acercando a ella, hasta que la tuvo justo delante y deslizó la mano tiernamente por su húmeda mejilla—. Tal vez mi error haya acabado con lo que sentías por mí y haya llegado tarde...

—No, eso nunca —Clara sentía ya su aliento en el rostro, su olor y su calor. Lo había echado de menos hasta la extenuación—. No he dejado de quererte ni un solo instante, ni cuando recordaba tus últimas palabras. Para mi desgracia, seguía amándote.

—Perdóname, por favor. No te imaginas lo que me duele pensar en lo que debiste sufrir por mi culpa. Espero que algún día puedas

perdonarme —apoyó su frente en la de ella e inhaló su maravilloso olor—. Vuelve conmigo, cariño. Te necesito a mi lado. Creo que somos dos mitades de un todo. Nos reunió el destino, ¿recuerdas? —sonrió—. Desde que te salvé en aquella playa estabas destinada para mí.

Lentamente, le puso las manos a cada lado de la cara, secándole las lágrimas con las yemas de los dedos. Después comenzó a tocarle el pelo, con cuidado, dulcemente, como si fuera la primera vez que lo hacía. Se sentía torpe y nervioso, sin atreverse a acercarse más, aunque sus bocas casi se rozaran, como si esperase su permiso.

Y ella se lo dio, cuando elevó el rostro hacia él. Mario posó sus labios en la dulce boca de Clara, en una caricia tierna. Ella seguía con los ojos cerrados, sintiendo su cercanía, mientras él seguía con sus dulces besos, en los labios, en los párpados, en las húmedas mejillas, susurrándole tiernas palabras.

—No llores, Clara. He sido un miserable, lo sé —seguía prodigándole suaves besos—. Pero déjame recompensarte. Si lo deseas puedo irme ahora, para no atosigarte —la miró a sus profundos ojos oscuros, brillantes por el llanto—, pero solo si me prometes que lo volveremos a intentar.

—No quiero que te vayas —y se aferró a él, devolviéndole los besos que él le había dado, pero aumentando la presión, de forma frenética.

—Clara, mi vida —Mario intentó separarse un poco de ella. Sabía dónde los llevarían esos besos más ardientes y no quería que pensara que era lo que buscaba. Bien sabía Dios que la deseaba con locura, pero esta vez iría poco a poco, aunque muriera de deseo en el

intento.

Clara se dio cuenta de lo que pretendía y no pensaba, por nada del mundo, dejarle ir. Se afianzó a su chaqueta y buscó desesperadamente su boca, necesitada de su sabor, y Mario ya no tuvo más remedio que darle paso a su lengua, para dejar que la pasión del beso los consumiera, hambrientos como estaban el uno del otro. Podrían seguir besándose eternamente y todavía no estarían satisfechos, pasando de la más ardiente pasión a una dulce exploración, para pasar de nuevo a la furia del frenesí.

—Quédate hoy conmigo, Mario —le decía mientras lo tocaba por todas partes—. Te deseo.

—Dios, Clara, yo también te deseo, pero esta vez quiero hacerlo bien. No quiero que pienses que es la única manera que tengo de arreglar las cosas.

—Has dicho que me quieres, ¿verdad?

—Como nunca imaginé que podría querer a ninguna mujer.

—Pues entonces quédate, hazme el amor y todo lo demás no me importará nada. Además, me gusta esta manera de arreglar las cosas.

Tiró de él hacia su pequeña habitación, donde el único mobiliario existente lo componía una cómoda con cajones, una pequeña mesita y la estrecha cama, cubierta por un edredón de un verde desvaído a juego con las cortinas. Clara las cerró, haciendo que la habitación se iluminara solo con la luz del sol filtrada a través de la tela, creando una suave penumbra, suficiente para no perderse ni un detalle del rostro que había invadido sus sueños y sus pensamientos.

Estuvieron unos momentos frente a frente, mirándose, deleitándose en la visión del otro, grabando cada mínimo detalle de sus expresiones. Aún se sentían un poco inseguros, como si nunca hubieran compartido una pasión desbordante, ni hubieran explorado sus cuerpos hasta conocerlos con precisión milimétrica.

Clara fue la primera en moverse, levantando el brazo para posar su mano sobre la mandíbula ligeramente áspera de Mario. Él cerró los ojos y dejó escapar un suspiro, como si esa caricia fuera la mayor demostración de amor posible. Ella siguió perfilando su rostro con los dedos, su flequillo rebelde, sus cejas, su nariz y sus labios. Un dolor agudo le atravesó el pecho cuando notó entre los dedos la humedad de una solitaria lágrima que resbalaba por la mejilla de Mario. Le pareció casi obsceno que sus preciosos ojos plateados pudieran empañarse por el llanto. Prefería mil veces ver en ellos algún destello de ironía, de control, incluso de ira, antes que de esa muestra de tristeza.

—Mario, cariño, si lloras tú lloro yo.

—Lo siento. Te he echado tanto de menos —dijo con voz quebrada—. Por las noches no podía dormir añorando tu cuerpo, y por el día era peor, sin poder verte sonreír, ni hablar contigo, ni discutir. Ayúdame a ser la persona que soy cuando estoy contigo. Emanas amor y bondad y yo he sido el único que no ha confiado en ti. ¿Podrás perdonarme algún día?

—Te quiero, Mario, ¿cómo no voy a perdonarte?

Con el corazón henchido de amor, Mario buscó su boca, todavía reticente y un poco tímido, sin poderse creer todavía que estuviese por fin con Clara y ella le hubiese perdonado.

Pero Clara no estaba dispuesta a postergar más lo inevitable. Sabía perfectamente que, sin más palabras, solo con sus cuerpos, podían expresar todo el amor que sentían. Le enternecía ver a Mario cohibido, pero ya era hora de sentir la pasión y el deseo que ella sabía que existían bajo esa timidez momentánea.

En cuanto volvió a sentir la boca de Mario sobre la suya, Clara le lamió los labios, se los mordió y comenzó a tirar de su ropa.

—Mario, por favor, quiero sentirte, quiero amarte y que me ames.

—Clara, todo este tiempo —los dos tironeaban de las prendas, arrancando, tirando, rasgando—. Creí que si no te encontraba no volvería a verte, ni tocarte...

En un instante, Mario estaba sobre Clara en la angosta cama, desnudos los dos, disfrutando simplemente de las sensaciones de tener piel con piel, dejando de lado, por el momento, la impaciencia. Inhaló su dulce olor a fresa, inocente y erótico al mismo tiempo, aspirando entre sus pechos, su estómago y su vientre, sin poder evitar seguir con su lengua el mismo camino. Sentía que se embriagaba, al borde del aturdimiento, perdido en la suavidad de la piel de Clara.

Clara nunca creyó posible mayor placer agónico con tan solo unas tiernas caricias. Su cuerpo parecía responder automáticamente a las manos y la boca de Mario. Le dejó hacer unos instantes, deseando ella también tocarlo y saborearlo. Se incorporó para poder besar su cuello, enredar sus dedos en el suave vello de su pecho y besar sus oscuros pezones. Abrió las piernas y las enroscó en su cintura, en clara invitación, y él la penetró lentamente, hasta el fondo, intentando postergar el momento. Ávidos los dos del placer final, pero al mismo

tiempo deseando que el tiempo no pasara, comenzaron a moverse despacio, mirándose a los ojos, besándose en la boca.

—Te quiero, Clara —dijo él al acelerar las embestidas.

—Te quiero, Mario —contestó ella sin dejar de mirarlo.

Sus cuerpos, en rápido reconocimiento, pronto estuvieron en perfecta sincronía, con movimientos acompasados que provocaron el sonido de los muelles de la cama y de sus propios gemidos. Al alcanzar la cúspide del placer, los dos gritaron al unísono, hasta que Mario dejó caer su cuerpo y hundió su rostro en el valle de los pechos de Clara.

En esa misma postura se mantuvieron largo rato, sin fuerzas para moverse, mientras Clara dibujaba filigranas imposibles en la espalda de Mario con la punta de sus dedos.

—¿Cuándo te diste cuenta de que me querías? —preguntó Clara invadida por la lasitud.

—Debo de ser un inepto en ese campo —contestó él con la misma languidez—, porque me di cuenta hace poco tiempo, pero creo que te puedo decir el momento exacto en que me enamoré de ti.

—¿Y cuál fue?

—Cuando, vestida con mi camisa, bebiste batido de chocolate directamente de la botella y te lamiste el resto de cacao que quedó sobre tus labios. Se te veía feliz con un acto tan sencillo. En aquel momento tuve una punzada extraña que no supe reconocer, pero ahora sé que, inconscientemente, comprendí que ya nunca te dejaría marchar.

—Ni yo querré marcharme —y le dio un beso en su cabello

alborotado.

—Clara —comenzó a decir pasados unos minutos—, quiero que sepas que antes te dije la verdad, que no he estado con ninguna mujer desde que nos conocimos.

—Me alegro —contestó Clara, que seguía con la exploración por su cabeza y su espalda.

—Creo que es hora de levantarse antes de que regrese tu prima, ¿no te parece?

—Sí —dijo Clara estirando sus brazos y sus piernas—. Tengo que agradecerle lo bien que se ha portado conmigo.

Más tarde, ya en el coche, Mario y Clara conversaban animadamente, de actualidad, del desengaño amoroso de Marta, del nuevo trabajo de Clara, dejando patente lo que habían echado de menos esas amenas charlas entre los dos.

El habitáculo del coche lo llenaron de rosas blancas y cajas de bombones, hasta que ya no pudieron meter ni una flor más.

El resto se lo dejaron a la prima Ágata, que se quedó encantada con la agradable decoración y con los dulces que tendría para animar algunos momentos de soledad.

CAPÍTULO 34

Habían transcurrido tres semanas desde su reencuentro y Clara se encontraba en el apartamento de Mario dándole algunos toques personales para hacerlo más acogedor y a su gusto. Cambió algunas cortinas, la ropa de cama, colocó algunas plantas naturales y compró algunos utensilios de cocina más prácticos, ya que los que había se limitaban a rellenar los armarios.

Cada día venía una chica a limpiar y dejar la cena hecha, un lujo al que Clara no acababa de acostumbrarse y prefería dar siempre su toque a las cosas y cocinar algo sencillo de vez en cuando. Había intentado que Mario recuperara el peso perdido, algo que consiguió en pocos días con su voraz y goloso apetito de siempre.

Poco después le oyó entrar y se giró para verle. No se cansaría nunca de mirar sus hermosos rasgos, su pelo negro y brillante, su imponente cuerpo. Ya fuera con elegante traje o con ropa informal, seguía quitándole el aliento cada vez que lo veía.

—Hola, cariño —le dio un beso que se suponía de saludo, pero que como siempre, se transformó en uno lento y sensual—. ¿Has conseguido el trabajo?

—Por supuesto —le contestó ella rodeándole el cuello con los brazos.

—Eres la mejor —y le dio un sonoro beso en la boca.

—Gracias por tu confianza. No sé cuánto durará, pero hoy ya he tomado contacto con el centro y estoy deseando empezar.

—Me alegro, cielo. Por cierto —dijo mirando a su alrededor—, ¿has cambiado algo de la decoración?

—Sí, este piso seguía pareciendo de foto de catálogo. ¿No te gusta?

—No es eso, es solo que ya no nos va a hacer falta.

—¿Por qué?

—Ven un momento a sentarte conmigo. Tengo algo que decirte —la cogió de la mano y la sentó junto a él en el sofá.

—¿Qué ocurre, Mario? ¿Qué es lo que no va a hacer falta?

—Este apartamento. No quiero seguir con este tipo de relación.

—¿Cómo dices? —Clara se tornó pálida. No podía creer que pudiera estar pasando de nuevo.

—¡No, no! No es lo que crees —Mario la cogió de las manos—. Vaya una metedura de pata por mi parte. Me refiero a que no quiero que sigas siendo una especie de querida. Quiero que vivamos juntos.

—¿Vivir juntos? —Clara sintió alivio, pero al mismo tiempo, una alarma sonó en su cabeza.

—Sí, vivir juntos, tú y yo, en la misma casa. Mira —Mario orientó hacia ella la pantalla del portátil que había instalado en la mesita de centro—, he estado mirando algunas casas. He ido descartando y he dejado estas dos para que veas las fotos aquí mismo, aunque podemos ir a verlas. ¿Qué te parecen?

—No sé, Mario, me has cogido desprevenida...

—Clara, cariño, vamos por partes, que te veo un poco en shock. No podemos seguir de esta manera, creo que lo natural es que

compartamos más cosas que fines de semana. Quiero que tu rostro sea lo último que vea cada noche y lo primero en ver cada mañana. Quiero reír y discutir contigo para luego reconciliarme y hacer el amor a cualquier hora del día. ¿No deseas tú lo mismo?

—Sí, claro que sí —su corazón daba brincos de alegría—, pero quiero ser prudente. ¿Es necesaria una casa tan grande? ¿Has visto lo que cuestan?

—Me alegra que desees lo mismo —le besó la palma de la mano—. Donde ahora vivo está bien, pero en una casa tendremos más espacio e intimidad. Recuerda que arrastro una madre y una hija que mantener —sonrió.

—A mí no tienes que mantenerme —Clara frunció el ceño.

—Por supuesto que no. Tú seguirás con tu trabajo y tus aspiraciones. En cuanto a lo del precio, puedo permitírmelo, cariño. Hace mucho tiempo que no gasto dinero en algo personal importante.

—Tu familia, no sé qué pensará...

—Las dos están encantadas de que por fin siente la cabeza. Les gustas mucho y se sienten felices por mí. A ver, qué más, ¡ah, sí!, las casas están en una buena zona, incluso Marta está encantada ya que tiene amistades allí. Y no te preocupes por que estén algo más lejos de la ciudad. En unos veinte minutos podemos estar en el trabajo. Si quieres puedes coger un taxi, o un empleado te puede llevar en coche...

—Vale, vale, para. ¿Un chofer que me lleve al trabajo?

—El autobús está descartado, pero ya hablaremos de eso. Di que sí, cariño. Podemos ir mañana mismo a verlas. Si no te gustan podemos ver otras. ¿Qué me dices?

Clara se sintió un poco acorralada, pero en el fondo sabía que la

idea de vivir con Mario como pareja normal la llenaba de una felicidad inmensa. No le agradaba mucho el control que irradiaba de él, pero esa era su forma de ser y era a lo que estaba acostumbrado. Estaba claro que con Mario sería todo o nada y ella lo quería todo. Vivir con él era una quimera que nunca se atrevió a soñar.

—Sí, Mario. Quiero vivir contigo —y de pronto se puso a reír como una loca—. ¡Vamos a vivir juntos! —Gritaba y reía mientras se lanzaba a los brazos de Mario—. ¡Viviremos juntos! —y comenzó a besarle en el rostro mientras los dos reían a carcajadas.

Cuando se calmaron, encontrándose los dos tumbados sobre el sofá, jadeantes por la risa, se miraron y se lo dijeron todo, como siempre que ocurría cuando sentían la llamada del deseo.

Tras la tormenta de pasión, con sus cuerpos unidos y resbaladizos, Mario le apartó el húmedo cabello de la cara y le dedicó una mirada cargada de amor que a Clara le calentó el corazón.

—Todo irá bien, cariño. No te preocupes.

—Lo sé. Mientras me quieras, nada me preocupará.

Al día siguiente, Clara se encontró pensando en los cambios que había sufrido su vida en los últimos meses, mientras miraba el enorme jardín a través del gran ventanal. Estaba en el acogedor salón de una casa que parecía salida de sus sueños. Mario, después de ultimar los detalles con el agente inmobiliario, se despidió de él con un apretón de manos y se acercó a Clara por la espalda para tomarla por la cintura.

—Me alegro de que te hayas decidido por esta, cariño. Estaba casi seguro de que te agradaría más aunque la otra fuese más moderna.

—Es preciosa, Mario —se recostó contra él—. Pero creo que podría perderme en esta casa, con un montón de habitaciones, baños, un jardín donde se te pierde la vista, la piscina...

—Sin olvidar que tenemos un gimnasio en el sótano, donde tú y yo podremos ponernos en forma juntos —sonrió y apoyó la barbilla en la coronilla de Clara—. Estás un poco abrumada, cariño, pero ten paciencia. Poco a poco la irás decorando a tu gusto, y tu familia y amigos vendrán a visitarte cuando quieras —la giró en sus brazos y la besó suavemente—. Nunca te has arredrado frente a un reto, ¿no? Además, si me quieres no puedes escoger solo una parte, tienes que quedarte con el lote entero. ¿Qué decides?

Poco a poco, la casa se fue llenando de detalles más personales, creando un ambiente familiar y acogedor, donde destacaban los detalles de madera, los cómodos muebles y el cuidado jardín.

Ya instalados, Clara se encontraba terminando de colocar algunos libros en los estantes que formaban parte del mobiliario destinado a su despacho. Oyó a Mario llamarla desde la planta baja y fue en su busca, todavía pensando en la distribución de sus enseres personales.

—Hola, cariño. He traído algo para ti.

—Mario —se paró en seco—, no aceptaré más regalos por tu parte. Creo que con echar un vistazo alrededor, comprenderás que tu cupo de regalos se ha sobrepasado con creces para toda una vida.

—Esta vez no he gastado dinero, pero creo que te gustará.

Mario se echó a un lado para dejar a la vista una pequeña caja, que abrió para liberar al invitado que cada vez se mostraba más nervioso por su encierro. Metió la mano y, algo desconfiado, extrajo al pequeño felino que ya empezaba a retorcerse.

—¡Nen! —Gritó Clara entusiasmada lanzándose a coger el animal —. ¡Mario! ¡Me has traído a mi gato!

—Sí, parece que poco a poco nos entendemos.

—Gracias —dijo emocionada mientras estrechaba a su mascota contra su pecho—. ¿No has tenido ningún problema con mis hermanos?

—Bueno, he tenido que recurrir a mi buena formación como estratega de los negocios. He dado con dos buenos negociantes.

—¿Qué te han exigido esos dos mercenarios?

—Tranquila. Con un par de *Smartphone* de última generación hemos llegado a un acuerdo.

—¡Será posible! Cuando me los eche a la cara...

—¿Qué te parece, cariño —Mario se aproximó a ella para cogerla por la cintura, mientras Nen saltaba de sus brazos para comenzar con la exploración de su nuevo entorno—, si este fin de semana nos tomamos un respiro después del estrés de la compra y la mudanza?

—¿Qué tenías pensado?

—Algo sencillito. ¿Qué te parece París?

CAPÍTULO 35

Había sido un lunes complicado y se había hecho más tarde de la cuenta, por lo que Mario deseaba llegar cuanto antes a casa.

A casa.

Desde que Clara formaba parte de su vida diaria, esa palabra había tomado una nueva dimensión. Su hija era su vida. Clara era la luz que iluminaba esa vida, antaño algo oscura.

Su viaje relámpago a París había resultado inolvidable. Había sido corto pero intenso, dando oportunidad a momentos románticos, como cenar a orillas del Sena, con *La Vie en Rose* de fondo, y a momentos apasionados, como los que habían vivido en el idílico hotel. Todavía se le caldeaba la sangre pensando en las diferentes y variadas posturas que habían practicado en la cama, en la gran bañera, en la mesa o sobre la alfombra.

La pasión no había decaído un ápice. Decidir irse a vivir juntos había sido la mejor decisión que había tomado en su vida, pero aún no le parecía suficiente. Lo quería absolutamente todo de ella y pensaba conseguirlo. Todavía quedaba un tema pendiente, guardado injustamente en una pequeña caja de terciopelo negro.

No esperaba encontrar a nadie levantado a esas horas, pero al entrar en el salón descubrió con deleite que Clara se encontraba en la butaca que habían dispuesto en un rincón para la lectura, junto a un

bonito mirador en forma circular. A la luz de una lámpara de pie, se inclinaba sobre unos papeles, con la cortina de su pelo dorado cayendo en derredor, dejando entrever su ceño concentrado.

Guardó esa imagen en su memoria, junto con otras muchas más que tenía de ella, para evocarla cada vez que tuviera un mal día o un mal momento. Clara era la panacea para todos sus males. Nunca se cansaría de contemplarla.

—Hola, cariño. ¿Qué haces levantada? —como siempre, le dio un beso en los labios.

—Hola —levantó la vista para devolverle el beso—, estoy repasando algunos puntos de la reunión de mañana en el centro con algunas familias. Marta y Ester ya se han ido a dormir.

—¿Nos vamos nosotros también a la cama?

—No has cenado nada.

—He comido algo rápido en el despacho. Si te parece bien me adelanto para darme una ducha y vas subiendo.

—De acuerdo.

Justo al entrar Clara en el dormitorio, salía Mario de la ducha, con una toalla que se sujetaba precariamente sobre sus caderas. Su cabello húmedo brillaba, de igual forma que el oscuro vello de su pecho.

El cuerpo de Clara respondía al de Mario sin poder evitarlo, volviéndose pesado y caliente, preparándose para el placer sublime que sabía encontraría en sus brazos.

Clara caminó hacia él, con paso decidido, sacándose por la cabeza el fino camisón de encaje, y tirando de la toalla de Mario, dejando su poderoso cuerpo expuesto a sus ansiosos ojos.

—Creo que esto te sobra.

Los brillantes ojos de Mario se oscurecieron como la plata vieja. Alzó a Clara y se sentó con ella en el filo de la cama, para poder lamer sus pechos y hacerla gemir descontrolada. Se sentía excitada y lujuriosa y, nada más sentir que Mario la penetraba, experimentó los primeros espasmos del clímax, clavando con fiereza los dientes en su hombro y las uñas en su espalda. Mario la tumbó sobre la cama, para embestirla con fuerza, hasta provocarle un segundo clímax, mientras él se estremecía en su interior.

—¿Qué haces conmigo, que no puedo resistirme a ti? —le preguntó ella todavía jadeante.

—Yo no sé. Tú por lo pronto señalar tu territorio —y señaló las marcas de su cuello y espalda.

—¡Oh, Mario, lo siento! —se incorporó para darle suaves besos en las zonas arañadas.

—Tendrás que resarcirme —se levantó de la cama—. No te muevas.

—¿Dónde vas? —preguntó ella sentada sobre la cama, cómoda en su desnudez.

Mario apareció con una pequeña caja en la mano, se sentó a su lado y la miró fijamente, atravesando su alma con sus ojos grises.

—Ya sé que no te gustan los regalos, pero esto no es exactamente un regalo.

—¿No? Pues nadie lo diría. Esa caja es sospechosamente igual a otra con una pulsera que ya rechacé. Pero —le interrumpió— no está bien que te la rechace de nuevo. Te la aceptaré hasta que algún día

se me ocurra qué regalarte yo a ti.

—Si deseas la pulsera, también la tendrás, pero esto no lo es.

—Entonces, ¿qué es?

Antes de poder continuar la frase, Clara abrió los ojos con desmesurado asombro, como si lo que Mario le mostraba al abrir la caja pudiese tragársela de un bocado.

—Cásate conmigo, Clara —sacó el anillo de su ranura y se lo colocó en el dedo, aprovechando el momento de shock que la dominaba.

Clara se miró la mano como si no fuese suya, sintiendo un peso que no la dejaba moverse ni hablar.

—Te quiero, Clara, ya lo sabes. No puedo vivir sin ti, querré estar contigo el resto de mi vida. Quise pedírtelo antes, pero pensé que sería mejor vivir juntos un tiempo, para que fueras acostumbrándote. No quería asustarte.

—Sabes lo que pienso del matrimonio, Mario —recobró por fin el habla—. Así estamos bien, ¿qué te ha empujado a comprar un anillo ahora?

—Lo compré en Lisboa. Te echaba tanto de menos que ya entonces reconocí que te quería. Luego pasó... bueno, pasó aquello y desde entonces lo he tenido guardado.

—¿Aun creyendo que te había engañado lo guardaste? —a Clara se le saltaron las lágrimas.

—Sí, no me preguntes por qué, porque ni yo mismo lo sé. Debí ser que mi mente y mi corazón se negaban a perderte.

—No puedo, Mario, no puedo casarme contigo.

—¿Por qué? —susurró él.

—¡Ya te lo dije! Pues porque a nuestro alrededor la mayoría de matrimonios han fracasado, porque creo que el matrimonio es un asesino del amor y la pasión.

—Pues yo creo —Mario intentaba sonar calmado— que casualmente has conocido solo a personas a las que no le han funcionado sus matrimonios, por diferentes circunstancias. El mío ni siquiera cuenta, sabes que éramos unos críos y no existía cariño por ninguna de las dos partes. Sin embargo, recuerda los obstáculos que hemos ido superando nosotros por el camino, que no han servido sino para fortalecer el amor que sentimos el uno por el otro. ¿Crees que eso podrá cambiar si nos casamos?

—¿Y tú crees que será mejor después de hacer el paripé y firmar un papel?

—No, no espero que sea mejor, únicamente igual —Mario seguía aparentemente calmado, aunque su voz se enfriaba por momentos.

—Mario, déjalo, no nos pondremos de acuerdo aunque sigamos discutiendo toda la noche —se sacó el anillo del dedo y se lo devolvió.

Mario la miró sin decir nada. Desvió la vista hacia el anillo y la volvió a mirar a ella.

—Hagamos una cosa —le dijo tranquilo—. No me respondas todavía. Quédate el anillo y ya volveremos a hablar —le volvió a colocar el anillo en el dedo.

—No cambiaré de opinión, Mario. Seguiré pensando que el matrimonio es una institución retrógrada que ya no tiene razón de ser. No entiendo que la gente se siga casando cuando cada vez hay más

divorcios.

—Vamos a dormir —dijo él para zanjar la cuestión—. O estaremos discutiendo toda la noche.

—En eso estoy de acuerdo —refunfuñada, Clara se volvió a deslizar el camisón sobre la cabeza y se acomodó en la esquina más alejada de la cama.

—¡De eso nada! —Mario, desnudo, tiró de ella, le volvió a sacar el camisón y acomodó la espalda de Clara en su pecho. Luego le cubrió los pechos con su brazo izquierdo, como siempre, y le dio las buenas noches.

—Buenas noches —respondió Clara con una sonrisa.

A partir de esa noche, Mario decidió no darse por vencido. Diseñaría planes de estrategia, pensaría modos de convencerla, y apelaría a su larga y fructífera carrera como hombre de negocios. De momento, la idea que más había arraigado en su cabeza era la del convencimiento por repetición, es decir, pedírselo tantas veces que la acabara convenciendo.

Clara, por su parte, prefirió dejar de lado el tema. Esa misma mañana recibió la esperada visita de su amiga Núria, que alucinó mientras realizaba un recorrido por la casa.

—Vamos, Núria, sentémonos en el porche de invierno.

—¿Porche de invierno? —preguntó Núria alzando sus finas cejas.

—Tú sígueme la corriente —dijo Clara poniendo los ojos en blanco—. Cosas de Ester.

—¿Te llevas bien con tu suegra?

—No es mi suegra.

—Oh, oh, esa frase me ha sonado a la defensiva.

—No se te escapa una —sonrió y a continuación suspiró—. Mario me ha pedido que me case con él.

—¡Qué fuerte! —exclamó Núria sorprendida—. Parece que *Súper Mario* al final no pudo resistirse a ti. Me alegro mucho por ti, cariño. Te veo feliz y te lo mereces. Pero, ¿ya sabe él lo que piensas del matrimonio?

—Supongo. Le he contestado que no.

—Ya. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Claro que sí. ¿A qué viene esa pregunta?

—No sé, guapa, siempre he estado de acuerdo contigo pero ahora no estoy tan segura. Sergio y yo estamos viviendo juntos y estamos muy bien, pero si me pidiera que me casara con él creo que le diría que sí.

—Pero yo no soy tú.

—¿Tienes miedo de que te haga como tu padre hizo con tu madre?
—se decidió a preguntarle Núria.

—No sé a qué viene eso —se encrespó Clara. Su amiga era única analizando a la gente.

—Sabes a qué me refiero. Además, lo vuestro va realmente bien porque os queréis, no porque estéis o no casados.

—Núria, te agradezco el interés, pero de momento, prefiero no seguir hablando del tema.

—Está bien, cambiemos de tercio —miró a su alrededor—. Esta casa es preciosa. Sergio y yo nos hemos conformado con un piso de alquiler en el centro, nada que ver con esta mansión. Supongo que quedarte con Mario significa quedarte con todo lo que él conlleva.

—Sí, poco a poco me voy haciendo a la idea. Bueno, casi —hizo una mueca cuando se les acercó una de las chicas del servicio—. ¿Te apetece tomar algo, por cierto?

—Un café con leche estaría bien.

—Tráenos dos, Luisa, por favor.

—Ahora mismo, señorita.

Cuando la joven desapareció por la puerta, las dos amigas rompieron a reír, cómplices, gracias al entendimiento provocado por los años que llevaban juntas, desde la infancia, entendiéndose con una sola mirada.

—Te veo feliz, Clara —dijo Núria después que Luisa les hubiera traído los cafés y unas pastas.

—Sí, tanto que me da miedo. Quizá te parezca un tópico, pero te aseguro que es lo que siento. Siento miedo, miedo real.

—¿Una de tus premoniciones?

—Tal vez, no sé cómo explicarlo. Es como mirar al cielo, que tú verías ahora mismo despejado y brillante, mientras que yo veo unas espesas nubes negras —decidió volver al tema anterior para no preocuparse—. La respuesta a tu afirmación es que sí, soy muy feliz. Mario es un hombre maravilloso, que me mimas, y a la vez me apoya en mis decisiones y me anima a llevar adelante mis ideas. Sigue teniendo mucho trabajo, pero está intentando relegar algunas responsabilidades en hombres de su confianza, para adaptarse a mis horarios y poder pasar más tiempo juntos.

—Parece el hombre perfecto. Por si no tenía bastante con estar para mojar pan...

—No —rio Clara—, no es perfecto. Está acostumbrado a salirse

con la suya y a mantener el control, pero también es generoso y me sorprende cada día. Algunas noches encuentro sobre la almohada una rosa blanca. Dice que es un símbolo del amor, pero yo creo que la cosa va más bien por el tema de la unión para toda la vida, por aquello de que suelen ser las flores de los ramos de novia.

—Ya sabes, seguirá insistiendo.

—Lo sé, pero ya se lo dije. Nada me hará cambiar de opinión.

Hablando de sorpresas por parte de Mario, Clara no pudo recibir una más grande el día que vio entrar juntos en la casa a Mario y a Álex.

—¡Álex! —Clara se lanzó a abrazarle—. ¿Qué haces aquí? Quiero decir... ¡Qué alegría verte! —decía sin dejar de mirar a Mario por encima del hombro de Álex.

—Cortesía de Mario. Él mismo me ha invitado a verte y charlar un rato.

—Ya te he dicho que puedes venir cuando quieras —le reiteró Mario.

—Gracias —contestó Álex.

—Os dejo, tengo cosas que hacer en mi despacho —se acercó a Clara para darle un suave beso en los labios—. Hasta luego.

—Parece buen tío, después de todo —dijo Álex cuando Mario se hubo marchado.

—Sí —rio Clara—, lo es. Pero siéntate y cuéntame. ¿Cómo ha sido lo de venir juntos?

—Fue a buscarme al trabajo para decirme que podía venir cuando

quisiera, y de paso me pidió disculpas por el malentendido. Creo que lo que sucede es que me está agradecido, pero no le exijamos tanto.

—Supongo que le cuesta reconocer que estamos juntos gracias a ti. Y dime, ¿qué te cuentas? ¿Qué tal con Eva?

—Lo hemos dejado. Creo que a ninguna mujer le gusta ser la sustituta de otra.

—Lo siento, Álex —a Clara le pareció percibir un destello de anhelo en sus ojos dorados—. Pero no decaigas. Algún día encontrarás a alguien.

—No importa. Voy a aparcar el tema de las novias. Ahora me centraré en mi profesión. Me encontré hace poco con unos antiguos compañeros de facultad con unas ideas muy interesantes. Tal vez montemos una publicación por nuestra cuenta.

—Me alegro por ti. Te mereces lo mejor.

—¿Y tú, Clara? ¿Eres feliz? ¿Mereció la pena que irrumpiera en su lujoso despacho?

—Debe ser la pregunta del mes. Sí, soy muy feliz, Mario es maravilloso y bla, bla, bla.

—¿No te parece paradójico? ¿Que haya sido yo, precisamente, el que le haya ayudado a tenerte?

—Álex... —Clara miró con tristeza a su amigo. Siempre había pensado en lo fácil que podría haber sido su vida si se hubiese enamorado de él.

—Lo siento, Clara, no quería ponerte en una situación difícil. De todos modos espero que comprendáis que tardaré un tiempo en aparecer por aquí. Estaré ocupado, así que dale las gracias a Mario y que os vaya bien. Lo digo de corazón.

—Lo sé, Álex, te echaré de menos.

—Y yo a ti. ¿Puedo pedirte un favor antes de irme?

—Por supuesto, dime.

—¿Puedo besarte?

—Álex, sabes lo que siento por ti, pero...

—Tranquila, tú no tendrás que hacer nada —Álex se aproximó a Clara, le tomó el rostro entre las manos y posó sus labios en los de ella, suavemente, demorándose unos instantes. Lentamente y sin avisar, le abrió la boca y le introdujo la lengua para acariciar la suya, primero de forma tímida y luego más profundamente, hasta emitir un suave gemido, y se separó de ella. Clara tenía lágrimas sobre las mejillas que su amigo se encargó de limpiar con los pulgares—. Adiós, Clara. Ya nos veremos —y se marchó.

Clara se quedó allí parada, mirando por la ventana cómo se alejaba su amigo. Sabía que Mario la observaba desde la puerta.

—¿Llevas mucho rato ahí? —le preguntó sin mirarle.

—El suficiente.

—Mario... —dijo dándose la vuelta para mirarle.

—Chsst, no digas nada —la abrazó y la besó en el pelo—. En el fondo le entiendo y lo siento por él. Pero muy en el fondo —sintió como ella sonreía—. Y ahora, una última cosa —le introdujo las manos en el pelo y la besó en la boca, sin ternura, en un arrebató de posesión, utilizando la lengua y los dientes—. Eres mía. Tenía que borrar ese beso con uno mío para que fuese mi sabor el que perdurara en tu boca —y la miró complacido al observar sus labios hinchados y sus ojos nublados.

—Suenas un poco troglodita —dijo ella sonriendo—, pero me encanta cuando aflora tu lado más salvaje —luego se puso más seria

—. Te quiero, Mario.

—Y yo, cariño —la miró fijamente a los ojos—. Cásate conmigo, Clara.

—¡Oh, eres imposible! ¡Siempre tratas de pillarme con la guardia baja! —Le dio un empujón y se dirigió a las escaleras para gritarle desde allí su respuesta—. ¡No, ya lo sabes!

Mario la siguió con la vista mientras ella desaparecía por el corredor del piso superior.

—Ya veremos —susurró—. Ya veremos.

Resultaba bastante fácil calcular las veces que Mario le pedía a Clara que se casase con él, puesto que lo hacía una vez al día. Todos y cada uno de los días.

Clara recibía la petición de matrimonio en persona, en un mensaje de *WhatsApp* o en su correo electrónico. Lo más extraño era que ya no se sentía agobiada por ello. Cuando se descubría leyendo por cualquiera de esos medios un “cásate conmigo”, sentía calentar su pecho por el amor de ese hombre, sin necesidad de ninguna parafernalia o extravagancia, únicamente con esas dos sencillas palabras.

Fueron pasando los meses y llegó el invierno, suave, como casi siempre, incluso en los días de navidad, que pasaron en familia. Enero fue el mes que trajo consigo más frío, pero se podía hacer más llevadero frente a la chimenea encendida del salón, pasando allí relajadas jornadas, en momentos de intimidad proporcionados por

cortesía de Marta y Ester, que solían tener algún plan.

Uno de esos fríos días, Clara se encontraba impartiendo algunos consejos a familias con sus hijos en el centro infantil donde ahora trabajaba con un buen contrato, ya que habían constatado de primera mano su talento, una mezcla de buen corazón y profesionalidad, tanto con niños como con adultos.

Vio aproximarse a la directora del centro y ésta le informó de que tenía una llamada. Clara se extrañó y a la vez se alarmó, mientras se dirigía al despacho de la directora, ya que su teléfono móvil debía permanecer apagado.

—Clara, cariño, intenta no alarmarte —era la voz de Ester—. Me han llamado del hospital. Mario ha tenido un accidente de coche volviendo de Madrid, aunque ya se encuentra en Barcelona.

Clara cerró los ojos. Sus peores temores se confirmaban. Llevaba demasiado tiempo presagiando algo así. A Mario le había surgido con urgencia un tema importante que resolver en la capital y había preferido ir en su propio coche.

—¿Sigues ahí, Clara?

—Sí, sigo aquí —le parecía estar viendo la escena fuera de su cuerpo.

—Escúchame. No han querido decirme nada por teléfono. Ahora mismo salimos las dos para allá y nos encontramos en la entrada. ¿Lo has entendido? —Ester parecía sonar serena.

—Sí, claro, allí nos veremos.

Clara tomó un taxi y durante el camino intentó mantener su mente

en blanco. No debía pensar, en absoluto, en cualquiera de las horribles posibilidades que le inundaban la mente de imágenes de un Mario yaciendo sin vida.

Al llegar, se dirigió a la entrada de urgencias y divisó rápidamente a Ester que ya la esperaba.

—Hola, cariño, ven conmigo —cogió a Clara del brazo y comenzó a tirar de ella—. He preguntado y me han informado de la planta donde podemos preguntar a algún médico.

Subieron en el ascensor y se dirigieron al primer mostrador que apareció ante ellas.

—Sí, el señor Climent se encuentra aquí, pero todavía está siendo intervenido en el quirófano. Lo siento, de momento no puedo decirles nada más. En cuando el doctor pueda decirles algo las llamaremos.

Clara no sabrá nunca con precisión las horas que se mantuvo esperando en aquella fría y solitaria sala de espera. Ester no dejó de aconsejarle que comiera algo, a lo que se negó en redondo. Le hubiese sido imposible comer nada. Sí que aceptó algún café que le iba trayendo de la máquina del pasillo, por si la cafeína la ayudaba a tenerse en pie. La propia Ester tampoco comió nada en todo el día. Era ella la que constantemente intentaba tranquilizar a Clara, pero esta se descubrió mirándola de reojo, observando un rostro tenso y con las arrugas más marcadas, aunque le fue imposible saber qué podía estar pensando.

Por fin salió un médico que se dirigía a ellas a través del pasillo. Su semblante denotaba cansancio y derrota mientras se desprendía de la mascarilla de tejido verde.

—¿Familiares de Mario Climent?

—Sí, doctor, díganos —la madre de Mario parecía llevar el control de la situación. Clara se levantó también de la incómoda silla y, por un momento, su corazón pareció dejar de latir.

—Lo siento mucho —se lamentó el doctor—. Hemos hecho todo lo que hemos podido pero las lesiones eran demasiado graves.

—¡No! —Gritó Ester—. ¡No puede ser! ¡Quiero verle! ¿Dónde está?

Clara sentía que aquello no era con ella. Un tirón de su brazo por parte de Ester la devolvió a su estado corpóreo, sintiendo sus piernas correr por inercia hasta llegar a la puerta de un quirófano, donde médicos y enfermeras tapaban con una sábana el cuerpo sin vida de Mario...

...

—¡Clara, Clara! ¿Me estás escuchando?

Clara miró fijamente el rostro de Mario con sus grandes ojos oscuros muy abiertos. Estaba allí, con ella, vivo, hablándole.

—Cariño, te estaba hablando pero parecías estar en otra parte. Te estaba diciendo que al final tendré que coger mi coche para ir a Madrid.

—¡No! —Gritó Clara—. En coche no, cariño, por favor.

—Clara, ya te he hablado de la huelga de controladores aéreos y de que no quedan billetes de tren a estas horas, pero estabas como

ausente y no me escuchabas.

—Mario, por favor —imploró Clara—, sé que puede parecer una tontería, pero no vayas en coche, por lo que más quieras. He tenido un sueño, un mal presentimiento.

—Clara, mi vida —le cogió el rostro entre las manos—, no me pasará nada. Tengo que ir, es muy urgente, se trata del nuevo software, parece ser que hay problemas.

—Mario —Clara se puso realmente seria—, confía en mí. Te he visto muerto. ¿No me crees?

—Claro que te creo, cariño —Mario la abrazó y la besó en su rubio cabello—. Está bien, si es tan importante para ti intentaré solucionarlo de otro modo. Hablaré con los ingenieros por videollamada y llamaré a Elisa para que me encuentre un billete de AVE aunque tenga que buscar bajo las piedras. ¿Te quedas más tranquila?

—Sí, por supuesto —le abrazó y hundió el rostro en su cuello, para oler su fragancia masculina y sentir el fluir de su sangre, para asegurarse de que estaba vivo, tocando su piel caliente y besando sus cálidos labios.

Mario, reticente, se separó de ella y se dirigió a la puerta para intentar encargarse del problema que se le había presentado. Antes de marcharse, sin embargo, se giró hacia ella acordándose de algo.

—Clara, posiblemente esté hoy muy ocupado y mañana tenga que marcharme. Así que, puesto que no tendré tiempo, he de aprovechar, por si acaso... ¿te casarás conmigo? —le preguntó como hacía todos los días, como en un ritual. Y cuando sonriendo, ya estaba a punto de volverse, la respuesta de Clara lo detuvo inmediatamente.

—Sí, Mario. Me casaré contigo.

CAPÍTULO 36

Clara apartó la cortina para asegurarse de que el día seguía soleado, con el cielo de un prístino color azul, limpio y radiante. Sonrió y movió la cabeza, pues parecía que por esta vez, el destino parecía ser indulgente con ellos regalándoles un precioso día de primavera, después de tantos escollos que les había hecho sortear.

Habían pasado ya dos meses desde que le diera a Mario el sí que tanto tiempo llevaba esperando, y no pudo evitar sonreír al recordar la cara que puso por no esperar ni remotamente aquella respuesta por parte de Clara.

Cuando le había preguntado el porqué de aceptar en ese preciso momento, le respondió que ni ella misma lo sabía, que de lo único que estaba segura era que casarse ya no le parecía un disparate, sino, únicamente, una hermosa manera de unirse a él.

Volvió a fijar la vista tras el cristal de la ventana para comprobar que todo estaba ya dispuesto en el jardín, con sillas blancas para los escasos invitados. El lugar de los novios se situaba al frente, bajo un arco —cómo no— decorado con rosas blancas.

Los invitados comenzaron a aparecer: su madre con Jordi, cogidos por fin del brazo. Sus hermanos, que le parecieron aquel día más adultos. Ester, a la que ya podía llamar suegra, con Marta, preciosa

con su larga melena pelirroja. Laura, la hermana de Mario, con su familia. Y Núria con Sergio.

Echó a faltar a su amigo Álex, aunque comprendía que no hubiese aparecido. Esperaba que las cosas cambiasen y tuvieran pronto una relación más estrecha.

Ya estaba lista después de la ayuda de las chicas. Esa misma mañana todas ellas habían sacado a Mario a empujones por la puerta de la habitación y así ayudarla a vestirse. La noche anterior se había negado en redondo a dormir separado de la novia, alegando que ni la tradición ni su propia boda podrían separarlos una sola noche.

Núria, como siempre, había sido la encargada del maquillaje y el peinado. En esta ocasión escogió un maquillaje suave y un semirecogido para la novia, para que pudiese lucir su preciosa melena.

Clara observó su imagen vestida de novia en el espejo. Al final se había decidido por un vestido de novia blanco, largo, en chantilly y encaje, con escote en palabra de honor, después de que su madre y su suegra se horrorizaran ante la sugerencia de vestirse de manera informal.

Y su ramo de novia, por supuesto, rosas blancas.

Bajó las escaleras, al final de las cuales la esperaba Andreu, el padre de Mario, para conducirla ante el novio. Como es normal, se encontraba un poco nerviosa, mientras observaba los rostros familiares. Pero fue al ver a Mario cuando su corazón comenzó a latir agitadamente. Allí estaba, tan hermoso como un ángel, con traje oscuro, pero sin la oscuridad que antaño le rodeaba, con una rosa blanca en la solapa.

Clara se relajó al instante, y pensó que ese era realmente su destino, casarse con aquel hombre, que su lugar estaba y estaría siempre a su lado. Y presintió que a partir de ese momento todo iría bien, que todos los obstáculos habían quedado atrás, y que de ahí en adelante solo irían encontrando instantes de la felicidad que merecían.

EPÍLOGO

Hice bien en decirle a Mario que no era necesario viajar más lejos para disfrutar de una paradisíaca playa donde disponer de intimidad y de aguas turquesas y cristalinas.

Mientras observo a mi alrededor, camino sobre la fina arena blanca, y la visión del paisaje me hace sentir un poco más libre. Inspiro, cierro los ojos y abro los brazos hacia el cielo. La brisa y el sol besan mi rostro y el agua enfría mis pies.

Nada más casarnos, Mario tuvo la maravillosa idea de comprar un barco para pasar la luna de miel, y ya llevamos varios días a bordo del *Marta*, surcando el Mediterráneo alrededor de las Islas Baleares en busca de calas tranquilas donde el único acceso sea por mar.

Y no nos ha sido nada difícil. Ahora mismo, aquí, en Menorca, me siento en el paraíso. Y siento, como siempre, el cosquilleo en la nuca que me produce la presencia de Mario, mi marido, que se acerca caminando lentamente hacia mí. Me giro para contemplarlo, y su visión me sigue dejando sin aliento. Solo lleva puesto un pantalón ancho y remangado, dejando a la vista su torso desnudo y su brillante cabello revuelto por la brisa.

Se me acerca, me abraza y me besa apasionadamente. Un beso largo y profundo. Sus labios dejan mi boca un instante para seguir por

mi cuello e ir ascendiendo, hasta que me susurra unas palabras al oído:

—¿Todavía sueñas conmigo?

En el título “Todavía Sueño Contigo” (Destino 2) podrás seguir sabiendo de la historia de Clara y Mario, y de cómo el destino vuelve a ser crucial en la vida de Álex.

AGRADECIMIENTOS

Qué puedo decir. Esta fue mi primera novela, escrita con muchos nervios y pocas expectativas, las cuales fueron sobrepasadas con creces. Sé y entiendo mis fallos, pero todos vosotros, con vuestro apoyo, me habéis dado el ánimo y el optimismo necesarios para seguir escribiendo y mejorando.

Y en ello estoy. Ya he escrito varias novelas más, entre ellas la continuación de ésta que acabáis de leer. Siempre me quedé con las ganas de una historia para Álex, que se hizo realidad en cuanto tantísimos lectores de todo el mundo me animaron con la lectura de *“¿Todavía Sueñas Conmigo?”*.

Personas que disfrutaron con su lectura y me felicitaron por email, como Miriam Tatiana Hernández o Karen Moreira. Muchísimas que lo hicieron a través de Facebook, como Montse Salmerón Orozco, Ale Serrano Cotero, Lina Sanz, Paloma Jade, Madelyn Santiago, Lidia López, Àngels González, José Barrabino, Paula Guzmán... Además de la lista interminable de personas que me escribieron maravillosas opiniones en Amazon.

GRACIAS, por todo lo que ello significa para mí.

Y mi familia... bueno, mención especial para todos ellos, por su gran apoyo, sus ánimos y su ayuda.

Mi hermano, apoyo incondicional.

Mi hermana, mi primera lectora, mi crítica, mi ayuda.

Mis hijos, mi orgullo y mi fuerza.

Mi taxista, el primer artífice de toda esta locura.

Mis padres, los mejores. Os merecéis el cielo.

SOBRE LA AUTORA

Lina Galán pasó su infancia en Cerdanyola del Vallès, pero actualmente vive en Lliçà d'Amunt, una pequeña población cercana a Barcelona, junto a su marido y sus hijos.

Después de varios años, retomó sus estudios, habiendo obtenido recientemente el título de Educadora Infantil.

Su pasión ha sido siempre la lectura, de cualquier tipo, aunque hace unos años descubrió la novela romántica de mano de su hermana, y desde entonces no ha dejado de pensar historias, para también dedicarse a otra pasión: la escritura.

Dejarse llevar por las teclas del ordenador, un poco de imaginación, una bonita historia de amor... y a seguir con este maravilloso sueño.

Facebook: Lina Galán García

<https://www.facebook.com/lina.galangarcia>

OTRAS OBRAS DE LA AUTORA

“Todavía Sueño Contigo” (Destino 2)

Álex, un chico sencillo y humilde, aún no ha conseguido olvidar a su gran amor, casada ahora con un rico empresario.

Marta, estudiante en universidad privada, de familia rica y criada entre algodones.

Dos mundos distintos.

Una atracción irresistible.

Una relación condenada al fracaso... porque los secretos del pasado siempre acaban saliendo a la luz.

¿Sigues creyendo en el destino?

“En la Frontera del Tiempo”

Los Guardianes del Tiempo, encargados de supervisar el curso de la historia, piden ayuda a Bea, una chica del siglo XXI, para que arregle un “pequeño desorden” del pasado. La joven tendrá que retroceder al siglo XIII y ser la esposa de un caballero medieval, Guillem, implacable guerrero, señor feudal... y un hombre capaz de ofrecer el amor más puro y sincero.

“Valentina”

No soporto a Ángel, el hermano de mi mejor amiga.

Y él no me soporta a mí.

Él es mi tormento y mi amargura.

Porque hace quince años que estoy perdidamente enamorada de él.

Es mi amor imposible y mi sueño de adolescente, pero ante su indiferencia, no tuve más remedio que disfrazar mi amor por él por desprecio y hostilidad, para que no me siguiera destrozando el corazón.